

Para ello *se necesita*, aparte los conocimientos especiales, *una perseverancia á toda prueba y una consecuencia que solo puede tenerse* QUERIENDO SIEMPRE *enseñar é infundir la virtud.*

Sería una falta imperdonable el trabajar para conseguir tan laudable objeto solamente cuando el público hubiera de juzgar los trabajos del maestro por medio de un exámen, acto que no alcanza, por regla general, á descubrir los adelantos verdaderamente educativos. Aparte la farsa que con tal motivo se arreglára, farsa que entrañaría un verdadero crimen; aparte los esfuerzos especiales que tal preparacion exigiera de maestros y discípulos, malando el espíritu profesional de los primeros é inutilizando para lo sucesivo las facultades de los segundos, á quienes se robarían, por otra parte, fé y conciencia; aparte todo esto, resultaría un mal mucho más grave todavía á la educacion, cuando al educador faltasen la consecuencia y la perseverancia en la correccion de los defectos y en la inoculacion de las virtudes.

¿Qué podría esperarse de aquel maestro que un dia tratára de contener los impulsos iracundos de uno de sus educandos, y otro dia, dominado por causas diferentes, les diera más fuerza y se los acrecentara por un medio ó por otro?

¿Qué podría esperarse de un mentor parcial y apasionado que reprobára en unos lo que alabára en otros, que reprimiera hoy lo que ensalzára ayer?

¿Qué podría esperarse, en fin, de un preceptor que, segun su estado moral, sus ocupaciones y su disposicion al trabajo, viese impasible ó indiferentemente practicar lo que en otras ocasiones censurase ó elogiara?

Eternas y constantes son las leyes de la moralidad y los principios de la Religion sobre que se apoyan; y si el educador no es siempre constante tambien en la aplicacion de esas mismas leyes y principios, barrena sus bases, socava sus cimientos, y deja que se derrumben, que se pisoteen y desprecien; pues no puede causar verdadera ad-

miracion y respeto, lo que solo se admira y se respeta caprichosamente.

Un niño, por ejemplo, falta hoy á las prescripciones de su padre, el cual quiere corregir de una manera ú otra la transgresion, mientras su madre se interpone y hace que la falta pase desapercibida é impune. Al dia siguiente comete otro hermano del primero la misma falta: y si con él no se usa de igual induljencia, prorrumpe en seguida ciertas espresiones que en su sentir son, ó su vindicacion propia ó la reprobacion de la injusticia paternal. Ayer, dice, hizo lo mismo mi hermano y VV. no le digeron nada, frase que puede traducirse por esta otra: «como VV. nada dijeron ayer, no puedo creer que lo que hoy desean sea sino un capricho.» ¡Horribles espresiones que manifiestan el descreimiento moral ó religioso que se ha sembrado en el corazon infantil por falta de esa consecuente perseverancia que tan necesaria se hace en el educador.

Al principio de esta leccion llevamos dicho que la voluntad del niño no se educa tanto ni tan bien reprimiéndola como dirigiéndola; y ahora añadiremos que *no puede dirjirse la voluntad del niño, si entre este y el que la dirige no existen los vínculos de la buena fé y de la confianza que los una.*

Habrà buena fé entre educandos y educadores, cuando se observa en aquellos sinceridad para con estos, y en estos un deseo puro, directo y desinteresado en procurar el bien á aquellos.

Cuando los trabajos educativos son considerados por los mentores de la infancia como graves cargas que les infunden disgusto y desaliento, ó cuando tienen para si, que el educar es una taréa mercenaria tanto menos provechosa cuanto mas exiguos intereses rinde, entonces falta la buena fé, por que no existen ese zelo y entusiasmo casi evangélicos con que el director de la niñez debe consagrarse al desempeño de sus nunca bien retribuidos trabajos. Quien deduzca la importancia de su destino del sueldo

que reuna, y nó del bien que pueda grabar en el ánimo de sus discípulos y de las ideas útiles con que pueda enriquecer sus exhaustas inteligencias, mejor que el nombre de maestro, merece el de industrial.

Alli donde no se trabaje por algo mas que por comer, ha de faltar la buena fé necesariamente.

No existe tampoco, á veces, en los discípulos; y esto, que se conoce sin gran trabajo, sucede, si bien, generalmente hablando, de un modo inocente, cuando entre aquellos y sus maestros respectivos no se ha establecido todavía ese lazo de intimidad y de cariño que enjendra la confianza entre dos séres que se unen, ó cuando los niños, por efecto de su propia sencillez é ignorancia, desconocen los verdaderos propósitos de quienes se dedican á mejorar sus condiciones de moralidad é inteligencia.

El medio mejor de excitar la buena fé de los niños y de ganar su confianza es el amor; pero se hace preciso fijar perfectamente la acepcion pedagógica de esta palabra, que algunos consideran como sinónima de debilidad ó servilismo.

Han creído y creen muchos, llamados *débiles*, que amar la niñez es acceder á todos sus caprichos y puerilidades. Solo así se concibe que haya padres y maestros incapaces de oponerse á las naturales inclinaciones de la infancia, y enemigos acérrimos de que se contrarien sus instintos, creyendo que el mostrarse indiferentes á sus llores ó el permitir que se la castigue en determinados casos es una verdadera crueldad, y una prueba irrefragable de falta de sentimiento.

Han creído otros, llamados *fuertes*, que el amar á los niños consistí en torcer de continuo sus habituales inclinaciones y oponer un dique insuperable á sus instintos naturales; y que, esclavizando así la voluntad de los educandos, se les pone en el imprescindible caso de seguir la huella marcada por los educadores y de formarse un buen carácter, que es á lo que debe aspirar aquel que ame en

realidad á los discípulos puestos bajo su cuidado.

Nosotros hemos podido observar que ni los débiles ni los fuertes, á pesar de sus buenos deseos, pueden conseguir la confianza omnímoda del educando; porque ni unos ni otros saben amar en realidad.

¿ Ama á su hijo la madre que, despues de haberle mandado que se sentára á su lado (por ejemplo) sin ser obedecida, se accontenta con decirle «*ya me las pagarás,*» y deja impune la desobediencia, creyendo que si contraría la voluntad de aquel le va á dar un disgusto del cual teme que le sobrevenga alguna enfermedad? ¿ Ama á su hijo el padre que sufre con paciencia y aun con la risa en los labios, que aquel maltrate de palabra y obra á algun sirviente, á algun otro niño ó á él mismo, diciendo que «*no se debe hacer caso, que es todo niñería y que ya se corregirá cuando sea mayor,*» palabras que no son dictadas mas que por ese amor mal entendido de muchos, que se constituyen desde muy temprano en verdaderos hijos de sus hijos?

¿ Aman á estos los que, cuando saben que el maestro ú otra persona, ya en la escuela, ya en la calle, les ha hecho alguna correccion justa, corren presurosos, gritan, vociferan y se irritan hasta el punto de decir que «*nadie mas que ellos debe corregirles,*» y hasta el de amenazarles con su ira «*si otra vez llegan á PROPASARSE?*» ¿ Aman á sus discípulos aquellos maestros que, ó por debilidad de carácter, ó por falta de zelo, ó por temor, ó por miramientos imprudentes, dejan que los niños hagan lo que quieran, que se indisciplinen, que se opongan á sus mandatos, y que se hagan, en fin, superiores á ellos?

Si amar la niñez fuera acceder á todos sus caprichos y veleidosas inclinaciones, los directores de la educacion serian unos entes inútiles.

Pero así como deseando que los niños hagan todo lo que quieran y como quieran no se aman, ni se conseguirá su confianza omnímoda, pues lo que aquellos sienten es un

*sencillo placer* al considerarse independientes, placer que muy pronto tienen como un *derecho inconcuso*; tampoco se llega á ganar su voluntad y granjear ese cariño que debe unirles suave y gustosamente á sus mentores, tratándoles siempre como párias, y, mejor dicho, como pedazos de carne articulada, cuyos movimientos obedezcan de una manera mecánica á los impulsos de quienes han de dirigir el corazon y la intelijencia de una manera racional.

La madre que, llena del santo deseo de que sus hijos sean obedientes, les habla siempre con acento despótico, y no les permite dejar los libros, ni jugar con sus compañeros, ni pronunciar una sola palabra, ni comer, ni divertirse, ni entregarse á acto alguno de esos tan inocentes, insulsos y placenteros como son muchos de los que han servido para recrear la infancia de todos los tiempos; esa madre no conseguirá jamás la confianza de sus hijos, quienes la mirarán como una carga pesada que les oprime, y esa madre no conseguirá la confianza de sus hijos, porque queriendo amarles mucho, no les ama en realidad, ó al menos les manifiesta siempre frialdad y hasta malevolencia.

El padre que, llevado más por un genio iracundo y fuerte que por un verdadero zelo paternal, abusa de su autoridad y castiga cruelmente á sus hijos, ya dejándoles sin comer, ya cebándose contra ellos sin compasion y sin prudencia, se hará temer y en apariencia respetar; pero ni dá pruebas de querer verdaderamente á sus hijos (pues quien bien quiere debe dispensar y sufrir en beneficio de otro) ni logrará jamás que se le quiera, ántes será mirado siempre con rezelo y aversion marcada.

Y por último, los maestros que, deseando manifestar el amor que sus discípulos les merecen, cifran aquel en procurarles una buena educacion, y ésta en hacerse obedecer y respetar sin cuidarse de los móviles que pueden guiar el respeto y la obediencia; los que jamás miran con cara risueña á los niños que les rodean, y les hablan siempre de usted, y con voz ahuecada y aterradora, y con

expresiones fuertes, y con acento imperante; los que fácilmente se encolerizan, y, sin considerar que los niños faltan muchas veces inocentemente, prorumpen en gritos y amenazas y sentencias, y se ceban en castigar sin miramiento alguno; los que tratan á sus discípulos, no ya cual si fuesen hijos (que esto, aun cuando sería conveniente, no se hace tan fácil como muchos piensan) pero aun con ínfulas de verdaderos amos, y les dan de golpes, y les encierran y les constituyen, siquiera sea momentánea é impremeditadamente, en víctimas de su mal genio ó de su mal humor; los maestros, en fin, que tratan á sus discípulos en la convicción de que *no hay cosa peor que los niños reunidos*, no los aman, no pueden amarlos, y nunca llegarán, por consiguiente, á captarse su confianza, ni á conseguir que las lecciones y consejos sean acogidos y escuchados con benevolencia; pues más atienden los niños á la persona que les aconseja y alecciona, que á la bondad y malicia de las correcciones que se les hacen.

*Si los educandos creen y tienen confianza en sus educadores, todo cuanto estos digan será para aquellos respetable.*

¿Y cómo haremos que nuestros educandos tengan confianza en nosotros?

Hé aquí una pregunta difícil de contestar extensa y acertadamente; porque hay cosas que se consiguen y de las cuales no se saben despues explicar ni aun los medios empleados para ello.

Esto es lo que á nosotros nos sucede, no tanto por el motivo que dejamos apuntado, cuanto porque, habiéndonos presentado en el terreno práctico tantos casos distintos, y niños de tan variadas cualidades, apenas acertaremos á condensar de una manera general y sintetizar la conducta en virtud de la cual pueda lograrse que nuestros discípulos crean en nosotros, en nuestras palabras y consejos hasta el punto de considerarnos como otras de las personas á quienes más aman, en quienes más confianza tienen, en cuyos consejos fian y á cuyas órdenes se someten volunta-

riamente, sin conocer que tratamos de torcer sus inclinaciones cuando se presentan de una manera poco conforme á las intenciones que nos guian.

Expondremos, no obstante, y como mejor podamos, nuestro modo de proceder en esta parte, dejando á la prudencia de nuestros lectores lo que hallen á faltar.

Siempre nos hemos despojado, al entrar en la escuela, de ese carácter ríjido, intransigente y fuerte, con que los padres de familia, en general, retratan ante sus hijos á los maestros.

Risueños, aun cuando haya sido forzosamente, hemos hablado á nuestros discípulos con la afabilidad de un niño y con el tono natural de un hombre.

Hemos jugado con los que nos rodeaban, cuando las circunstancias permitian tales desahogos; pero sin prestarnos al ridículo, y sin permitir que las predisposiciones de algunos á perder el respeto llegáran á manifestarse ostensiblemente para excitar en los demás igual falta.

Nunca hemos hablado despóticamente á los niños: la calma (al menos exterior) se ha retratado en nuestro semblante, y con cariño y dignidad hemos tratado á todos. Tampoco nos han indignado sus faltas: una vez observadas, hemos manifestado nuestro pesar, y con amable, formal y apacible frase hemos aplicado el castigo que considerábamos prudente.

En todas las ocasiones hemos sido tan compasivos con el castigado arrepentido, como entusiastas admiradores del premiado humilde.

Nunca nos han guiado antecedentes de familias, ni al tratar á nuestros discípulos hemos tenido presentes los errores que hubieran podido cometer ántes, si los habian expiado.

Con palabras dulces y amorosas, hemos tratado de vencer siempre y constantemente esa repugnancia natural que muestran los niños á ejecutar lo que se les manda en tono de autoridad.

Justos con todos, hemos obviado, sin embargo, y en lo posible, los motivos del castigo: preferimos premiar á castigar.

Persuadidos de que el trabajo agradable y continuado es el mejor medio de evitar que los niños cometan malas acciones, no lo hemos abandonado ni un momento, y hemos procurado amenizar nuestras lecciones y ejercicios.

Considerando lo que hacíamos nosotros durante la edad de nuestra infancia, nunca nos han irritado las travessuras y sandezes con que esta manifiesta su irreflexion, si bien con pausa y sangre fría hemos puesto el oportuno correctivo.

A fin de que los niños se persuadieran de nuestra sinceridad, en ninguna ocasion les hemos engañado contándoles patrañas, ni narrándoles hechos cuya verdad, contraria á lo que manifestaban nuestras palabras, pudiera ser apreciada algun dia por ellos.

Nuestros razonamientos, á pesar de la sencillez y facilidad literarias que los revestian, han sido pronunciados con ese tono de entusiasmo, conviccion y buena fé que se retratan en el semblante del hombre que sincera y desinteresadamente habla á sus propios hijos.

El cariño que hemos manifestado á nuestros discípulos en la escuela, se les hemos manifestado en cualquier otro lugar: una caricia hecha al niño fuera de la clase, nos ha valido, muchas veces, su cariño y el de sus padres.

Jamás nuestra conducta ha estado en oposicion con nuestras palabras, en aquellas ocasiones en que los discípulos podian observarnos.

Hemos dado á la infancia lo que se merece; esto es, recreos educativos, y trabajo recreativo.

Pensando de distinto modo que otros muchos, nunca hemos hecho considerar difícil de practicar la virtud, ni penosas las tareas escolares: ambas cosas hemos tratado de presentarlas como lo más natural y hacedero para los niños.

Y por último, hemos procurado que los discípulos no echasen á faltar en nuestra escuela ni las comodidades de sus casas, ni el cariño y buen trato de sus queridos padres.

Conduciéndonos siempre así, no arredrándonos el trabajo, ni tomando nuestra mision como una carga insoponible, ni considerando nuestros discípulos como otros tantos seres estraños y fastidiosos, ni mirando mas que á conseguir su perfeccionamiento y bienestar, ni viendo en nuestros desengaños otra cosa que lo que sucede á todos los hombres, sea cualquiera la ocupacion á que se entreguen ó la mision que desempeñen, hemos conseguido permanecer en la escuela siempre tranquilos, siempre aplicados, siempre amables y siempre dignos entre nuestros educandos, los cuales nos han mirado con ese cariñoso respeto, que está tan distante del temor que les arredra como de la franqueza que nos desacredita y nos rebaja.

Pero nada de lo que hasta aquí llevamos expuesto seria suficiente á hacer eficaces las lecciones educativas, si no nos presentásemos constantemente ante nuestros discípulos como un modelo perfecto de virtud y de sentimientos cristianos.

Ya hemos dicho en la leccion anterior que, pedagógicamente hablando, debe proscribirse y ridiculizarse esa frase insensata de « haz lo que te digo sin mirar á lo que yo hago »; y es esto de tal importancia, que no puede esperar buenos resultados de sus taréas quien, olvidando nuestro Consejo, crea cumplir con sus deberes de educador tan solo predicando doctrinas, aun cuando á sus ideas se opongan sus prácticas morales.

Este principio, que puede admitirse en tésis general, tiene mayor fuerza cuando de los niños se trata; pues siendo seguro que la intuicion es casi el único y exclusivo medio de hacer penetrar en la intelijencia las ideas, lo es tambien que el *ejemplo* es casi el exclusivo medio de hacer que los sentimientos tomen asiento en los tiernos corazones.

Podeis ser elocuentes, laboriosos é ilustrados; podeis desmenuzar, aclarar y analizar los principios religiosos, y podeis llevar á vuestros discípulos el convencimiento de la verdad que encierran; pero si no profesais vosotros mismos esa misma religion que os proponéis hacer sentir, y en todos vuestros actos y palabras no manifestais sinceramente la fuerza de vuestras creencias y la bondad de vuestros sentimientos católicos, no esperéis de vuestras palabras los efectos á que aspiráis.

Podréis por un momento fascinar la intelijencia de vuestros alumnos y excitar su aficion hácia lo que con mano maestra describais; podréis aponderar, ensalzar y encomiar perfectamente las buenas consecuencias de tal ó cual costumbre; y podréis, en fin, granjearos por un momento la voluntad de vuestros discípulos para dirijirla hácia donde mas convenga; pero si vuestras prácticas niegan vuestras teorías, y vuestros hechos se oponen á vuestras palabras, nunca serán los niños á quienes os dirijais sino unos charlatanes hipócritas como aparentais serlo vosotros mismos.

¿Queréis que vuestros educandos sean religiosos, urbanos y corteses? Dad siempre patentes pruebas de que la cortesía y la urbanidad no os faltan, y de que los principios del dogma católico son para vosotros verdades altamente respetables y constantemente respetadas.

¿Queréis que vuestros educandos se acostumbren á dar á la religion y á la moral el culto que se merecen? Sed los primeros en cumplir los preceptos de la Iglesia, y nunca contribuyais al triste y reprobable espectáculo de faltar á lo que aconseja la sana moral del Evangelio.

Frecuentad los Sacramentos, asistid á los oficios divinos, cerrad vuestra boca á la murmuracion y á la blasfemia, manifestad una constante repugnancia á todo acto que traspase las prescripciones de la ley de Dios, sed, en fin, ante los niños unos perfectos modelos de virtud y religiosidad, seguros de que con vuestra ejemplar conducta

conseguiréis tanto y quizá más que con vuestros consejos y discursos. Habeis de aparecer siempre como deseéis que sean vuestros discípulos, y siempre habeis de obrar de la misma manera que deseéis que obren ellos.

Por no tener esto bien presente se hacen muchas veces infructuosos los trabajos de los educadores.

Resumiendo, diremos: que la voluntad del niño debe dirigirse sin coaccion; que aun así, no alcanzarán muchas veces los efectos de la educacion á mejorar la condicion de los individuos; que en algunas ocasiones se mejora aparentemente, siendo esta apariencia el efecto preciso de querer sembrar el bien y desarraigar el mal en poco tiempo; que la educacion moral-religiosa, ni se consigue pronto, ni debe fiarse á la palabra sino al sentimiento y á las costumbres; que la perseverancia y el ejemplo son los mejores medios de educar; y que, ante todo, es indispensable que los educadores trabajen de buena fé y sepan granjearse la confianza de los que bajo su tutela hayan de perfeccionar su sentimiento y cultivar su intelijencia.

## LECCION XIV.

### **De la avaricia y de la prodigalidad.**

*Sumario.*—Qué es la avaricia.—Cómo se presenta en los niños.—Caracteres con que se presenta.—Oríjen probable de este vicio.—Qué es la prodigalidad.—En qué se conoce que los niños estan predispuestos á ser pródigos.—Oríjen probable de esta predisposicion.—Cómo ha de intentarse el combatir los instintos avaros?—Cómo puede probarse la extirpacion de los instintos hácia la prodigalidad.

Llábase avaricia al afan desordenado de adquirir bienes de fortuna.

Cuando el hombre no se contenta con lo que posee; cuando, por efecto de ese descontento, desea adquirir siempre más y más; cuando, en virtud de ese inaplacable deseo, no vé nunca colmada su codicia; y cuando, como

consecuencia de la intranquilidad sembrada por aquella en su interior, cifra la felicidad en el oro, y el porvenir en la riqueza, y los placeres en la ganancia, y la moralidad en los negocios, y las penas en la preponderancia de los demás, y el descanso en los cálculos legales ó ilegales que le han de proporcionar un lucro seguro; cuando todo lo que posee le parece poco y lo que no posee le parece mucho, entonces ni come, ni duerme, ni vive, ni se tranquiliza; pues siempre su inteligencia está buscando el medio de acrecentar, sea como quiera, los bienes materiales que posee, y siempre su deseo se halla vacío por que, semejante á un pozo sin suelo, jamás ve colmada su cavidad inmensa.

Apuntar aquí los perniciosos efectos de la avaricia, sobre traspasar los límites del terreno que nos proponemos recorrer, sería decir á nuestros lectores lo que pueden tener ocasion de leer en un tratado cualquiera de moral; y por tanto, concretaremos nuestras observaciones, por ahora, á describir cómo suele aparecer aquel vicio en la niñez.

Tratándose de niños, nunca la avaricia se presenta con las mismas formas que en el hombre: verdadero vicio en este, no pasa de ser en aquellos una propension que, encerrando el gérmen del mal, presenta diferentes facetas, todas semejantes á las varias impresiones que dejar puede en el corazón humano el egoísmo. Y como el niño desconoce aun las pompas y vanidades de la tierra, pompas y vanidades que forman un mundo de ilusiones, y de mentiras, y de placeres tan imaginarios como seductores; y como el niño, dada su pequeñez intelectual, no puede aspirar á formar parte de ese mundo ficticio, viviendo necesariamente dentro de una atmósfera positivista y material; de aquí el que su egoísmo no se irradie mas allá del espacio conocido por la infantil inteligencia, y de aquí el que sus deseos no se remonten á la esfera de los del hombre, quedando reducidos tan solo á las cosas que más de cerca le impresionan, y á los objetos con que más inmediatamente simpatiza.

Un hombre avaro desea, por ejemplo, riquezas, y un niño propenso á la avaricia desea poseer en abundancia alimentos con que saciar su glotonería; aquel hace ver que dá en ciertas ocasiones *algo* para poder alegar despues derecho á recojer mucho, y este (privado de hacer tal raciocinio) no dá jamás un bocado de pan aun cuando por él reciba cosa de más valor, porque posee la propension sin cálculo ni malicia; el primero desprecia lo que positivamente no aumenta su riqueza, y el segundo desea tan solo fútiles bagatelas, en cuya posesion y amontonamiento se extasia; el uno, se halla dominado por la idea de los objetos que desea, y el otro no desea mas que cuando los objetos mismos le impresionan; uno, en fin, posee el vicio, y otro no posee mas que la simpatía hácia el mismo vicio.

De aquí que no se presente este en los hombres con los mismos caractéres que la propension en los niños; de aquí el que con tanto descuido se mire la prudente y formal educacion moral de la infancia, creyendo que todas sus manifestaciones carecen de causa y de objeto; y de aquí que expongamos el fruto de nuestra observacion respecto del vicio que nos ocupa, no tanto para que se acojan nuestras palabras como doctrina inconcusa, cuanto para que, comparándolo con los hechos, pueda aprovecharse de ella algun principio cierto y rectificarse el que no tenga carácter de generalidad.

Segun tenemos observado hace bastantes años, la mayor parte de los niños que presentan propensiones á la avaricia, pertenecen á los temperamentos linfáticos, ó á las combinaciones de la linfa y el sistema nervioso, preponderando aquel: y aun cuando tambien hemos encontrado iguales predisposiciones en tres ó cuatro niños de temperamento nervioso casi simple, esto es una escepcion de la regla deducida de nuestra experiencia, que podríamos enunciar así: allí se notan más predisposiciones á la avaricia, donde mayor preponderancia tiene el elemento linfático.

Mirado el niño predispuesto á aquel vicio en su conducta con los demás, presenta rasgos característicos tan fáciles de distinguir como dignos de ser estudiados. Poco comunicativo y ménos espontáneo, con dificultad se entrega á los juegos inocentes con que sus compañeros aparentan gozar, y en realidad gozan, sin ningun jénero de miras secundarias; y si voluntariamente toma parte en las recreaciones generales, casi siempre se le ve al lado de algun otro á quien pueda sonsacar alguna cosa ó de quien ha traslucido que puede recibir lo que para calmar sus deseos necesita.

Si él posee lo que á sus compañeros puede hacer falta, no tarda en aislarse de todos ellos; y, comiendo como á hurtadillas (si lo que tiene es pan ó alguna golosina), y enseñándose lo á sí mismo (si lo que guarda es algun juguete) no parece sino que teme que con la vista pueden arrebatarse su propiedad, y evita por tanto hasta que el objeto de sus caricias reciba las miradas de los otros niños.

En tan comprometida situacion, mandad uno de estos para que le haga cualquier halago, y vereis con cuánto desapego se separa sin dejarse besar ni tocar siquiera, creyendo que aquellos halagos y manifestaciones inocentes de aprecio tienen por objeto ganar su simpatía é inclinar su voluntad para que entregue lo que merece todos sus afanes, y por entonces todo su cariño. Y no se crea que su desprecio á las dádivas y mercedes con que puede convidarse en el caso apuntado, se refiere únicamente á las morales; antes bien es muy comun que desprecie las que en otras ocasiones apreciara, si conoce que por recibir un bien puede quedar obligado á practicar otro mayor: si un niño, por ejemplo, se le acerca comiéndose un pedazo de pan, y el maestro hace que éste le dé un poco, lo tomará, si él no tiene ó tiene mucho ménos que aquel; pero en el caso contrario, se negará á ello (al ménos en las primeras pruebas que se hagan), creyendo que por tal medio se le quiere obligar á que llegue á des-

prenderse de su pan en justa ley de reciprocidad.

Cuando por cualquier motivo se vé en el duro trance de tener que dejar de la mano sus juguetes ó sus golosinas, hecho que ha de suceder necesariamente siempre que, ocupadas las manos, no lleve bolsillos ó sean pequeños para colocar aquellos objetos, nunca permite que se los guarde otro niño, mirándole afanosa y desconfiadamente en el caso de que á ello se haya visto obligado de una manera ineludible; pues permite guardárselos él mismo ya en la boca, ya en el pecho, ya de otra manera cualquiera por ridícula que parezca, á dejarlos donde en su torpe sentir considera que puede perderlos.

Hasta cuando come se le vé empuñar fuertemente el pan, por temor á que le sea arrebatado; se le vé comer de prisa para que, concluyendo antes que algun otro, esté en disposicion de recibir; y se le vé, por fin, en otras ocasiones esconderse el alimento en el bolsillo, con el objeto de que, creyendo los demás en su necesidad que sabe fingir bien, se conduelan y se la satisfagan, sin tener en cuenta el ardid de que se ha valido aquel avaro en miniatura con el objeto de burlarse y abusar de las buenas predisposiciones de sus compañeros.

Para no convertir nuestras lecciones escolares en simples é ineficaces palabrerías, acostumbramos á hacer oportunas ciertas prácticas que vienen á ser el necesario complemento de nuestros consejos. Hablando á nuestros discípulos de lo noble, digno y natural que es el socorrer la indigencia y la pobreza, hemos sido los primeros en desprendernos de algunas monedas que, formando un fondo con las que sucesivamente han ido apertando aquellos, privándose así del placer que habian de proporcionarles los juguetes ó golosinas para cuya compra recibieran de sus padres algunos cuartos, han servido despues para ejercer actos de caridad á la vista de los niños. Pues bien, á pesar del ejemplo vivo de todos estos, apesar del nuestro propio, apesar de nuestras sentidas espresiones, y apesar de las

escenas conmovedoras y verdaderamente tiernas que con tal motivo han tenido lugar, nunca los niños predispuestos á la avaricia se han desprendido de los cuartos que en ciertas ocasiones llevaban consigo, llegando, por el contrario, algunos de ellos no solo á resistirse á las francas excitaciones de sus compañeros, sino hasta á pedir en sus casas, haciendo ver que eran para ejercer un acto caritativo en la escuela y destinándolos despues á la compra de objetos con los cuales saciaran sus ya desordenados apetitos.

Tales pruebas de refinado egoismo; y tales demostraciones de patente y sediento amor á todo lo que pueda redundar en beneficio propio, no son, aun cuando parezcan estrañas, mas que las consecuencias necesarias y precisas de esos *naturales* que, cuando falta intelijencia suficiente para distinguir una region pura donde el ambiente se halla embalsamado por los placeres morales, obligan al individuo á que permanezca y se goce respirando los miasmas del positivismo, y á que no se satisfaga sino halagando las insinuaciones de la concupiscencia. Así se observa que los niños predispuestos á la avaricia gozan tanto recibiendo, como padecen cuando se ven obligados á dar alguna vez. Así se concibe solamente que cuando han de escojer entre varios objetos, siempre elijan *lo mayor* aunque no sea *lo mejor*. Así podemos darnos cuenta de ese afan en virtud del cual recojen cuanto se encuentran, y llenan sus bolsillos de objetos despreciables en si mismos, pero que á sus ojos son muy de apreciar, por que apenas hay cosa que aparezca sin valor á los ojos del avaro, cuando le pertenezca ó pueda pertenecerle á costa de pequeños sacrificios y ménos desembolsos. Así comprendemos que los niños dominados por la propension que nos ocupa, recojan papeles, estampitas rotas, cuerdas, trocitos de madera, pedazos de tela, y que se gocen en la posesion de estas cosas, cuando no pueden hacerlo con otras de verdadero valor ó utilidad. Y así solamente puede comprenderse esa decision que se observa en el niño dispuesto á la avaricia,

decision que le hace apreciar lo material y ser casi indiferente con lo moral, decision, en fin, por la cual manifiesta que goza más con los alimentos, que con las diversiones; más con las golosinas, que con los juguetes; más con las dádivas, que con las caricias, más con lo que halaga á sus sentidos, que con lo que puede elevar su dignidad moral.

Descritos, si bien á grandes rasgos, los caracteres más generales con que suele presentarse la avaricia en los niños, no tanto para que se puedan desde luego conocer los que de estos se hallen predispuestos á aquel vicio (lo cual es difícil si á los apuntes y consejos no se une la intencionada y prudente observacion, que es lo que más luz dá sobre el particular á los maestros), cuanto para que estudiando nuestras palabras, hijas de la experiencia, puedan nuestros profesores sentar la planta, al ménos, en el espinoso camino que estamos llamados á recorrer; descritos, repetimos, los principales caracteres con que suele presentarse en los niños la avaricia, diremos algunas palabras sobre las causas, probables unas y ciertas otras, que vienen á sembrar este vicio en el corazon de los niños, ó á alimentarle y desarrollarle, á fin de que evitándolas, se pueda, ya preservar la infancia, ya tambien hacer más fácil el extirpar tan pecaminosa propension, ó cuando menos contener su progresivo crecimiento.

Segun hemos podido observar y deducir, aparte otros motivos secundarios difíciles de conocer, porque no siempre es dado al hombre escudriñar esas misteriosas influencias que modifican su naturaleza moral, la mayor parte de las veces que se nos han presentado niños predispuestos á la avaricia, conocia esta como origen seguro la conducta y el estado social de los padres, y como causa más ó ménos probable el temperamento de los mismos niños.

No somos de aquellos que, pretendiendo materializar las fuerzas del espíritu, ó sujetárle atrevida y excesivamente á las influencias corporales, quieren hacer depender de estas

a mayor parte de los actos humanos; pero lo que no pondremos en duda es esa continua provocacion de la carne, cuyas excitaciones mueven muchas veces la voluntad en beneficio del propio individuo. Por esto podemos calcular que el temperamento es una de las causas probables del vicio que nos ocupa; por esto, tanto respecto á la propension de que hacemos mérito como con relacion á algunas otras, se hallan obstáculos insuperables y se nota cierta oposicion y rigidez al tratar de corregirlas; y por esto tambien creemos que la superabundancia del elemento linfático debe de ser motivo para acrecentar las inclinaciones egoistas, de las cuales la avaricia no es la ménos importante, ni la que ménos abunda, ni la que más tarde se declara en los niños.

Pero si bien damos muy buena parte al temperamento como origen probable de aquel vicio, no la damos menor á la conducta de muchos padres para con sus hijos. El raquitismo y tacañería paternas, la miseria viciosa con que en algunas casas se administra el capital doméstico, el hambre, en fin, que se les hace sufrir á muchas criaturas pretestando ilusorias necesidades y pretendiendo así atender mejor á los cuidados higiénicos que reclaman aquellas (1), todo es parte á que en la niñez se exciten primero los deseos de comer mucho, segundo los deseos de poseer, y tercero el amor vicioso (por lo apasionado) hacia las cosas que se poseen ó que pueden poseerse, lo cual no es otra cosa que el germen y principio de la avaricia.

Tambien hemos podido observar este defecto en la infancia como consecuencia de esa *riqueza pobre* con que algunas familias pretenden pasar por plaza de independientes y

---

(1) Ninguno habrá dejado de observar que muchos padres, ó por aumentar su capital ó por invertir mayores cantidades en objetos de ostentacion y lujo, privan á sus hijos hasta del preciso alimento, queriendo hacer creer á estos que si comen mucho se pondrán enfermos. Tal conducta mata los sentimientos elevados é inclinaciones generosas, sembrando, por el contrario, instintos menguados que dan vida al egoismo en diferentes for-

bien acomodadas á los ojos de la Sociedad. Sabido es el pequeño círculo en que estas familias viven y pretenden hacer vivir á sus hijos; sabido es que á cada momento les inculcan la idea de que á nadie necesitan y de que con nadie deben tener consideraciones por aquel motivo, y muy sabido tambien, que en el hogar doméstico donde tales ideas se propagan, no ya deja de practicarse la caridad y de mentarse los hechos nobles y generosos, sino que hasta se corrije ó se castiga cualquier acto de esta clase con que los niños hayan manifestado algun instinto contrario á los sentimientos de sus padres (1). Tal modo de proceder por parte de estos, produce en aquellos (nó siempre) cierta aversion á las acciones caritativas, aversion equivalente á un amor vicioso hácia lo que se posee, el cual, como todas las simpatías ó aversiones adquiridas en el hogar doméstico durante los primeros años de la infancia, ó se conserva toda la vida, ó, si llega á disiparse, es siempre á fuerza de mucho trabajo, muchísimo tiempo y más prudencia en la ulterior educacion de quien abriga tales sentimientos.

Hasta aquí han llegado nuestras observaciones respecto á los niños que se nos han presentado predispuestos al vicio de que nos venimos ocupando. Dejamos á los que nos lean la prosecucion de nuestra obra, y vamos ahora á ocuparnos de la *prodigalidad*, defecto que, si no aparece tan temprano como la avaricia, no deja de despuntar ya durante la niñez con hechos é inclinaciones peculiares que la caracterizan perfectamente.

Es la prodigalidad un vicio que consiste en despreciar lo que se posee. Como consecuencia de ese desprecio, el pródigo gasta sin necesidad, da sin ninguna obligacion y

---

(1) Nada mas comun en los padres tacaños, que decir cuando sus hijos dan alguna parte de lo que para sí poseen: «no la des; que le compren; si no tiene, que busque; á ti nadie te da, ni tom's ni des á nadie etc. etc.» Y, como puede figurarse cualquiera, tales expresiones matan todo instinto generoso.

aun sin favorecer, tira sus bienes sin objeto, derrocha sin satisfaccion verdadera, mira el ahora, y no vé jamás el despues, quiere para hoy y se olvida de mañana, ama y desea los bienes para despreciarlos y aborrecerlos, vive, en fin, para gastar, y no gasta nunca para vivir. Tal es el pródigo, que como hombre conocemos; y si bien el niño inclinado á un vicio de tan infaustas consecuencias no se presenta delineado con rasgos tan perfectos, ni con tintas tan sobresalientes y acabadas, no dejan de verse en él ciertos contornos, suficientes de suyo á darnos una idea clara de la figura que en su natural moral va destacándose.

Los niños predispuestos á la prodigalidad abundan entre los de temperamentos sanguíneos; y aun cuando no siempre se presentan con todos los caractéres que patentizan la naturaleza de estos, por regla general se distinguen en su sencillez, su inocencia ó poco formales disposiciones.

Apetecen con gran facilidad los juguetes y gustan de hacer ó de que se hagan gastos supérfluos en cosas que muy pronto desechan ú olvidan con la misma facilidad.

Cuando llevan consigo algun objeto de recreo que excita la curiosidad de sus compañeros, no titubean en dejarlo á disposicion de estos, separándose de ellos y olvidándose de aquello que para otros niños de distintas predisposiciones sería un verdadero ídolo.

Y tanto es el afan que manifiesta por lo frívolo el niño predispuesto al vicio mencionado, que por una caña, por una pequeña estampa, por una mala pelota, por cualquier otra bagatela, en fin, dá su pan, sus cuartos ú otra cosa de valor positivo, cuando no lo hace bajo la fé de una falsa promesa de otros niños ménos generosos que él y de más malicia y amor á lo que puede prestarles alguna utilidad.

Mira con tanto desinterés el dinero que se le ha regalado ó entregado por su familia para objetos determinados, que muchas veces suele perderlo, otras lo gasta sin pro-

vecho alguno á la ligera insinuacion de alguno , y no faltan ocasiones en que, ó se lo deja arrebatarse ó lo dá voluntariamente.

Cuando toma parte en esas pequeñas meriendas que los niños suelen improvisar formando lo que llaman ellos *comiditas* ó *comidicas* , jamás se le vé escatimar lo que de su alimento ha de poner ; antes al contrario , se hace la ilusion de que todos aportan iguales cantidades , y en realidad pone él solo para que todos se aprovechen.

Nunca cuando se le pida lo que tiene , rehusa el dar , y lo hace tan espontáneamente , que ni siquiera se acuerda despues de lo que ha hecho.

Por último, llega á tal extremo el desinterés é indiferencia con que los niños de que hablamos miran las cosas que les pertenecen , que despues de haber perdido , sin saber cómo ni en dónde , los libros , las carteras , los zapatos ú otra prenda de su llevar , se presentan en casa sin temor , sin prever el castigo que pueda aguardarles , sin pensar en que se les deba castigar , y sin acordarse siquiera de que les falta lo que han perdido , ni que descuidándolo han observado una conducta digna de reprehension.

Aparte lo que la naturaleza material pueda influir , como influye , en las inclinaciones morales de que nos venimos ocupando , influencia tanto mas perniciosa siempre cuanto mayor es el desequilibrio de los elementos corporales ; aparte aquella influencia que tan solo puede aniquilarse paulatinamente con la modificacion del temperamento ; hemos observado que el estado social de las familias , y , más que esto , la conducta de los padres , son , como en la mayor parte de los casos , las causas de que los niños presenten en una edad asaz temprana predisposiciones hácia la prodigalidad.

Sin que deje de haberlos en todas las clases sociales , abundan , por regla general , los niños pródigos en las más acomodadas de nuestra sociedad. Los padres que , llevados de un ciego é imprudente amor hácia sus hijos , y so-

brados de recursos para satisfacer todos sus pueriles caprichos, acceden á todas las demandas, y en abundancia les compran muñecas, adornos, dulces y pastas, flores, vestidos y sombreros (si son para niñas); los que gastan un verdadero capital en escopetas, caballos, trompetas, tambores, soldados, etc., etc., (si son para niños); los que llevan consigo sus hijos, en edad muy tierna, á cafés, teatros, romerías y otros sitios parecidos; y, sobre todo, los que con su ejemplo acostumbran la familia, no al lujo (porque no es vicio cuando se puede sostener) pero sí á derrochar, á malgastar y á mirar con cínico desden cuanto hace relacion á la economía doméstica; los padres que de tal manera se conducen, por necesidad han de infundir iguales ideas y costumbres en el ánimo de sus hijos, quienes con dificultad las abandonan en el resto de su vida, á no ser como consecuencia de algun amargo desengaño de los muchos con que la Sociedad, á veces, detiene en su carrera triunfal á los individuos que al parecer habian nacido predestinados para asumir en sí mismos las mundanas glorias.

En otras ocasiones, aun cuando la riqueza deje de ser patrimonio de las familias, no falta la prodigalidad entre ellas. Las hemos visto pobres que han manifestado menos apego á los intereses, que otros que poseian un rico patrimonio; y esto influye de tal manera sobre las inclinaciones de sus hijos, que no es difícil ver en ellos tambien todos los síntomas que caracterizan la simpatía por el vicio de que venimos hablando.

Resumiendo: el origen de la prodigalidad, no es otro que, ó el temperamento ó el ejemplo vivo de los padres (1).

(1) Obsérvanse, no obstante, algunos casos que no porque sean abundantes, dejan de constituir una rara excepcion. Hay padres avaros y tacaños que hacen vivir sus hijos en la mayor miseria y sugetos á toda clase de privaciones, sucediendo no obstante que cuando estos llegan á emanciparse de la autoridad doméstica, son tan pródigos y derrochadores como avaros y egoístas han sido sus padres.

Expuestos los caractéres con que suelen presentarse en los niños las propensiones á la avaricia y prodigalidad, así como tambien algunos de los motivos probables de que tan temprano tomen posesion de sus tiernos corazones, nos ocuparemos ahora en describir la línea de conducta que han de seguir los educadores para desterrar todo lo que de vicioso puedan tener las mencionadas inclinaciones, ó al menos para evitar su total y prematuro desarrollo.

Conviene en primer lugar que el educador no se oponga con sus actos á los consejos que dirija á los discípulos; decir que los niños han de ser generosos, aparentando ser aquel avaro; decir que han de saber gastar tan solo lo que se haga necesario, y gastar, no obstante, quien aconseja en las mismas cosas de las cuales se dice que constituyen un desembolso inútil ó innecesario; pronunciar, en fin, una afirmacion y practicar una negociacion á la vista de aquellos á quienes se dirija la palabra, todo constituye, un trabajo no ya positivo, pero aun manifiestamente negativo, porque á la falta de correccion en el que observa hay que añadir el descreimiento que en virtud de tales medios va sembrándose en él.

Al ejemplo, que es una enseñanza muda y general para toda clase de correcciones, hay que agregar ahora medios directamente educativos, y aunque sobre estos, más que las reglas dadas *á priori* hace la prudencia de los maestros, no por eso dejaremos de dar algunas que, unas como consecuencias de los principios estéticos, y otras como recopilacion de nuestra experiencia, puedan abrir paso á los que con entusiasmo y decision deseen penetrar en el terreno escabroso de la práctica pedagógica.

**Avaricia.**—La generosidad y la largueza se oponen á este vicio, y la idea de la *fraternidad universal* ha de servir de base para corregirlo ó contenerlo.

Todos cuantos actos generosos se practiquen á la vista del niño egoísta, y todos cuantos pretendamos hacerle

practicar , han de motivarse por aquella sublime idea que poco á poco va tomando asiento en su exhausta inteligencia.

Es preciso ser muy generoso con el niño avaro, teniendo presente que si los razonamientos alguna vez llegan á convencerle , la generosidad llega á rendirle y hasta á hacerle avergonzarse en su inmotivado egoismo.

Volverse generoso pronto y forzadamente, ó haciéndole temer ó castigándole en el caso de que no lo sea , equivale á aumentar el número de sus punibles inclinaciones.

Querer excitar en él la generosidad proponiéndole cambios en los cuales *siempre* vea una ganancia segura, es igual á aumentar la intensidad de la disposicion pecaminosa , y pagarse de virtudes ficticias , todavía peores que los vicios descubiertos.

El maestro que quiera ver corregida poco á poco la propension de que hablamos , procederá con parsimonia, sutileza y encubierta intencion, de un modo semejante al que vamos á exponer:

Gánese la confianza del discípulo , aun á trueque de desdenes , desaires , trabajo , tiempo y paciencia : cójale entre sus piernas , aparente gran cariño para con él , y haga todo lo posible por conseguir una simple demostracion con que el neófito corresponda al amor que se le dedica ; un beso dado voluntariamente por el educando á su educador será señal de que entre ambos se ha establecido la confianza mútua , y de que al segundo no le es sensible desprenderse de *algo* que no es lo que ménos estima , su cariño.

Despues de esto se le dá alguna cosa para que la guarde, se le pide y se le vuelve á dar otra vez: cuando guarde lo de su maestro, este, ensalzando las buenas cualidades de algun objeto que consigo lleva el niño , procure que se lo deje para examinarlo , y una vez conseguido esto sin excitar su recelo, casi se puede dar por vencida la mala propension.

Después de hacer entregar alguna cosa para ser guardada, se pasa á hacer entregar alguna otra para ser comida, ya en justa correspondencia, ya en virtud de alguna oferta, ya en pago del cariño que se le profesa, y ya por último en cumplimiento del deber moral (1).

Cuando el niño es generoso con su maestro, se halla en disposición de serlo con los demás, si se procede paulatinamente y con medios semejantes á extender los radios sobre cuyo círculo han girado sus nuevos hábitos.

Tómese otro niño generoso y, así como el educador se ha ganado la confianza del avaro y excitado en él instintos opuestos á los que poseía, procúrese que el nuevo niño alcance esa misma confianza por iguales medios que, aun cuando en la apariencia sean escogitados por sí propio, no representen mas que la voluntad del que dirige á ambos individuos: aumentense poco á poco el número de compañeros entre los cuales se establezcan esos vínculos de generosa fraternidad que deben unir á todos ellos; no se ceje un solo día en obra tan santa como consoladora; comiencese por *solicitar* la confianza, sígase hasta *conseguir* el cariño, *déñse* al avaro objetos, hágase por que *reciba* los de otros, por que *deje los suyos*, por que *los cambie*, y en último grado por que *se desprenda*; aumentese en cantidad y calidad cada uno de estos actos; extiéndase el círculo de los compañeros entre quienes los practique; explíquense los principios morales en que se funda esta conducta, principios que no son otros sino los de que «*todos somos hermanos, y todos hemos de favorecernos mutuamente*»; expónganse por último, á la consideración del discípulo, hechos en que resalten la generosidad y la largueza, para hacerle poco á poco sentir esa simpatía que engendran en el corazón las narraciones de actos nobles y elevados; y siguiendo una conducta

(1) Esta progresiva graduación de actos, requieren, otra graduación igual de tiempo; pero rara vez deja de surtir buenos efectos, si á la prudencia se agrega la paciencia.

constante en el sentido que acabamos de describir, esten seguros los maestros de que, si no consiguen extirpar completamente los instintos avaros que, se presenten en sus discípulos, lograrán al menos no solo contenerlos, sino sembrar en el corazón infantil un conjunto de impresiones que después de algún tiempo fructificarán con más ó menos lozanía.

**PRODIGALIDAD.**—Los instintos viciosos de este género son fáciles de corregir en la infancia; puesto que para ello se hace necesario halagar el egoísmo.

Como, según hemos dicho, aun cuando aparezcan en los niños algunas propensiones hácia la prodigalidad, ni les placen tanto como las que poseen hácia la avaricia, ni se han llegado á apoderar de sus tiernos corazones con igual fuerza que esta; basta para reprimir los excesos de una largueza imprudente hacer sentir al que los practica los efectos de su imprevisión.

Un niño, por ejemplo, mira con desdén el alimento que posee para sí, los juguetes que se le han comprado, ó los cuartos que se le entregáran, y dá todo esto innecesaria é incondicionalmente: haced, pues, que sienta desde luego los efectos del hambre que hubiera podido atajar con el alimento que despreció; haced que eche de menos los juguetes que antes desdeñaba, y haced, en fin, que, faltándole los cuartos que debía haber guardado, deje de participar de aquellos goces con los cuales se llenan de pueril vanidad los que con más previsión han sabido guardar sus ahorros para cuando se les presentaran ocasiones propicias de gastarlos.

Lo mismo podemos decir para cuando los niños se muestran sobradamente descuidados con las prendas de su vestir ó con otros objetos que puedan llevar consigo. ¿Pierden los zapatos? Ponedles otros viejos, y aun cuando los tengais no les deis inmediatamente otros nuevos. ¿Pierden su cartera? Dejad que vayan sin ella por algún tiempo y excitad su amor hácia lo perdido, ensalzándoles lo bien que

les sentaba. ¿Pierden alguna otra cosa ó dan pruebas de mostrarse puniblemente descuidados con aquello que les interesa? Hacedles, en fin, sentir moralmente su descuido, y estad seguros de que observando con ellos una conducta semejante, no se hará difícil desarraigar los instintos hácia la prodigalidad; que así puede causar la infelicidad de las familias como la refinada avaricia.

Al tratar de corregir ambas propensiones, se hace necesario contener en sus justos límites los medios empleados; pues, si bien no es fácil transformar á un avaro en pródigo, es facilísima y de muy corta duracion la transformacion del pródigo en avaro.

De todas maneras, repetimos aqui lo que tantas veces hemos dicho: no crean nuestros lectores que les dictamos reglas concretas y precisas para extirpar el mal; ensáyenlas modifiquenlas en el sentido de lo que su experiencia les demuestre, aumentenlas con otras que indudablemente les sugerirá su celo, y aun cuando con este y sus buenos oficios no consigan los resultados apetecibles, consuélense con que ni la educacion lo puede todo, ni las tareas del educador han de circunscribirse á determinadas épocas y edades del educando, ni sobre el perfeccionamiento de este influyen tan solo los trabajos de los que directamente tienen la obligacion de dirigir el desarrollo de sus facultades.

## LECCION XV.

### Cuentos contra la avaricia y la prodigalidad.

*Sumario.*—I. Felipe y Elisa.—II. El hijo del mesonero —III. Hipólito y su vecino.—IV. La fiesta de S. José.—Conclusion.

#### I.

#### FELIPE Y ELISA.

Eran dos hermanos á quienes su madre habia ofrecido comprar una libra de melocotones en recompensa de lo aplicados y obedientes que se mostraban.

Sin embargo, no podian ver cumplida la oferta; porque desde el dia en que se les hizo, nunca oian vocear la fruta mencionada á los que en dias anteriores pasaban frecuentemente por delante de la casa donde los niños vivian.

Otros, quizá, se hubieran impacientado; pero estos, que fiaban en la palabra de su querida madre, y que conocian el motivo justo que la imposibilitaba el comprarles lo que les habia prometido, seguian siendo obedientes y aplicados, y no creyeron jamás en que dejarian de saborear la deseada fruta así que hubiera ocasion para poder comprarla.

Un dia por la tarde habian salido de la escuela, y cuando entraron en su casa buscaron inútilmente á su querida madre con el objeto de saludarla como tenian por costumbre.

Cansados de mirar por aquí y por allí sin haber encontrado á nadie, entraron en la cocina, y en esta se hallaba la hija de una vecina que sin duda cuidaba la casa desde que la madre de Felipe y Elisa habia salido sin decir á dónde.

—«¿Qué haces aquí niña? preguntó Felipe.

—«¿Has visto á nuestra madre? añadió Elisa.

—Estoy cuidando la casa: vuestra madre ha salido hace poco, y me ha encargado que me estuviera aquí hasta que volviera.

—No ha dicho á dónde iba? dijo Felipe.

—Ha dicho si vendria pronto? dijo Elisa.

—Solo me ha dicho que salia de casa, y que volveria muy pronto.

Elisa y Felipe dejaron sobre la mesa de una sala contigua la cartera y la bolsa, en que respectivamente llevaban sus libros y labores, y cuando entraban de nuevo en la cocina, llegaba tambien su madre con un pañuelo en la mano, dentro del cual se conocia que llevaba alguna cosa.

Ambos hermanitos se avalanzaron hácia ella, besáronle la mano, y despues de haberla saludado y de recibir cada uno un beso en prueba del cariño que les tenia, sentáronse en sendas sillas junto á la que ocupaba la niña de quien hemos hecho mencion.

No habian reposado mucho los niños, cuando se presentó su madre llevando en la mano un plato que contenia tres melocotones muy hermosos.

Cuando vieron los niños la fruta, ofrecida por su madre algunos dias antes, se alegraron muchísimo; pues creyeron, y en realidad así era, que iban á participar del convite que aquella les habia hecho, no realizado hasta entonces por los motivos que he dicho al principio de mi cuento.

Felipe miró á su hermanita con una sonrisa que podria haberse traducido por estas palabras: «Ya nos ha comprado la madre los melocotones.»

Elisa correspondió á la sonrisa de su hermano con otra no ménos significativa, como diciéndole: «Ahora si que vamos á ver cumplidos nuestros deseos.»

Y mientras uno y otro hermano se miraban y se sonreian,

su querida madre habia colocado junto á ellos una mesita cubierta con su mantel correspondiente ; habia puesto sobre ella varios pedazos de pan y dos cuchillos , y aproximándose tambien otra silla , se habia sentado enfrente de sus hijos , á los cuales dirigió la palabra en estos términos :

—Ya veis , hijos míos : aquí están los melocotones que os ofrecí días ha , y que no me ha sido posible traerlos antes porque no he visto á nadie que vendiera ; podeis comenzar á comer , y como supongo que esto os causa un gran placer , tan solo os diré que siempre lo tendreis , si , como hasta ahora , tratais de dar gusto á mamá con vuestra aplicacion y con vuestra obediencia .

Oidas que fueron por Felipe y Elisa aquellas palabras de su madre , se dispusieron para comer ; mas , cuando dirigian la mano hácia el plato , notaron que habia solamente tres melocotones , uno grande , otro pequeño , y el tercero mediano , y que para comerlos eran cuatro ; pues ni la madre á quien tanto querian , ni la niña del vecino que estaba sentada entre ellos , habian de quedarse sin comer .

—¿ Qué harémos ahora , hijos míos ? dijo la madre al ver que ni Felipe ni Elisa se atrevian á tomar un melocoton , y al adivinar la causa por qué no lo hacian .

—V. nos dará lo que quiera , querida madre , respondieron ambos á un mismo tiempo .

—Puesto que lo dejais á mi disposicion , voy á repartir .

—Este melocoton , dijo cogiendo el mayor , lo doy á Elisa ; este otro , lo doy á Felipe ; y este último lo cortaremos por mitad y os lo comereis por iguales partes .

No bien habia concluido de hablar la madre , y ya ambos hermanos , dejando su melocoton sobre la mesa y como poseidos de un gran sentimiento , dijeron que ellos deseaban que no hiciera así las particiones ; pues no podian ni debian consentir que su madre y aquella vecinita quedasen sin comer melocoton .

Inútil fué que la madre dijera que la niña ya comería otra cosa ; inútil que les advirtiera el poco deseo que de comer aquella fruta tenia ella, inútil todo ; pues al fin dijo Felipe :

—Mire V., madre mia , si nos obliga á hacer lo que usted á propuesto, lo haremos por obedecerla ; pero en mi nombre y en el de mi hermana voy á pedirle un favor. Si nosotros solitos nos comiésemos los melocotones, no nos harian provecho ; mondémoslos y comamos los cuatro mientras haya ; este es el favor que le pedia.

—Puesto que así lo deseais, queridos mios, hagámoslo así ; mondemos , comamos ; y os aseguro , que no será este el último convite que os haga ; porque á vuestra aplicación y docilidad juntais vuestra larguèza tan espontánea como generosa.

Y todos comieron de los melocotones que se habian comprado únicamente para Felipe y para Elisa.

## II.

### EL HIJO DEL MESONERO.

Gilito , niño de seis á siete años de edad , era hijo de un mesonero , en cuya casa paraban los viajeros que en ella habian de comer al mediodia ó habian de dormir, cuando, por haber llegado la noche no podian pasar mas adelante.

A la hora de comer raras veces se juntaba mucha gente en el meson ; pero á la hora de cenar siempre se quedaban de diez á doce personas que no salian de allí hasta el amanecer del siguiente dia.

Gilito, que ya habia comenzado á ir á la escuela, llevaba por las mañanas su merienda, y desde las nueve en que salia de su casa no volvia hasta las cinco de la tarde, hora en que ya comenzaban á llegar los viajeros que habian resuelto pasar la noche allí.

Tan pronto como Gilito llegaba á su casa , poníase á cenar lo que su madre le guardaba, y no transcurria mucho tiempo despues sin haberse marchado á dormir, por lo cual así su madre como su hermana podian dedicarse con menos cuidados al arreglo de las cenas que sucesivamente pedian los viajeros conforme iban llegando á la posada.

Cierta noche , sin embargo, no pudo Gilito marcharse á dormir pronto como acostumbraba ; porque , habiendo llegado de la escuela se encontró con un huésped que, como pernoctaba frecuentemente en el meson de que hablamos, le conocia mucho, le apreciaba bastante y queria que el niño pasase en su compañía la velada , para lo cual obtuvo de la madre de este el correspondiente permiso.

Llegada la hora de cenar, todos se sentaron á la mesa, y cada uno de los comensales dirigia sus preguntas al niño , quien las contestaba con tal gracia y con tal acierto, que sus respuestas agradaban mucho á las personas que le oian.

Uno de aquellos hubo de quedar tan satisfecho del despejo manifestado por Gilito, que, echándose la mano al bolsillo, le dió media peseta diciéndole:

—Toma, hijo mio ; toma esos dos reales para que te los gastes mañana en juguetes ó caramelos.

—Es mucho para gastarlo todo en caramelos y juguetes: si mi madre quiere, me compraré dos cuartos de confites , y lo demás lo pondremos en una bolsa que tengo para guardar los cuartos que recojo.

—¡ Hola ! ¡ hola ! ¿ Con qué tienes bolsa? replicó otro de los viajeros, que estaba sentado junto al que le habia dado los dos reales.

—Sí, señor; respondió el niño. Como vienen á nuestra casa muchos caballeros, y casi todos me dan cuartos cuando se marchan, le dije á mi madre que no queria gastármelos en juguetes , que deseaba guardarlos para comprar-me un vestido bien bonito cuando tuviese recogido el dinero suficiente.

—¿ Pues no te valia mas, le dijo el viajero conocido, ir gastándolos conforme te los van dando? ¿ no te valia mas comprarte dulces, pasteles, trompos y pelotas, y de este modo regalarte y divertirte?

—¡ Sí! sí! Así hace otro niño que va con migo á la escuela; y cuando el señor maestro quiere que compre algun libro, nunca tiene cuartos, y cuando se le acaba la pluma ó el papel siempre ha de esperar tres ó cuatro dias á renovarlos, porque ni su madre puede darle cuartos ni él guarda jamás los que le dan sus tios. Si los guardese...

—Tendría, añadió con alegre viveza el viajero que habia regalado los dos reales á Gilito.

Encantados todos los circunstantes de las acertadas palabras del niño, no hubo uno siquiera que dejara de darle alguna cosa; de manera, que cuando por indicacion de su madre abandonó la mesa para marcharse á dormir llevaba en el bolsillo ocho reales ménos dos cuartos, á que ascendia lo que de todos habia recogido.

Fuéronse á dormir los huéspedes; y antes de verificarlo Gilito tuvo buen cuidado de echar en su bolsa la última colecta, como hacia siempre con lo que diariamente recibia de los viajeros por las mañanas cuando al tiempo de marchar estos bajaba á despedirlos antes de ir á la escuela.

Si conforme se le daban los cuartos hubiera ido gastándolos, nunca hubiera podido recoger ninguno; pero como el señor maestro y sus padres le decian que no conviene gastarlo todo de una vez, y mucho menos en cosas innecesarias; cuidaba de poner en práctica estos consejos y de guardar sus ahorros para emplearlos en cosas de verdadera utilidad.

No transcurrió mucho tiempo despues del hecho que lijeramente hemos narrado, cuando la madre de Gilito dijo á este cierta mañana:

—Tienes ya muchos cuartos, hijo mio; y como se aproxima la fiesta mayor de nuestro pueblo, podrias comprarte

con ellos un vestido para que lo estrenases aquel día.

—Como V. quiera, respondió el niño. Y mucho que me alegraré. Me comprarán Vds. pantalones, y chaleco, y chaqueta, y zapatos, y una gorra bien bonita, más bonita que la que llevo.

—Sí, hijo mio, sí: todo te compraremos: supongo que tus ahorros serán bastante; y si no, ya pondré yo todo el dinero que falte.

Esto hablaron, y Gilito se marchó á la escuela tan contento, que á todos los niños decía que le iban á comprar un vestido completo y muy bonito.

Sucedió así: aquel mismo día cogió la madre el dinero que su hijo había recojido. Cuánto había, no lo recuerdo: pero sé que después de haber comprado tela para pantalón, chaleco y chaqueta, todo de una misma pieza; después de haber pagado al sastre las hechuras; y después de haber satisfecho el importe de unos zapatos de charol y de una gorra de terciopelo, muy bonita, quedaron aun catorce cuartos, que, según los deseos manifestados por Gilito, entregó su padre á los pobres que pasaron por la puerta de la posada el día de la fiesta mayor.

Decir lo que aquel niño gozó cuando le pusieron el vestido, cuando en compañía de una hermana suya fué á misa, cuando salió á paseo con su padre, y cuando andaba por la plaza entre los demás niños, sería cosa imposible: baste saber que todas las personas se lo miraban, y que sus compañeros de escuela le iban detrás como admirados de ver á Gilito vestido tan elegantemente.

Si en vez de guardar los cuartos, hubiéralos gastado conforme los recibía, á la manera que hacen esos niños golosos que apenas reciben alguna moneda van enseguida á comprarse dulces y bagatelas, no hubiera podido llevar Gilito aquel vestido el día de la fiesta mayor de su pueblo, pues es bien sabido que *quien gasta en lo superfluo no puede después comprar lo que necesita.*

## III.

## HIPÓLITO Y SU VECINO.

Hipólito era hijo de un señor acaudalado que le quería tanto más, cuanto desde muy pequeño había perdido á su madre. Tendría como unos siete años de edad cuando le trajeron de casa de sus abuelos en cuya compañía había permanecido ; y con el objeto de acariciarle y de ver si podía su padre vencer la repugnancia que mostraba el niño á permanecer separado de las personas en cuya compañía viviera , mandaba que le comprasen muchos juguetes.

Una vez le compraban trompos ; otra vez le compraban pelotas de goma ; cuándo le daban caballos de carton ; cuándo coches muy bonitos ; hoy le traían una cosa, mañana le traían otra, hasta que á impulso de tan buen trato se encariñó con su padre y ya no lloraba ni deseaba ir con sus abuelos.

Junto á su casa vivía otro niño tan pobre, que no tenía un solo juguete ; porque aun con muchísimo trabajo alcanzaban los recursos de sus padres para proporcionarse el alimento necesario. Así es , que cuando aquel pobrecito se hallaba desocupado , iba al patio de la casa contigua, y en compañía de Hipólito pasaba horas enteras. Y no era de estrañar ; porque este le dejaba divertirse con sus juguetes, y teniéndolos como cosa muy poco apreciable, lo mismo se contentaba jugando él, que dejando que jugase su pobre vecinito.

Quando ya hacia bastantes dias que entrambos departían sus pueriles distracciones, le ocurrió á Hipólito cierta tarde una idea: la de que habían de jugar á soldados ; y al efecto , tan pronto como vió que su compañero entraba en el patio , subió corriendo á un cuarto en donde guardaba todos sus juguetes, y á los pocos momentos

bajó con su chacó , su sable y bandolera asiendo tambien con ambos brazos un gran caballo de carton.

—Mira , dijo al niño : yo ya estoy vestido de soldado , y tengo aquí mi caballo : ve tú corriendo á tu casa , vístete tambien y tráete tu caballo ; porque esta tarde no hay pelota , ni coche , ni trompo : esta tarde vamos á jugar á los soldados , y ya ves que no puedo dejarte lo mio.

Hipólito ignoraba , quizá , que los pobres no pueden gastar los diueros en juguetes , y por eso hablaba á su vecino de semejante manera ; pero pronto hubo de convenirse de cuán imposible era para este el acceder al deseo que se le manifestaba.

—Qué ! ¿ No vas ? prosiguió cuando su compañero habia la cabeza , como ruborizándose , en cierto modo , de las palabras que se le dirigian.

—Yo no tengo otro vestido que el que llevo , respondió por fin.

—¿ No tienes chacó , sable ni bandolera ?

—No ; no tengo nada de eso.

—¿ Y por qué no te compra tu padre ? ¿ No ves cómo para mí compra el mio ?

—Tu padre es rico ; y el mio dice que no tiene cuartos para comprarme todo eso.

—¿ Y tampoco tienes caballos ?

—No ; por eso me gusta tanto venir á jugar con los tuyos.

—Pero algun trompo ya tendrás.

—Bien tengo uno que me dió hace bastante tien po un tio mio ; pero me falta cuerda. Muchas veces he querido enligarlo con la cinta de unas alpargatas viejas que hay en mi casa ; pero como es corta , no puedo hacerle bailar.

—¿ Y por qué no te compras un cordel ?

—Porque los venden á dos cuartos ; y yo nunca tengo dos cuartos.

Cuando el niño pronunciaba estas palabras entraba en el patio el padre de Hipólito , quien , en tono de sorpresa

y de compasion al mismo tiempo, le contó en muy pocas palabras así lo que sucedia como cuanto habia dicho el niño, al cual conocia ya aquel señor por haberle visto varias veces jugando en compañía de su hijo.

De cuanto le contaba Hipólito no se estrañaba; antes bien, conociendo la inocencia de este, le abrazó cariñosamente, y casi brotaron lágrimas de sus ojos al ver una tan marcada diferencia de la suerte distinta que al hombre puede caberle en este mundo.

Su hijo, riqueza, cuidados, abundancia y distracciones; el del vecino, pobreza, abandono, escasez y miseria.

—Y bien, hijo mio, dijo á Hipólito su padre: ya ves que tu amiguito no puede cumplir tus deseos.

—¿Es posible, respondió Hipólito, que yo tenga tantos juguetes y este niño no posea uno siquiera?

—Así sucede, hijo mio.

—Si V. me lo permitiese, haria una cosa que he pensado.

—Tú dirás.

—Me parece muy mal que mientras yo tengo muchos juguetes en mi cuarto, este niño no tenga mas que un trompo con el cual ni siquiera puede divertirse porque, segun dice, le falta hasta cordel.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que, si á V. no le supiera mal, iríamos al cuarto donde yo guardo muchos juguetes, y le daria á este niño algunos de los que á mí me sobran.

—Vete enseguida, hijo de mi alma; veo que eres generoso, y no puedo menos de repetirte mis abrazos: vete al cuarto y haz lo que mejor te pareciere: tienes mi permiso.

Cogió de la mano Hipólito á su vecino y compañero; subieron seis escaleras; atravesaron una pequeña galería; y entrando en el cuarto anteriormente nombrado, dijo el primero lleno de regocijo:

—«Mira, mira si tengo yo cosas con que poder distraerme. Hay aquí dos trompos y con cordel casi nuevo; llévate uno.»

Y el niño lo recibió lleno de un gozo que ni le permitia hablar.

—Aquí guardo un coche muy bonito: tú no tendrás tampoco ningún coche, con que llévatelo; que aun me quedan á mí otras cosas.

—Quieres esta trompeta para cuando hagamos los soldados? Pues tambien te la doy.

—¿Quieres...

Viendo el pobre vecinito el generoso comportamiento de Hipólito, cuando este se proponia ofrecerle y regalarle otro juguete, dijo que no queria mas y que ya tenia bastantes, con estas mismas palabras.

—Tu quieres darme más aun, Hipólito; y yo no quiero que lo hagas. Nunca he tenido ningún juguete: ahora tengo mi trompo con cordel, mi coche, mi trompeta.... Estoy mas contento! Si me lo permites, iré á enseñárselos á mi madre.

—Vete, pues, y si ella no te lo impide, vuelve y jugaremos. Nada, nada: mientras yo tenga juguetes, no estes triste, aun cuando tu no tengas; que mi papá estoy seguro de que se alegrará al saber que doy de lo mio al que no tiene.

Y el vecino se marchó á su casa; é Hipólito se fué á donde se hallaba su papá que lo recibió con los brazos abiertos al observar en su hijo tanta generosidad, tanta largueza.

#### IV.

#### LA FIESTA DE SAN JOSÉ.

San José de Calasanz, queridos míos, fué un hombre muy bueno que, al ver tantos niños pobres que por falta

de recursos se hallaban abandonados en las calles, estableció escuelas con el objeto de instruirles por caridad en el santo temor de Dios y de ilustrar su inteligencia para que le conociesen y le amasen.

Se conservan todavía muchas escuelas que, dirigidas por religiosos llamados Escolapios, sirven para instruir gratis á todos los niños que se presentan, siguiendo en esto las reglas de su Santo fundador.

Atendiendo, pues, á lo mucho que San José de Calasanz trabajó para enseñar á los niños, en cierta escuela que yo he visitado se tenia la piadosa costumbre de celebrar la fiesta de aquel Santo todos los años, el dia 27 de Agosto.

Los niños, en union con su maestro, pagaban la funcion de Iglesia, hacian venir una música, en la procesion iban muy bonitamente vestidos con cirios en la mano.

Todos comian juntos, y despues de la comida tocaban los músicos muy buenas tocatas en la misma sala de escuela, tocatas que oian los niños con mucho placer y acompañados, como se supone, por un gran número de personas de la poblacion, las cuales recompensaban la religiosa galanteria de los niños distribuyéndoles en abundancia dulces, pasteles y refrescos.

Ocho dias antes de la fiesta, cada discípulo daba al señor maestro una peseta, no entregada por los padres de los niños, sino ahorrada por estos de las dadivas que recogieran durante todo el año. Era aquella, condicion precisa; y habia necesidad de entregar la mencionada peseta, sin cuya circunstancia ni se apuntaba en la lista de sócio á ninguno, ni se podia ir á la procesion, ni se podia concurrir al concierto dado por los músicos, ni recibir, de consiguiente, los regalos que á los niños hacian durante aquel acto las muchas personas de la poblacion que concurrían.

Un año, accediendo á los deseos del Señor maestro que dirigia la escuela mencionada, asistí á la fiesta de que

nos ocupamos ; y habiendo llegado la víspera al tiempo en que se leía la lista de los niños que habian de asistir á la funcion y que se colocaban en fila conforme su maestro iba nombrándoles , observé que dos de ellos se quedaban solos sin que nadie citase sus nombres.

Todos sus compañeros se los miraban como sintiendo compasion por ellos, al paso que las lágrimas asomaban á los ojos de ambos : no habian dado su peseta y por tanto no podian tomar parte en la fiesta que se preparaba para el siguiente dia.

¿ Y sabeis, queridos míos , por qué aquellos desconsolados niños no habian podido satisfacer su cuota correspondiente ?

Si la pobreza de sus padres hubiese sido la causa , el señor maestro la hubiese pagado en nombre de ellos, como lo habia hecho en nombre de otros que por no poder dejaban de satisfacerla.

Si durante el año no hubieran recibido de sus abuelitos , de sus tíos y de algunas otras personas ninguna dádiva, les hubieran entregado sus padres lo que para tomar parte en la funcion necesitan aquel dia.

Pero ni eran pobres , por lo cual el señor maestro dejaba de auxiliarles ; ni habian dejado de recibir cuartos en muchas ocasiones , por cuyo motivo tampoco sus padres quisieron hacerlo.

Eran unos niños que tan pronto como recibian dos cuartos de alguna persona, enseguida entraban en una zuquereria y se los gastaban en caramelos.

Venia á sus casas algun huésped, les regalaba dos reales ó mas ; y tan pronto como los recibian corrian á comprarse soldados de plomo , estampas , trompos , volantes ú otros juguetes.

Llegaba el santo de sus padres , de sus tíos ó de sus abuelos ; iban á felicitarles los dias , recibian en cambio alguna muestra de cariño, y si consistia en dinero , enseguida lo malgastaban , sin hacer caso de que quien todo lo gasta sin nada se queda.

Observando tal conducta, no fué extraño lo que el día de la fiesta sucedió. Bien querian tomar parte; pero les faltaba lo principal; y más de una vez se les habia oido decir: «si no hubiéramos sido tan malgastadores...»

Aun cuando pidieron á sus padres lo que necesitaban aquel día, nada recibieron; pues por toda contestacion se les dijo: si hubierais guardado cuando teniais, no buscariais ahora, expresion que oyeron confundidos de todos los parientes á quienes fueron solicitando proteccion.

Todo esto lo sabia el Sr. Maestro: todo esto lo sabian los demas niños de la escuela, todo esto me contaron á mi cuando pregunté el motivo por el cual se separaba á aquellos dos niños del resto de sus alegres compañeros.

Despues de haber dado las órdenes convenientes para que ninguno de los socios faltase á las funciones del siguiente día, marcháronse los niños; y llorando y sintiendo su poca prevision, dirigieron tambien á sus casas aquellos dos que tan avergonzados y condolidos se hallaban de su imprudente modo de obrar.

El día de la fiesta juntáronse á las nueve de la mañana todos los niños en la escuela: cada uno llevaba el mejor vestido que tenia, ostentaba un bonito cirio en la mano, é iba muy bien peinado y muy arregladito.

Los dos que durante el año habian poco á poco gastado lo que iban recogiendo, aparecieron en los pórticos de la iglesia, sin mudarse de traje (sus padres no lo habian consentido), y como escondiéndose á fin de que sus compañeros no se burlaran de tanta incuria y falta de prevision; pues estas circunstancias les habian acarreado el disgusto que á la sazón sentian.

Compadecidos el Sr. Maestro y yo de aquellos pobres niños, hicimos que entrasen en la iglesia, que oyesen la misa en union de sus demás compañeros, y que asistiesen á la procesion aun cuando ni iban tan bonitamente vestidos como los otros, ni llevaban tampoco cirio lo cual les causaba mucha pena.

Sin embargo, despues de concluidas las funciones religiosas, y cuando todos nos dirigáramos á comer juntos, para oír despues la música y participar mas tarde del refresco que habia preparado, tuvimos el sentimiento de decirles que se habian de marchar á casa, que ellos no podian ni debian tomar parte en la diversion, y que si para el año siguiente hacian mejor uso del dinero que recogieran sentirian iguales placeres y alegrías que los demás.

Deciros, hijos míos, lo tristes que aquellos pobrecitos niños se marcharon, me es enteramente imposible: lloraban; fueron á sus casas tristes, muy tristes; no tuvieron ganas de comer; y cuando el día posterior al de la fiesta acudian á la escuela y los demás niños les entregaban algun dulce de los que les habian guardado, proceder que el Sr. Maestro y yo aplaudimos mucho, decian:

No nos sucederá esto otra vez: por el gusto de emplear nuestros dineros á medida que nos los iban dando, no tuvimos ninguno cuando los necesitábamos.

Lo sucedido este año nos servirá de escarmiento. Tontos de nosotros que creíamos que siempre nos habian de durar, y no nos acordábamos de lo que el Sr. Maestro nos dice todos los días: que quien gasta sin necesidad, no tiene nada cuando necesita.

Así sucedió efectivamente; pues, segun he llegado á saber, ambos niños han guardado su dinero, y ya nunca se han visto en el doloroso trance de estar tristes y separados de sus compañeros en el día de la fiesta.

---

Además de los cuentos preinsertos, ó de otros semejantes, no le faltarán al maestro historietas, ya sagradas, ya profanas, con las cuales pueda hacer ver á sus discípulos los buenos efectos de una generosidad prudente y de una

prevision reflexiva, ideas que, aun cuando durante la niñez no son para esta de una práctica é inmediata aplicacion, aportan su valor para la formacion del carácter moral que más tarde se presenta constituido por el conjunto de todas las impresiones recibidas durante el período de la educacion.

Cain y Esaú pueden personificar la avaricia para los niños; José, hijo de Jacob, la prevision; y de la Parábola del hijo pródigo se pueden sacar algunos rasgos con el fin de separar el ánimo infantil de esa imprudente senda que conduce poco á poco los niños á la posesion de los defectos de que nos hemos ocupado en esta leccion y la precedente.

## LECCION XVI.

### **De la desobediencia y del servilismo.**

*Sumario.*—Qué es la desobediencia y qué es el servilismo.—Causas que suelen motivar la desobediencia y el servilismo.—A cuántas clases de obediencia pueden ser inducidos en los niños —Medios de fomentar la obediencia activa.—Medios de evitar el servilismo.—Conclusion.

Es tal la influencia que sobre el individuo ejerce su egoismo, que no solamente le predispone á querer ser dueño absoluto de cuanto exteriormente halaga su sensibilidad moral; sino que, obligándole á observarse al través de un prisma de refinado amor propio, hace que se vea á si mismo de gigantescas dimensiones, que se aprecie apasionadamente, que se valore en mas que á ningun otro, y que considere su voluntad como una autoridad fuerte, libre y sin extrañas leyes que la dirijan ni obstáculos que la detengan.

Consecuencia de todo esto, es esa predisposicion á no

secundar los deseos ni seguir gustosamente los consejos é insinuaciones de los superiores, aun cuando se hagan en nuestro propio beneficio, defecto conocido con el nombre de desobediencia, y al cual se muestra la infancia muy propicia, en virtud de superar en ella la sensibilidad material á la sensibilidad moral.

Si esto último no sucede (casos raros hemos observado): si el niño, ó por una precocidad intelectual poco comun, ó por una conducta sistemática del que le dirige, se muestra, no ya obediente, sino asaz dispuesto á adelantarse á los deseos del superior, para conseguir con la simpatía de este los bienes que de él espera; si habiendo conocido, en fin, alguna debilidad en el superior, presta una obediencia hipócrita, calculada y lucrativa, y no repara en medio alguno para conseguir de aquel las mercedes á que aspira, desobedeciendo en su interior, y *prestándose por su interés á la voluntad ajena*, entonces, bajo la capa de la obediencia y docilidad, oculta un vicio llamado *servilismo* (1).

Asi como la obediencia es una disposicion por la cual el individuo se presta voluntaria y desinteresadamente á seguir las prescripciones y preceptos de sus superiores, el servilismo es una disposicion extrema y viciosa á secundar los deseos de los otros, en interés de quien la posee: aquella es una virtud, origen de otras muchas; este es un defecto, causa de otros no menos funestos, y que comparado con la desobediencia tiene esta sobre él la ventaja de la sinceridad.

«Dadme un niño desobediente, y con el tiempo y la prudencia os le volveré dócil; pero si me entregais un niño servil, tal como venga en mis manos volverá á salir, pues no es dado mejorar las costumbres del que sabe

(1) El servilismo en los niños no es un defecto muy generalizado; pero existe en algunos, en proporciones microscópicas que con el tiempo llegarían á ser colosales, si no se borrasen é hicieran desaparecer.

ocultar sus malas artes.» Y esto, que hemos leído en un manuscrito inédito, es una verdad inconcusa, de la cual se deduce fácilmente que el servilismo es un defecto escesivamente perjudicial á la infancia, ya por que imposibilita su perfeccionamiento, ya por que puede dar lugar á muchas y diferentes propensiones pecaminosas.

Sea de esto lo que quiera, y no pretendiendo nosotros, por ahora, entrar en consideraciones filosófico-morales, trataremos de exponer el fruto de nuestra observacion acerca el origen de estos defectos, para que, evitando las causas que los motivan y siguiendo despues las reglas de conducta que nos proponemos trazar, se logre vencer esa repugnancia que los niños manifiestan á seguir las indicaciones de sus superiores, y matar en germen esa otra propension no menos funesta de prestar una docilidad interesada y mercenaria á los demás, tan solo por ver satisfechos los propósitos del que la posee.

La desobediencia en los niños reconoce, á veces, por origen la propia naturaleza de estos, discordante en muchas ocasiones con los mandatos de quienes, sin conocerla, pretenden avasallarla.

Efectivamente: segun la experiencia nos ha manifestado, si los niños desobedecen es en muchos casos de una manera necesaria. Es desobediente el linfático cuando se le quiere obligar á ser diligente, trabajador, asiduo y aplicado: es desobediente el sanguíneo cuando se le quiere obligar á ser quieto, formal, pacífico y constante en sus apreciaciones y deseos: es desobediente el bilioso si se le quiere obligar á ser amable, contemplativo, cortés y sufrido; y es tambien desobediente el nervioso si se le quiere hacer insensible, si se pretende avasallarle, y si caprichosamente se le hace seguir una línea de conducta poco conforme con sus preciadas convicciones.

Tenemos, pues, que existen en los niños motivos independientes de su voluntad, capaces de hacerles desobedientes; y estos motivos, son, á veces, causas invencibles

si el que manda no ha sabido conocerlos para evitar extra-  
tégicamente sus efectos en la práctica de las acciones que  
ordene.

Otro de los motivos que originan la desobediencia, es  
también el carácter y conducta de los que por su posición  
están llamados á hacerse obedecer.

Nadie podrá negar que hay muchos padres y no pocos  
maestros, cuyo deseo de hacerse simpáticos á sus hijos ó  
discípulos y de adquirir mayores títulos al cariño que se  
merecen, dá lugar á que los traten siempre con demasia-  
da debilidad y con exceso de mimo. Tal conducta fuera  
prudente y de muy buenos resultados, si los que tienen  
la obligación imprescindible de sujetarse á las prescrip-  
ciones de sus superiores reuniesen aquellas prendas mo-  
rales necesarias para conocer lo que estos se merecen y  
para no faltarles jamás á las graves y atendibles considera-  
ciones que les deben.

Pero, ¿ existe en la niñez esa prudencia, ese conoci-  
miento ?

¿ Sabe distinguir los límites de la amabilidad y del ca-  
riño ?

¿ No deja de traspasarlos con frecuencia, para entrar  
de lleno en el campo de la irreverencia y de la irrespe-  
tuosidad ?

Va un niño por primera vez á la escuela, y á no contra-  
rizar su voluntad algun especial motivo (1), se muestra  
formal, obediente y respetuoso con su maestro. Creyendo  
éste que el miramiento del discípulo es tristeza ó descon-  
fianza, se muestra con él demasiado amable y contempla-  
tivo; pero pronto son traducidas las contemplaciones y la

---

(1) No sucede esto cuando se ha educado muy mal al niño en el hogar  
doméstico, ni cuando se halla acostumbrado á abusar de la autoridad de  
otros preceptores, ni cuando por su poca edad ó por las promesas engaño-  
sas que se le han hecho, considera la escuela y los maestros como otra cosa  
de lo que son en realidad.

amabilidad como el cumplimiento de una imprescindible obligación ; pronto la confianza del alumno se convierte en franqueza, y la franqueza en libertad, y la libertad en licencia, y la licencia en desprecio, y el desprecio en una especie de despotismo, cuyos efectos es inútil tratar de combatir por las vías del amor ni de los razonamientos.

Hé aquí un niño desobediente á consecuencia de la debilidad de su maestro.

Pero á veces la desobediencia se presenta en las escuelas con todos los caracteres de una verdadera costumbre, y esta no la adquiere la infancia sino por efecto tambien de que los padres de familia no saben hermanar el amor que deben inspirar á sus hijos con la autoridad que deben representar.

Dejan de conocer muchos padres, que sus propios hijos, como los de los demás, pueden tener defectos ; y hasta tal punto llega tal creencia, que el mayor insulto hecho á muchos de los primeros es el decirles que sus hijos tienen una mala propension ó una mala costumbre.

Como consecuencia de aquella extraña conviccion, y del vicioso ahinco con que por todos los medios imaginables procuran el bien estar de los séres que engendraron, no solamente juzgan con apasionado criterio sobre la bondad ó malicia de las acciones ejecutadas por estos, sino que se hallan dispuestos á aminorar siempre la gravedad de las faltas y disminuir y aun evitar con punible conmiseracion el castigo, correccion, consejo ó advertencia que aquellos debian seguir inmediatamente.

« Como lo hagas otra vez... » « No me hagais enfadar. » « Ya se lo diré á vuestro padre. » « Todas me las pagarás juntas. » « Ahora te perdono ; pero otra vez te castigaré doblemente. »

Este conjunto de expresiones se oyen de continuo ; y apesar de todo, los niños reinciden, y vuelven á contrariar la voluntad de sus madres, y las hacen enfadar de nuevo, y sus padres ninguna noticia adquieren del com-

portamiento de sus hijos, y todo es vana palabrería, y todo vanas amenazas, y todo promesas que no se cumplen, y todo, en fin, causa del desprestigio de la autoridad maternal ó paternal, mirada, á consecuencia de los hechos apuntados, con indiferencia y hasta con desprecio.

Aparte esto, creemos inútil anotar como origen de la desobediencia la conducta de esos padres que, ó se convierten voluntariamente en hijos de sus hijos accediendo á todas sus exigencias y caprichos, ó contemporizan con todos sus deseos, dispensan todas sus faltas y hasta fomentan sus pretensiones egoistas, dejando las correcciones para otra vez, para más adelante, y para cuando los pobrecitos niños sean mayores, pues lo que entonces ejecutan no puede recibir sino el nombre de puerilidades y tonterías.

De todo lo que hemos apuntado hasta ahora, resulta que *la debilidad injustificada é impruente de los superiores origina y fomenta la desobediencia; y que los niños traducen como tal debilidad aun las contemplaciones cariñosas con que se pretende excitar su confianza.*

Y aun cuando la debilidad fomenta la desobediencia en los niños, no se crea que mostrándose fuerte el superior ha de conseguir que aquellos se muestren adictos á sus mandatos.

Obsérvanse frecuentemente algunos padres que, con voz atronadora, cara adusta y un apéndice (á veces) de reniegos y aun de blasfemias, mandan á sus hijos, los cuales, si obedecen, que no siempre lo hacen, es porque les asusta de aquella especie de tormenta que les amenaza. Hay madres que, cuando sus hijos no quieren cumplir cuanto se les ordena, échanlos de su presencia, fruncen el ceño, levantan extraordinariamente la voz, empuñan un palo ó un látigo, y ó los acompañan así hasta donde ellas deseaban, ó haciéndoles sentir los efectos del castigo corporal é infundiéndoles con este el miedo, logran ser obedecidos por entonces. No faltan maestros tampoco que, amenazando

siempre, gritando siempre, hablando siempre de castigos, perdiendo la calma, encendiéndose en cólera, ahogando con su voz el murmullo de los discípulos, ó tratando de imponerles su voluntad por medio del terror, logran reprimir, siquiera momentáneamente, esos síntomas de turbulencia y rebelion que se observan en los niños cuando en gran número se encuentran reunidos.

¿Y sabeis á dónde conducen esos alardes de autoridad? Conducen frecuentemente á la imprudencia; conducen á que quien los manifiesta se exceda de una manera lastimosa en el uso de las facultades que su superioridad le concede, y á que más tarde tenga que manifestar su poco tacto, y humillarse con el mismo ante quien deseaba aparecer como una figura colosal é imponente, humillacion que lleva tras de si el desprestigio y el descrédito, que socava el principio de autoridad, y que echa por tierra cuanto puede servir de regulador influyente en las impremeditadas decisiones de la infancia.

Sucede, no obstante, que los superiores pueden contener sus actos dentro de los límites de lo prudente; pero aun cuando así suceda, que no suceda muchas veces, nunca consiguen ser obedecidos voluntariamente por los niños; quienes, colocados en la dura alternativa de sacrificar sus inclinaciones é instintos ó sufrir los efectos de la ira que les amenaza, optan por lo primero, no en gracia al cumplimiento del deber, ni para gozar de la satisfaccion que con sigo lleva siempre el que llena sus más sagradas obligaciones, sino para librarse en aquel momento del castigo, que temen y que desean evitar á todo trance. Los educandos tratados de una manera semejante, mejor que *dirigidos* hácia la perfeccion son *arrastrados* hácia ellos; *temen*, pero no *respetan*; *obran*, y no *obedecen*; *ceden* el empuje de la fuerza que se les imprime, pero no *cejan* en sus propósitos; y nunca se consigue otra cosa, que oponer una fuerza mayor que la resistencia que *desplegan*, fuerza que se hace impotente cuando aquella

ha adquirido vuelos bastantes para contra restrar su impulso.

Quando al niño se le manda de un modo despótico; cuando se quiere que obedezca á la voz imperante del que le prescribe; cuando á viva fuerza y coartando su voluntad por las amenazas y castigos se le obliga, su cara se sonroja, sus párpados se ponen en movimiento, sus ojos se encienden, su boca murmura por lo bajo contra la decision de quien le manda, sus movimientos manifiestan el disgusto que en tal momento sufre, sus ademanes y aquella intencion con que va girando el rostro hácia el de la persona que le ha impuesto el mandato, todo, en fin, manifiesta bien claramente el disgusto con que obedece, todo manifiesta que si ejecuta las órdenes superiores lo hace por evitar un mal mayor ó por *no poder* oponerse á ellas, y todo manifiesta que el dia en que sus fuerzas materiales ó morales le hagan factible aquello, vengará cumplidamente las humillaciones y caprichos de que, en su concepto, es víctima inocente.

¡Cuántos padres y maestros han sufrido el desprecio y hasta los insultos de sus hijos y discípulos cuando estos, considerándose ya emancipados de aquellos, han querido echarles en cara el despotismo con que se les trataba siendo niños!

Así, pues, como la debilidad es causa más ó menos inmediata de la desobediencia, así *tambien la rudeza del carácter absolutamente imperante fomenta aquel defecto*; puesto que, aunque el inferior siga las prescripciones de quien le ordena, lo hace de una manera *pasiva*, muy semejante al movimiento que la palanca imprime á una masa inerte, la cual queda en reposo tan pronto como sobre ella cesa de actuar la máquina impulsora.

No ménos que las causas hasta ahora expuestas, vienen á aumentar las propensiones á la desobediencia otras circunstancias, que en cierto modo justifican aquel defecto.

Pocas veces quien manda á los niños ha reflexionado

suficientemente sobre la posibilidad ó imposibilidad de ser obedecido sin que esto venga á constituir el hecho en un verdadero sacrificio. Resulta de aquí que los motivos de la desobediencia no residen en el desobediente, sino en el que manda ejecutar lo que, por varias circunstancias, se hace difícil de practicar ó casi impracticable.

Un niño, por ejemplo, jugando en su casa hace caer al suelo algún objeto colocado á mayor altura que la que él puede alcanzar: su padre manda que lo ponga en su sitio; el niño prueba, y cuando conoce la ineficacia de sus esfuerzos, deja el objeto en el suelo, y llora ó prorumpe en un iracundo «*no puedo ó no quiero.*»

Otro niño en la escuela no ha cumplido perfectamente con las tareas que su maestro le impusiera el día anterior; en vez de aligerarle el trabajo se le duplica ó triplica, diciéndole: «*para mañana has de hacer tanto más:*» unas veces prueba sus fuerzas, y viéndolas insuficientes desprecia el mandato de su maestro; pero en otras ocasiones (y estas son muy frecuentes) tan pronto como oye la voz del que le ordena un acto superior á sus facultades, prorumpe en un ¡*sí!* despreciativo, ó manifiesta tácitamente su intención de no probar siquiera á ejecutar lo que se le manda, y al día siguiente ó no se presenta en la escuela por temor, ó si se presenta lo hace resuelto á sufrir impasible todas las consecuencias de una falta que cree, y con motivo, justificada.

Hé aquí dos casos en que la desobediencia ha sido motivada por los que quieren hacerse obedecer: hé aquí los mandatos originando ó fomentando el vicio que nos ocupa: hé aquí desprestigiado necesariamente el principio de autoridad; y hé aquí cómo *la imprudencia en el que ordena siembra ó desarrolla las propensiones libres del que se muestra poco dócil á los consejos é intimaciones de sus superiores.*

De la irreflexion nace también otro defecto, consecuencia precisa de aquella, que viene á desvirtuar ante la con-

sideracion de los niños esa idea grande y respetable que han de tener de sus padres y de sus maestros.

Muchos hay que, segun las circunstancias, segun las impresiones que hayan recibido, y segun el estado moral en que se hallan, tratan á la niñez con amabilidad, con dureza, con indiferencia ó con desprecio. Hoy dispensan lo que mañana corrigen; premian en unos lo que castigan en otros; son indiferentes ahora para mostrarse rígidos despues; mandan y no recuerdan de averiguar si han sido obedecidos; disponen por disponer, hablan por hablar, dicen por decir; y *de la informalidad, de la inconsecuencia y de la irreflección con que proceden, sobreviene la falta de consideracion con que se les mira, y el poco respeto con se oyen sus palabras, sus amenazas y mandatos.*

Sobrados ejemplos podríamos exponer para patentizar la verdad de cuanto llevamos apuntado; pero para no hacernos demasiado prolijos, y por que suponemos á nuestros lectores con suficiente inteligencia para comprender nuestras razones, dejaremos de hacerlo, y pasamos á exponer ahora los actos que manifiestan la existencia del servilismo y las causas que suelen venir á excitarlo y fomentarlo.

Ninguno, que haya observado atentamente á los niños habrá dejado de conocer que el *servilismo* no es en ellos una propension tan comun y generalizada como la desobediencia; y es, que, siendo aquel una *obediencia y una docilidad calculadas* para hacerlas redundar en beneficio de quien las posee, y requiriendo, por consiguiente una fuerza inteligente algo superior á la que es propia de la niñez no puede ser de esta patrimonio una propension que requiere necesariamente el concurso de facultades muy poco generalizadas en el hombre durante sus primeros años.

Por esto se vé que el servilismo existe tan solo allí donde existe tambien la precocidad intelectual, allí donde por un conjunto de circunstancias cuyas tendencias se pueden concretar dificilmente, hay fuerza bastante de raciocinio para calcular de un modo malicioso lo que conviene hacer

con el objeto de conseguir, engañando aquello que más conviene.

De los pocos niños serviles que hemos observado, casi todos han sido de temperamentos *sanguíneo-nerviosos*: de inteligencia clara, no han manifestado, sin embargo, grande afán por el estudio, fiando más en sus mañas engañosas que en sus méritos y desvelos para atraerse nuestra benevolencia. Gustan mucho de colocarse al lado de quien procuran agradar: hablan con una fingida sonrisa, y una amabilidad que, por lo amanerada, puede calificarse de ficticia. Son muy dados á llevar cuentos así á sus padres como á sus maestros: todo cuanto sucede entre hermanos y entre condiscípulos (y con frecuencia hasta lo que no sucede) lo relatan dándose al mismo tiempo aire de virtuosos. Corrigen á sus compañeros; pero cuando lo hacen tratan de que se les oiga por sus superiores, á fin de que estos se convenzan de que tienen unos leales coadjutores y puedan, por consiguiente, dispensarles mercedes. Acostumbran á concurrir pronto á la escuela, acusando de vagos ó de poco predispuestos al trabajo á cuantos niños hayan podido encontrar en el camino; y si hay algun otro establecimiento de enseñanza, no es difícil oírles hablar mal de él, de los alumnos que lo frecuentan y del profesor que lo dirige, constituyéndose, por decirlo así, en niños conocidos vulgarmente con el calificativo de *lagoteros*.

Ahora bien: ¿qué causas pueden fomentar esta propension en los niños?

Quando en ellos existe la preeocidad intelectual de que hemos hecho mérito, casi todos los motivos dependen de la conducta de los padres y de los maestros.

Aquellos que, con el noble fin de atraerse las simpatías de los niños, han logrado engendrar un deseo irresistible de alcanzar premios, de seguro serán obedecidos y obsequiados; pero esta docilidad y obediencia que se les manifiesta, no reconocen otro fin que la realizacion del interesado propósito formado por los que en ellas ven tan solo

un motivo de halagar y satisfacer sus deseos de medro personal. *Dispertad, pues, la emulacion entre vuestros discipulos; pero no seais constantemente sistemáticos en premiar sus buenas obras.*

Aquellos que, creyendo en la inocencia, sinceridad y buena fé *que debian existir en los niños todos, y que no existen realmente*, se entregan en cuerpo y alma á sus hijos ó discipulos, fian en todas sus palabras, y no son capaces de ver doblez é hipocresía en algunos de sus actos; los padres y maestros que, más cándidos y angelicales que los niños, dicen á estos todo cuanto piensan, les descubren sus intenciones y les enteran de sus proyectos; los padres y maestros, en fin, que han llegado á hacer comprender *los hechos en qué hacen estribar la bondad de sus educandos* (1), estén seguros de que estos tratarán de dar gusto á sus superiores en la parte que les ha de producir un buen concepto para poder dedicarse luego lo que más satisfacciones les reporte. Un carácter tan sincero, tan sencillo y tan *bonachon* de los padres y maestros dá lugar á que los niños obren intencionadamente para agradarles, y por consiguiente á que se dispierte en ellos la propension al servilismo.

Por último, es origen de esta pecaminosa inclinacion el poseer demasadamente arraigado ese prurito que ciertos niños tienen por aventajar á los demás, por ocupar mejores puestos, por gozar de mejor concepto entre sus superiores, por granjearse mayores simpatías, por recibir más satisfacciones, y por conseguir el dictado de sobresalientes con que algunos profesores halagan, no con mucha

---

(1) Cada individuo tiene sus flaquezas y sus ideas sistemáticas; y por esto hay quien hace constituir la virtud en la obediencia, otros en la veracidad, estos en la pulcritud, y aquellos en la confianza. Hecho conocer esto á los niños, sucede con ellos como con los sirvientes de una persona caprichosa, de la cual dicen: *sepamos llevarle el genio, sepamos darle por su comer, y así podremos hacer en lo demás todo lo que de nuestro agrado sea.*»

prudencia y sobre todo muy tempranamente, el amor propio de aquellos casquívanos en miniatura.

Expuestas hasta ahora las reflexiones que nos ha sugerido la observacion de la vida moral de la infancia, con relacion á los defectos de que venimos ocupándonos en la leccion presente, trataremos de describir, segun nos lo dicten nuestra razon y nuestra experiencia, la conducta que creemos más ventajosa para extirpar ó impedir el fomento de la desobediencia y del servilismo en la niñez.

**DESOBEDIENCIA.**—Al tiempo de querer que desaparezca este defecto y que nazca la virtud opuesta, pueden conseguirse dos clases de obediencia: *activa* la una y *pasiva* la otra.

Obediencia activa es la virtud que consiste en seguir *voluntaria y habitualmente* las indicaciones del superior; y á la obediencia cuando es pasiva faltan, por lo ménos, la voluntad espontánea y la buena fé en la ejecucion de los mandatos.

No necesitamos decir que el educador debe tratar de conseguir la primera, huyendo de todo lo que tienda á coartar el libre ejercicio de la mencionada virtud, de todo lo que pueda inducir los niños á que la practiquen en beneficio propio, y de todo lo que, forzando la voluntad del educando, venga á producir una obediencia cuyo medio sea el calculado egoismo y cuyo fin sea el engaño.

Los buenos efectos en esta interesantísima parte de la educacion dependen casi en su totalidad del carácter de los maestros y de la naturaleza de los mandatos, sin que por esto dejemos de dar gran importancia á los medios directos de que se valgan para hacer que sus discípulos sientan cariño hácia la virtud que nos ocupa.

Una vez que los niños profesan naturalmente cariño á sus padres, por mas que ese cariño no sea tal ni tan grande como estos se lo merecen; y una vez que tampoco tienen motivos para mostrarse apáticos con sus

maestros y demás superiores, aun cuando muchas veces se muestren temerosos y desconfiados, si por algun motivo se les ha imbuido miedo ú odio hácia ellos; una vez, repetimos, que los niños ven en sus superiores un apoyo necesario á su moral y material debilidad, preciso se hace no hacerles convencer de lo contrario, y al efecto basta presentarse ante ellos representando constantemente una doble entidad.

Esta doble entidad debe estar constituida por la dificultosa, si bien no irrealizable, amalgama de dos cualidades al parecer imposibles de hermanar, á saber: el cariño y el rigor, la fraternidad y la superioridad, cualidades que deben aparecer en los educadores segun y cuando los casos hagan necesaria su exhibicion.

Parece imposible que un maestro ó un padre deban representar á la vez el papel de niños y de hombres; parece imposible que deban presentarse ante sus educandos ya como iguales, ya como superiores; parece imposible que en su carácter deba haber tanta flexibilidad; pero no solamente es hacedero todo esto, sino que de ello depende el que los niños *quieran y teman* á un tiempo, *confien y desconfien* simultáneamente, *ámen y respeten*, en fin, que es lo que se necesita para que se muestren obedientes á cuantas preçcripciones se les hagan.

No huyais de vuestros discípulos como temiendo vulgarizar entre ellos vuestra personalidad; pero tampoco habeis de llevarlos siempre con vosotros ni estar continuamente entre ellos para que no puedan descubrir con facilidad vuestras debilidades y defectos (1).

---

(1) Hay maestros que creen rebajarse entablando conversacion con sus discípulos, ó haciéndoles alguna demostracion de afecto cuando los encuentran fuera de la escuela; hay padres que, por satisfacer sus caprichosas inclinaciones ó por dar pábulo á las costumbres mundanas, abandonan sus hijos á quienes ven muy pocas veces, y con quienes ni un solo dia salen de paseo. Este proceder motiva la desconfianza en los niños para con sus su-

No temais el entregaros á tomar parte en sus juegos y diversiones tan insulsas como sencillas por regla general; pero cuidado de no rebajaros á ser tan niños como ellos, cuidado de no entregaros á la diversion tan en cuerpo y alma como se entregan ellos (1).

Apareced como niños; pero como niños con discernimiento y moralidad de hombres; jugad para que se diviertan vuestros discipulos mientras les observais, pero nunca juguéis para divertirnos vosotros mismos (2).

Hablad con el lenguaje del niño; pero con el tono de hombres (3).

Sed amables en vuestra expresion; pero intransigentes en vuestros propósitos.

Indulgentes en apariencia, pero habeis de ser en realidad fuertes (4).

Aunque cariñosos en vuestro semblante, nunca ha de faltar á vuestro carácter la entereza (5).

peiores, y entibia ese deseo de mostrarse adictos que, obrando estos de distinto modo, naceria en el ánimo de aquellos.

Por el contrario hay quienes hablan y practican ante los educandos cosas informales, cosas que rebajan la dignidad de que los superiores necesitan hallarse revestidos, ya diciendo chanzonetas á algun amigo, ya jugando sin discrecion ni prudencia, ya asistiendo á bailes, cafés y otros espectáculos en compañía de los que son sus hijos y todo esto es (en la mayor parte de los casos) motivo de perder el ascendiente moral.

(1) Si jugáis con los niños haced siempre de directores del juego, jugad como haciéndoles con esto un verdadero obsequio: no esperéis jamás al que ellos os abandonen en el recreo, y no accedais tampoco á proseguirlo hasta que se sacien ellos. Vuestra dignidad propia os dirá lo que habeis de hacer y dejar de hacer.

(2) Hemos visto hombres que, por una distraccion, quizá, han jugado con los niños lo mismo que si jugasen con los hombres: aparentad al ménos cierta especie de aversion al infantil recreo, y así tendreis los niños doblemente obligados.

(3) Seria altamente ridículo y llegarían á reirse de vosotros si por dar más gracejo á las diversiones de vuestros educandos tomaseis el tono y pronunciacion de estos, como suele observarse entre las familias.

(4) Es decir, que aun cuando traieis de *hijo mio* y *de hermano* al niño á quien mandeis, no por esto habeis de ordenarle con la faz que revelan aquellas expresiones todo lo que ver obedecido pretendais.

(5) Nunca para mandar frunzais el entrecejo: risueños más que adustos

Cortesés en vuestro lenguaje y en vuestras fórmulas de mando, sed intencionadamente rígidos (1).

Nunca mandéis como queriendo imponer un sacrificio al que os ha de obedecer (2).

Haced ver que el cumplimiento de lo que mandáis no exige esfuerzo ni sacrificio alguno (3).

Jamás mandéis de mal humor, ni creáis tampoco que por gritar mucho han de ser más respetadas vuestras órdenes.

Os equivocáis creyendo que por mandar con desenfado y con palabras aterradoras, vais á ser mejor obedecidos (4).

y pacíficos, no iracundos, ordenad lo que tengáis á bien y esperad con resolución y firmeza el ser obedecidos.

(1) Hay superiores que, comprendiendo muy mal su posición respecto á los niños, creen que éstos han de ser unas *máquinas de obedecer*, y que, por consiguiente, funcionarán mejor cuanto mayor sea la violencia é imperante acción con que se las impulse. Es un error tal creencia; pues entre los niños sucede lo mismo que entre los hombres: á aquel servimos con más gusto, que en mejores formas nos suplica. No por esto queremos decir que el maestro ha de convertirse en inferior de sus discípulos; puesto que, al contrario, somos de parecer que, aparte la amabilidad y cortesía con que mande, siempre debe hallarse dispuesto á hacerse obedecer.

(2) Jamás hagáis ver á vuestros educandos que la obediencia á vuestros mandatos es un verdadero castigo; que de esto resultaría vituperada aquella sublime virtud. «*No habeis querido hacer tal cosa una vez, pues ahora tendreis que hacerla siete.*» hé aquí una expresión favorita de los que no saben hacerse obedecer; y hé aquí uno de los muchos medios con que suele presentarse á los niños como enojosa la virtud de la obediencia. «*Tu no has querido cumplir con tus deberes, prefiriendo la diversion y la holgazanería*, dicen otros, *ahora las pagarás todas*» y, como imponiendo un gran sacrificio, obligan á que se cumplan sus mandatos con lo cual solo consiguen excitar el ódio hácia lo que tan solo gozo y satisfacción debía producir.

(3) En vez de aumentar las dificultades que pueda haber en la práctica de lo que mandéis, diciendo: «*ya veremos ahora*,» «*¿qué piensas, que todo ha de ser jugar?*» «*en eso quiero ver cómo luces tus habilidades*» y otras expresiones semejantes capaces de mata r los mejores deseos; en vez de esto, conviene animar los niños con frases que exciten su buena voluntad, y su aplicación, y les hagan creer que lo que practican ni requiere sacrificio ni presenta dificultad alguna.

(4) Cuanta más sangre fría manifestéis al hacer las correcciones, y cuanto más pacíficos aparentéis estar, tanto mejor oídas y respetadas serán vuestras palabras. Quien para corregir se encoleriza, falta á las reglas

Reflexionad antes de mandar ; no dispongais lo que sea difícil de obedecer, y mostraos dignos en hacer cumplir lo que sea justo y hacedero (1).

Sed formales en vuestra conducta, y no hagais hoy una cosa que hayais de deshacer mañana (2).

La justicia debe resaltar en todas vuestras decisiones; pero nunca esa justicia aparente que muchas veces se quiere distinguir en los actos humanos cuando se los mira bajo el punto de vista de la pasión y el egoísmo (3).

de urbanidad, padece sin motivo y sin objeto, y se convierte por último en objeto de risa y de odio para los corrigendos. Quien grita mucho para corregir, ó tiene poca razon ó pocas palabras : las correcciones no han de dirigirse á los oídos sino al corazón y á la inteligencia.

(1) Hay padres y maestros que, sin consideracion á lo que mandan, y sea ó no hacedero, disponen, ordenan y amenazan. Cuando sin reflexionar se ha hecho todo esto, y pasa despues el tiempo necesario para meditar sobre ello, serena la mente y tranquilo el corazón, conocen la imprudencia de los mandatos y la injusticia de las amenazas, de lo cual resulta que tienen que revocar sus órdenes, y arrepentirse de sus propósitos para que los niños se rían de semejante imprudencia. Lo que no puede ser obedecido no se manda, y el castigo que no puede imponerse, no se ofrece.

(2) Llevados del espíritu de imitacion, ó movidos por un capricho inmotivado, hay quienes establecen prácticas más ó ménos laudables entre los niños, y no tienen la suficiente constancia para hacerlas duraderas.

Padres encontramos que por espacio de dos, tres y cuatro días procuran que sus hijos estudien en casa en horas determinadas, que coman, se acuesten, se levanten y vayan á misa ó al rosario, por ejemplo, sin faltar á sus superiores prescripciones, por cuyo cumplimiento se desviven la primera semana y aun el primer mes, olvidándose despues de hacerlas cumplir debidamente. Maestros se encontrarán tambien que ahora señalan una leccion, ú ofrecen para otro dia este ó aquel ejercicio, estas ó las otras explicaciones, recomendando al mismo tiempo la debida preparacion á los discípulos, y no se acordarán ya más ni de sus ofertas ni de sus recomendaciones. Ved aquí bajo un concepto retratada la informalidad en los maestros y en los padres, que poco á poco, y en virtud de semejante conducta, van perdiendo su moral ascendiente para con los niños.

(3) Ni dotes personales, ni posicion social, ni simpatía, ni cariño, nada en fin, ha de influir en vuestro ánimo para atropellar, siquiera levemente los santos fueros de la justicia. Esas distinciones que los padres suelen hacer con alguno de sus hijos, ya acariciándole mas, ya castigándole ménos que á los otros, indisponen el ánimo de los inferiores para con sus superiores. Lo mismo podríamos decir de un maestro que habiendo de premiar ó castigar á dos niños por hechos iguales hiciese distinciones injustas. Callan los niños; pero no solo conocen vuestras parcialidades, sino que os las critican y censuran.

Para que podais mandar con más prudencia no os encolerizeis, aun cuando haya motivos para ello.

Quien con facilidad se encoleriza, no suele dictar órdenes prudentes, ni mandar con aquellas fórmulas que para la obediencia voluntaria son una necesidad (1).

¿ No habeis dicho vosotros muchas veces, al hablar de una accion ejecutada segun las indicaciones de otro, « *me lo dijo de tal manera, que no pude negarme á sus deseos ?* » Pues tened esto presente cuando mandeis á vuestros educandos.

Sed, por último, justos en vuestros mandatos; cariñosos en las palabras con que los hagais; pacientes cuando veais contrariados vuestros deseos; constantes en vuestros propósitos; decididos en la realizacion de vuestras prudentes intenciones; indulgentes sin debilidad; fuertes sin ese cruel rigorismo que rebaja y desacredita; hombres-niños en unos casos; niños-hombres en otros; contemplativos sin aparecer serviles; cariñosos sin aparentar inferioridad; amables sin que los niños puedan creer que con esto se cumple alguna obligacion para con ellos; formales sin que la formalidad pueda traducirse por un continuo mal humor; complacientes con los débiles y dóciles; comedidos y prudentes con los exigentes é iracundos; estratégicos con todos, y dignos representantes siempre de los fueros de la justicia y de la santa autoridad paterna.

Todo esto, referente al carácter de los maestros, cuya conducta, en armonía con el cariño que deben como profesores á sus discípulos, ha de tener por objeto captarse la simpatía de los niños; todo esto, repetimos debe saberse

---

(1) Como la cólera es de suyo suficiente para que los mandatos de quien la posee sean imprudentes, es necesario no perder la calma jamás; y para que esto sea fácil, hay que tener en cuenta que todas las necedades, sandeces y puerilidades que incomodan é impacientan á los educadores, han sido tambien patrimonio de estos, los cuales se han corregido de ellas paulatinamente, como se corregirán con el tiempo las que observan en sus discípulos.

armonizar perfectamente á fin de que el educador se haga amar y temer al mismo tiempo ; pero es preciso, sin embargo, que tambien los mandatos sean prudentes, y de ninguna manera tales, que como consecuencia necesaria, lleven explícita ó implícitamente la desobediencia de los niños.

Para ello conviene que las órdenes superiores no vengán á contrariar súbita violentamente las inclinaciones de los niños.

Que la ejecucion de los mandatos sea hacedera para aquellos á quienes se imponen.

Que se hallen en consonancia con las prescripciones de la justicia.

Que sigan un órden metódico en la escala de las dificultades que presentar pueden en la práctica.

Que no puedan ser traducidos como un verdadero castigo.

Que no sean el efecto de discusiones impropias y de razonamientos innecesarios.

Que no tengan por motivo tan solo el capricho del superior y que no den lugar á las vergonzosas escenas de, ó quedarse sin cumplimiento, ó coadyuvar á ello personalmente el que los prescribe.

Teniendo esto presente ; considerando al mismo tiempo que la infancia no posee ni las facultades ni la abnegacion del hombre, y que mandar no es hollar los derechos ajenos, ni abusar de la debilidad, ni imponerse forzosamente á los demás, ni contrarestar de un modo brusco los impulsos voluntarios del inferior ; se habrá adelantado muchísimo para poder conseguir que los niños se presten dóciles y gustosos á seguir los consejos de sus maestros y de sus padres.

Muchos hay que creen haber vencido esta colosal dificultad oponiéndose constante y caprichosamente á las decisiones, inclinaciones y deseos de los educandos : tal modo de proceder, que se llama hacer flexible la voluntad de estos,

no es más que un punible abuso de superioridad, abuso que mata la individualidad moral del educando, y que, sobre no fomentar la obediencia activa, origina, anima y vivifica un gran número de propensiones á cual peores.

La contradicción caprichosa y el abuso de superioridad, solo son propios de los que ni tienen una noción exacta de sus deberes como pedagogos, ni aprecian á los niños con la intensidad y desinterés que estos se merecen.

Expuestos á grandes rasgos los preceptos más generales que en su conducta han de tener presentes los maestros para ser obedecidos, diremos algo ahora sobre las lecciones especulativas que han de solidar la educación moral del niño respecto al fomento de la virtud de la obediencia y extirpación, en lo posible, del vicio que se le opone.

Dos son los objetos principales que se ha de proponer el educador en la enseñanza moral relativamente á este asunto: excitar el cariño de los niños hácia los superiores todos, y hacerles sentir una viva simpatía hácia los seres en quienes se personifique la obediencia.

Puede hacerse uso para ello, de las narraciones, ya históricas ya fabulosas, y deben aprovecharse las ocasiones, en que se vea en acción la moral en aquellas contenidas (1).

Respecto á la elección de cuentos é historietas, es preciso obrar en armonía con lo que la experiencia tiene demostrado. No es conforme á lo que esta prescribe el hacer uso de esos cuentos y anécdotas horripilativas en las cuales se presentan tipos que repugnan y escandalizan, aun cuando, como es natural, se expongan, también las funestas consecuencias del vicio.

---

(1) Cuando el maestro ó padre curan á un niño, cuando le han preservado de algun peligro, cuando le han enseñado lo que no sabe y cuando le han favorecido por cualquier concepto; entonces se presentan las mejores ocasiones para decirles «te quiero tanto.....» Por eso tu eres tan obediente y tan bueno para conmigo; expresiones [que concretándolas á hechos determinados hacen renacer la confianza y el cariño mútuo que deben de existir siempre entre los educandos y sus educadores.

Preferimos lo contrario, por más que se trate de niños desobedientes; pero teniendo entendido que al narrar los hechos en que resplandezca la virtud de la obediencia, hemos de evitar el que los niños crean que no puede ejercitarse aquella sin que inmediatamente le siga un premio que materialmente la recompense. Esto daría lugar á que los discípulos obedeciesen instigados por el amor al premio, dejando de hacerlo cuando les faltase, ó á que con el tiempo miraran las narraciones como fábulas y mentiras, puesto que ellos, apesar de contraer iguales méritos que los personajes cuyas virtudes se ensalzaran, no tocaban iguales resultados.

No por esto deben dejar de aparecer en algunos casos los hechos laudables con la consecuencia que les es natural, el premio; pero deben limitarse, no obstante, á aquellos actos que, practicados por los niños, merecen la recompensa de que se habla y pueda darse fácilmente: pues el mejor medio de hacer sentir simpatías hácia la docilidad y la obediencia, es manifestar al tiempo de narrar las acciones esa dulce fruición de que se ve embargado el ánimo de un padre ó de un maestro virtuoso cuando contempla aquellas virtudes realmente posesionadas del corazón de su hijo ó de su discípulo.

Manifestad un puro contentamiento y un gozo inefable cuando describais á vuestros discípulos las bellas cualidades y la honrosa conducta de los dóciles y de los obedientes; y conseguireis que gocen con vosotros todos ó la mayor parte de los niños que os escuchen.

En la lección siguiente verán nuestros lectores algunos cuentos que podrán servirles para hacer sentir amor hácia la obediencia; en las acciones particulares de los niños encontrarán tambien motivos muchas veces para hacerles notar las hermosas consecuencias que aquella virtud lleva consigo; y de los Libros Sagrados, en fin, pueden entresacar historietas como la de Adán y Eva, durante su estado de inocencia, la de Noé y su familia, la de Abraham para

con Dios, la de Isaac para con su padre, la de Lot saliendo de Sodoma y otras muchas que, formando, en ciertos casos, armonioso contraste con la de nuestros primeros Padres despues de haber pecado, con la de los victimas del Diluvio, con la de la muger de Lot y otras várias, y narradas con las precauciones debidas y la prudencia necesaria, vendrán á patentizar la verdad de las lecciones especulativas y el laudable fin del buen ejemplo.

**SERVILISMO.**—Dos son las principales causas que, segun llevamos dicho, originan entre otras este defecto, la imprudente distribucion de premios, que llega á excitar en los niños un decidido afan por conseguirlos, y la poco acertada aplicacion de castigos que, hecha de una manera sistemática, llega á ser tan ineficaz para excitar la virtud de la obediencia, como ventajosa al fomento del servilismo y otros vicios no menos funestos.

Si un maestro tiene de antemano prescritos ciertos premios y castigos para determinado s hechos, esté seguro de que nunca incurrirán sus discípulos á sabiendas en los defectos cuyas sensibles consecuencias les sean conocidas, y de que con él *único y exclusivo* fin de alcanzar la recompensa prometida obrarán bien en la mayoría de las ocasiones.

Con el fin de conseguir la obediencia, la integridad, los hábitos de generoso desprendimiento y de fraternidad atenta, hay padres y maestros que tienen señalada una especie de *tarifa* en la cual se justiprecian las acciones; y con el laudable objeto de reprimir cierta clase de vicios hay tambien educadores que han formado una especie de *arancel* en el que quedan establecidos los derechos que por la exhibicion de determinados actos debe percibirse.

Reprobable en extremo es tal modo de proceder, así por su naturaleza como por las infautas consecuencias que produce. Es reprobable por su naturaleza; pues al hombre ni le es dado justipreciar materialmente lo que, como un acto moral, es difícil si no imposible de apreciar;

ni le es hacedero tampoco el prever las circunstancias atenuantes ó agravantes que pueden variar hasta la naturaleza de las acciones ejecutadas por los demás.

Es reprobable por sus consecuencias; pues así como hay establecidos en el caso que nos ocupa premios y castigos para los actos previstos, deja de haberlos desde luego para los que, aun cuando tan solo por una ligera variante, no pertenezcan á la clase de hechos determinados en el código formulado por el educador; y á nadie puede esconderse el resultado de tamaña falta. Además ¿qué moralidad es esa que se compra y se vende como una mercancía cualquiera? ¿Qué obediencia es esa que se consigue á cambio de un premio sabido y en todo su valor apreciado, ó á cambio de un mal que se quiera eludir á todo trance?

No seais, pues, sistemáticos en la distribución de premios y aplicación de los castigos; premiad ó castigad, según la prudencia os lo aconseje, *todos los actos* que lo merezcan; pues si los niños conocen que sois entusiastas admiradores de ciertos hechos, é indiferentes para otros os obedecerán en lo que ellos sepan que han de daros gusto, y satisfarán sus inclinaciones, con menoscabo de vuestra autoridad, en lo que vosotros os hayais mostrado con indiferencia ó frialdad; es decir, serán *serviles*, pues no os obedecerán sino para realizar impunemente sus deseos.

A este fin conspiran muchos actos que se observan, en los niños, por quienes con frecuencia se ven engañados sus más inmediatos superiores. ¿Veis uno que acercándose á su padre, del cual espera conseguir algun favor, le toca suavemente la cara, se le coloca sobre las rodillas, le arregla los cabellos, le imprime algun beso de cuando en cuando, y le dice que le quiere mucho? Pues aquel niño, con muy raras excepciones, desea conseguir alguna cosa, y está preparando la voluntad del que se la ha de conceder: mandadle, y os obedecerá con tal que en la obediencia no vea contrariados sus propósitos; pero estad se-

guros de que no obra por espíritu de obediencia sino por servilismo. ¿Veis á aquel otro niño que se acerca á su maestro y comienza á hablarle mal de otra escuela, de los niños que á ella asisten y del profesor que la dirige? ¿Veis que con mucho sigilo le descubre las faltas cometidas por los demás niños, y que reprueba con su tono y ademanes la conducta de estos? Pues es un servil, es un niño predispuesto á la bajeza y á la villanía, es un niño que trata de engañaros, es un niño que se muestra dócil y contemplativo y que halaga vuestra debilidad, tan solo para que le dispenseis las faltas verdaderas que cometa, y que de seguro cometerá oponiéndose así á vuestros deseos y mandatos, si sois tan inocentes que creéis incondicional y sencillamente en sus premeditados halagos.

Habéis, pues, de reflexionar sobre los móviles que puedan guiar los halagos que os hagan vuestros educandos; habéis de despreciar las descaradas ó encubiertas bajezas con que, frecuentemente, desean ganar la voluntad de quien les dirige; habéis de evitar ante ellos las conversaciones imprudentes que dan lugar á que, pretendiendo alimentar vuestro amor propio, ejecuten actos de verdadero servilismo como algunos de los que hemos mencionado; habéis de ser parcos y prudentes en la distribución de premios y en la aplicación de castigos, evitando el haceros temibles con estos, y decididamente sistemáticos con aquellos; y habéis de procurar, en fin, ocultar en todo lo posible las flaquezas y defectos, que poseáis, con el objeto de que, conocida vuestra debilidad y satisfecho vuestro capricho, no puedan los niños obrar según el suyo, sin oposición ni cortapisa en todo aquello sobre que os hayais mostrado indiferentes.

Hemos concluido lo que nos habíamos propuesto manifestar respecto al asunto de que nos ocupamos, uno de los mas interesantes para el pedagogo: no lo hemos tratado ni con aquella extensión ni con aquel acierto que merece, porque hay cosas que ni se pueden enseñar, ni

es dado al que las practica el enseñarlas. No puede haber educacion, sin embargo, allí donde el educador y el educando no se hallen intimamente unidos por los vínculos de un cariño sincero y donde entre ambos no exista á la vez esa diferencia de superior á inferior que da á uno autoridad para mandar sin ser un déspota, y que infunde en el otro la suficiente resignacion para obedecer sin ser un pária, y seguir las insinuaciones del primero sin egoismo y sin violencia.

## LECCION XVII.

### Cuentos morales sobre la obediencia.

Sumario.—El pajarito.—Margarita.—La escopeta —Las abejas.

#### I.

#### EL PAJARITO.

Tambien las aves quieren mucho á sus polluelos. Dios las ha dotado de un notable instinto: y merced á este, arreglan admirablemente sus nidos, cubren con sus alas los hijuelos, les buscan el sustento, y los cuidan hasta que saben volar de una manera semejante á la solicitud con que los niños son tratados por sus estimadas madres.

Paseábame yo, queridos míos, cierto dia por la frondosa alameda de mi pueblo, cuando descubrí en uno de los árboles el nido de un pajarito que, piando á más no poder, saltaba de rama en rama en derredor de sus hijuelos como temiendo perderlos.

Hubo de llamar tanto mi atencion el desasosiego que manifestaba poseer aquella tímida avecilla, que deseando darme cuenta de sus giros, marchas, vueltas y revueltas, sentéme al pié de un sauce cuyas ramas me ocultaban á la vista de mi observador.

No tardó mucho en recobrar su perdida calma; partió hácia un campo vecino y volvió á los pocos instantes llevando en el pico media espiga de trigo, cuyos granos parecia distribuir entre sus polluelos.

Apenas habia transcurrido el tiempo suficiente para esta operacion, cuando repitió la marcha; y como tardara á volver un poquito más que la vez anterior, vi á sus hijuelos, que debian ser algo grandecitos, sacar la cabeza por el borde superior del nido, esperando, sin duda, el alimento que su madre habria ido á buscarles.

Lo trajo, en efecto, al poco rato; pero si la vez primera se habia colocado en el fondo del nido para distribuirles el fruto de su colecta, no hizo lo mismo la segunda, sino que antes de proceder á tal operacion, empujó hácia dentro las cabezas de los pequeños pajaritos, con el objeto, sin duda, de evitarles la mortal caida á que se exponian saliendo de su lecho sin saber volar.

Púsose en otra rama contigua á las en que se apoyaba el nido, y como viese que repelidamente sacaba la cabeza uno de sus hijos, no cesaba de bajar y subir con el fin de empujar hácia el fondo del nido al atrevido pajarito que forcejeaba por salir de allí antes de que las alas podieran asistirle para dirigirse hácia donde su instinto le llamara.

Los cuidados que aquella tierna avecilla tenia para con su polluelo, eran semejantes á los que vuestra madre cariñosa os prodiga, librándoos de mil peligros á que estais expuestos cuando sois pequeños, y aconsejándoos lo que debéis hacer cuando estais en disposicion de entender sus mandatos y de obedecerlos.

¡Si hubierais visto, hijos míos, cómo saltaba de rama en rama mirando á su atrevido pajarito, empujándole cuantas veces veia que se exponia á dar una caida! Parece que queria decirle: «No te asomes, no salgas del nido; que no sabes ni puedes volar aun, y cayendo al suelo quedarias muerto.»

Vosotros queridos niños, cuando vuestros padres ú otros

superiores os mandan, obedecéis; porque así lo ordena Dios nuestro Señor, y por que, como saben más que vosotros, conocen mejor lo que os conviene.

Hubiera entendido aquel pajarito lo que su cuidadosa madre le queria manifestar con sus cuidados, y no le hubiera sucedido el desastre que le privó la vida. ¡Animalito!

Temiéndome estaba yo que cayera al suelo, cuando en uno de los intermedios en que no asomaba la cabeza, voló de nuevo su madre al campo del cual habia traído poco antes la media espiga que os he nombrado.

Volar aquella, y sacar de nuevo el cuerpo su impertinente hijuelo, fueron dos sucesos que casi se juntaron; pero, llevado, sin duda, de su deseo de volar, y envalentonado al verse solo, es lo cierto que salió demasiado del nido, y cayó, como era natural, sobre el suelo en donde le encontré sin vida.

¿Y habeis de imitar vosotros, al inexperto pajarito, teniendo como teneis conocimiento para comprender siempre que todo cuanto os mandan vuestros padres es para vuestro bien?

No: los niños no son iguales á los pájaros; pues saben muy bien cuánto vale obedecer siempre á los superiores que les cuidan.

## II. (1)

### LA ESCOPETA.

El padre de dos niños á quienes yo daba leccion en su casa, tenia una escopeta, con la cual iba á cazar siempre que se lo permitian sus ocupaciones.

Cierta noche de invierno, hallándome yo instruyendo á Serapio y Ramona (que así se llamaban mis discípulos), llegó su padre de caza, rendido de haber andado mucho, y extenuado de hambre; pues los cazadores, ojeando con-

(1) Por convenir á nuestros propósitos, hemos retirado el cuento titulado «Margarita», que figura en el sumario de esta leccion, y puesto al que va en cuarto lugar.

línuamente para ver si pueden descargar con algun fruto su escopeta , apenas se cuidan de comer.

Dia de poca suerte debió ser aquel para el padre de Ramona y Serapio ; porque habiéndole preguntado yo que si habia cazado mucho , respondiome que ni siquiera habia disparado el arma.

Contra un armario la dejó ; y al observar que Serapio, despues de haber concluido nuestra leccion, queria jugar con la escopeta , su padre le dijo :

—Quítate de ahi , hijo mio ; y aun cuando veas alguna vez la escopeta, no la toques ; por que puede suceder que esté cargada , que se dispare y experimentemos alguna desgracia.

—Ay , papá mio ! respondió Serapio : yo creia que las escopetas no se disparaban ántes de apuntar. Muchas veces la hemos tocado mi hermanita y yo sin presumir nada de lo que V. nos dice ahora ; pero crea V. , papá mio, que no volveremos á tocarla.

Y diciendo esto , cogiéronse ambos hermanitos á las manos de su padre , dirigiéronse ellos hácia la cocina y yo me marché á mi casa para volver al día siguiente con el objeto de proseguir dándoles leccion.

Cuando lo hice , todavía estaba la escopeta en el mismo sitio en que la habia dejado el padre de los niños : observé que al tiempo de entrar en la sala se dirigia Serapio hácia donde el arma se encontraba ; pero ántes de que yo pudiera corregirle , volviéndose á la mesa , dijo :

—Nunca me acuerdo bien de las advertencias que nos hacen nuestros padres.

—Pues qué , le dije : ¿ ibas otra vez á tocar la escopeta?

—Estoy tan acostumbrado á hacerlo siempre que la veo , que desde anoche he entrado tres veces en esta habitacion y mi primera intencion ha sido siempre esa.

—¿ No recuerdas lo que dijo papá? le advirtió Ramona.

—Solo el recuerdo de su mandato , y el gusto que yo tengo en obedecer lo que se me prescribe , me han hecho

contrariar las intenciones de ponerme á jugar con la escopeta.

—Los niños, hijos míos, (repuse) deben siempre seguir sin vacilar los consejos de sus superiores, aunque los crean muchas veces inconvenientes. Esto os lo figurais, porque como teneis poca experiencia..... Pero comencemos nuestra leccion, pues ya me consta que sois muy obedientes, y estoy persuadido de que si hasta ahora Serapio ha cometido la imprudencia de jugar con esa arma de fuego, no lo hará en lo sucesivo, porque su papá se lo ha mandado.

Dimos principio á la escritura; y cuando habia comenzado á leer Ramona, entró maullando en la sala un hermoso gato que tenian en la misma casa.

Dos ó tres veces lo despachamos para que no nos interrumpiera, y por último observé que, colocado junto á la escopeta, estaba jugando con el cordón que esta llevaba á guisa de *porta-fusil*.

No me pareció prudente dejar que el gato se entretuviera en aquel juego; y así como Serapio y Ramona se distraian viendo jugar el animal con sus dos patas delanteras, yo me hallaba con cierta impaciencia, y repetidas veces lo espanté y conseguí que se marchase.

Esto mismo hicimos nosotros apenas concluimos la leccion, bajándonos hácia la cocina; y como los padres de los niños me rogaran que me sentase un ratito junto al hogar, pues hacia muchísimo frío, accedí á sus deseos.

Ramona, colocada junto á su madre, y Serapio sentado sobre las rodillas de su padre, contaban cada cual como mejor sabian lo que aquella noche habian aprendido; y hablando, hablando, vino á recaer la conversacion sobre lo que el niño habia querido hacer con la escopeta al entrar en la sala.

—No me acordaba ya (dijo) de lo que papá me habia advertido anoche, y como me gusta tanto jugar á los soldados iba ya á coger la escopeta, segun tenia de costumbre.

—¿Has dejado la escopeta fuera del armario? preguntó á su marido la madre de Ramona y Serapio.

—La dejé anoche; y por cierto que hallándose cargada, he cometido una imprudencia al no colocarla dentro del armario, y cerrarla para que no la tocaran los niños.

—Tres veces, dijo Serapio, he tenido hoy intencion de jugar con ella, y otras tantas he dejado de hacerlo al recordar la advertencia que el padre me hizo anoche.

Levantóse este, y manifestando que en aquel mismo momento iba á recojer la escopeta para encerrarla y evitar así una desgracia, tomó una luz y se dirigió hácia la habitacion, abandonada por nosotros pocos momentos ántes.

Salir de la cocina y oír todos una ruidosa detonacion, fué cosa de cuatro segundos. Horriblemente asustados, saltamos instintivamente de nuestros asientos, corrimos apresurados hácia la sala, creyendo que al tiempo de coger el padre de los niños su escopeta, habia salido el tiro y le podia haber hecho algun daño.

Pero no. Vímosle subiendo las escaleras todavia; juntámonos con él; entramos en la estancia donde se habia oído el tiro; y todos quedamos en la puerta sin saber qué decir al ver muerto en la sala al desgraciado animalito que poco ántes estaba jugueteando con el cordon.

—¿Pues cómo ha podido ser esto? decia el padre de los niños!

—Ya me lo figuro, respondí yo. Dos ó tres veces he observado, mientras dábamos leccion, que jugueteaba con el cordon que pende de esa arma; y otras tantas le he hecho retirar, presumiendo que habia de suceder esto y que nosotros podíamos ser los víctimas. Pero despues de habernos bajado á la cocina habrá seguido en su juego, habrá hecho caer la escopeta, habrá querido él escapar, y saliendo el tiro al mismo tiempo....

—Lo mismo podia habernos sucedido á nosotros, dijo Serapio, dirigiéndose á su hermanita; pero como recuerdo que Dios manda obedecer á los superiores, desde que

nuestro papá dijo que no tocarse la escopeta, ya no he vuelto ni pienso volver á tocarla nunca.

### III.

#### LAS ABEJAS.

En un bonito jardin, perteneciente á los padres de Tomás, habia tres colmenas de abejas que fabricaban muy ricos panales.

Y ¡cuánto os gusta la miel, hijos míos! ¿No es verdad?

Tambien á Tomás le gustaba mucho: así es, que siempre estaba preguntando á su papá, que cuándo cortarian los hornos. Pocos dias ántes de esta operacion, fué el niño al jardin, como acostumbraba hacerlo; pero al tiempo de coger la llave, oyó que sus padres le decian:

—Si vas al jardin, hijo mio, no te acerques al sitio en donde se hallan las colmenas, y sobre todo no inquietes las abejas, que si bien estos insectos nos regalan con sus productos, tambien lo es que si alguno les incomoda le pican, produciéndole con esto dolores muy agudos.

Várias veces le habian advertido lo mismo, y siempre Tomás habia respetado los consejos de sus padres.

Cogió, pues, el niño las llaves del jardin, llamó á la *Linda*, que era una perrita americana que á todas partes le acompañaba, y no tardó muchos instantes en atravesar dos ó tres calles y entrar en el sitio á donde se dirigia.

Ocupándose en quitar algunas piedrecitas que habia por el suelo, con el objeto de que no perjudicasen el desarrollo de las plantas, no pudo observar que sus padres habian tambien llegado al jardin y sentándose en un poyo contiguo á la puerta.

A pesar de que la mencionada ocupacion satisfacía mucho á Tomás, no dejó de entretenerse en algun tanto mirando cómo la *Linda* se aproximaba á las colmenas y que-

ria jugar con las abejas que de continuo salian por las *piqueras* de los vasos.

—Vea V., dijo el niño al ver la perrita entretenida con los insectos. Si ese animalito conociese como yo el peligro á que se expone, no haria, seguramente, lo que hace, y mucho ménos habiéndole yo mismo obligado á separarse.

Y efectivamente, hijos míos: Tomás habia ya procurado que la perrita se apartara de las colmenas; porque si á él le habian aconsejado sus papás que lo hiciera para evitarse el mal que aquellos insectos podian causarle, tambien debia evitar á todo trance que la *Linda*, falta de conocimiento, fuese maltratada por las abejas.

Con ellas seguia jugando, mientras que Tomás se ocupaba en quitar de una maceta las hojas secas que vió en el tallo de una clavellina.

El niño creia, que la *Linda* se hallaba en algun otro sitio del jardin, y hablando consigo mismo murmuraba:

—Ah, *Linda, Linda!* Si pudieras conocer el favor que te hago apartándote de las colmenas, no volverías más á ellas, ni te acercarias siquiera. Tambien á mi me gustaba, prosiguió, hacer lo que tu haces; pero desde que mis queridos papás me lo prohibieron, diciéndome, «no juegues con las abejas, no juegues con las abejas; mira que algun dia, si las inquietas mucho, te escarmentarán,» ya no he vuelto á acercarme á ellas.

Siguió Tomás su divertido entretenimiento, y tanto placer le causaba, que ni siquiera se le ocurrió mirar hácia el lugar ocupado por sus padres.

Pero cuando mas embebido se encontraba en su ocupacion de jardinero, oyó repentinamente los penetrantes lamentos de la *Linda*, que, cubierta por una infinidad de abejas, corria revolcándose desesperada por toda la extension del jardin.

—Ah! papás míos! dijo Tomás cuando, al acudir hácia donde la perrita se quejaba, divisó á aquellos que corrian, indudablemente, en socorro del pobre animalito.

—Corre, hijo mio, respondieron ellos. La *Linda* lleva todo su cuerpo lleno de abejas, y si no la socorremos pronto, perecerá víctima de las picaduras.

Principiaron todos á coger puñados de tierra que tiraban sobre la perrita: esta iba desprendiéndose poco á poco de los terribles insectos que le clavaban sus agujijones; y al poco rato y despues de revolcarse sin cesar pudieron ver la *Linda* libre de aquellos crueles enemigos que, dejando cada uno una herida en el cuerpo de la perrita, la habian casi enteramente desfigurado.

Cogieron la *Linda*, que seguia ladrando amargamente, frotaron con barro toda la superficie del cuerpo para que la hinchazon no tomara mayores proporciones, la halagaron un poco, y el pobre animalito, lamiendo las manos de sus amos, seguia todavia lamentándose de cuando en cuando, atormentada, sin duda, por el dolor de las picaduras, cuyos efectos sintió mas de veinte y cuatro horas despues.

Salieron todos inmediatamente del jardin, con el objeto de sustraerse al daño que podian causarles algunas abejas que por allí iban dispersas, y en el camino se expresaba Tomás de esta manera:

—Si acierto á no obedecer los consejos de VV. tambien me hubiera sucedido lo mismo que á la *Linda*. Está visto, papás: todo cuanto VV. mandan es para favorecernos; y yo les prometo obediencia ciega á todo cuanto VV. me aconsejen.

Y así sucedia, hijos mios; Tomás obedeció siempre á sus padres, consiguiendo con esto dos ventajas: primera, librarse de muchos males como el que sufrió la *Linda* el dia de que os he hablado; y segunda, cumplir en parte aquel precepto de la ley de Dios, que dice: «Honra á tu padre y á tu madre.»

IV.

ZOILA Y LA MENDIGA.

¡Si supierais, hijos míos, cuánto vale el acostumbrarse desde niños á obedecer con gusto los preceptos de nuestros superiores!

Así lo habia procurado hacer siempre Zoila, niña que, apesar de pertenecer á una familia bien acomodada, hubiera arrostrado en su juventud las consecuencias del infortunio; pues por una triste desgracia, la de perder á sus queridos padres cuando apenas contaba nueve años, quedó sumida en la soledad, triste y desamparada, sin parientes que la protegieran y aconsejasen.

Dios, sin embargo, no abandona jamás, hijos míos, á los que cumplen sus santos mandamientos; y como Zoila así lo hacia, no faltaron personas compasivas que, doliéndose de la desgracia de la niña, se ofrecieron generosa y desinteresadamente á dirigirla y ayudarla.

Tan pronto como se habia dado sepultura á los padres de la niña que nos ocupa, presentáronse en casa de esta sus tutores: el Sr. Cura del pueblo y otra persona tambien respetable habian sido investidas con tan interesante cargo y para comenzar á cumplirle, dijeron á su protegida:

—Mira, Zoila; el Señor ha querido llevar consigo durante poco tiempo las almas de tus amados padres. Grande era el cariño que te tenian, grande el que tu tambien les profesabas y justo es el sentimiento que manifiestas por haberlos perdido en una edad tan tierna. Tambien eran de nosotros muy buenos amigos, tambien lloramos como tú su temprana muerte, y estas razones y el deber en que nos hallamos por razon del encargo que de ellos recibimos, nos obligarán desde hoy á hacer en tu favor cuanto podamos, á aconsejarte cuando sea preciso, á completar tu educacion,

y á conservar, en fin, tus intereses con igual solicitud y con igual celo que lo hubieran hecho tus queridos padres.

—Yo lo creo, señores (respondió Zoila). Pero estoy tan triste, sin tener quien me consuele; estoy tan sola, sin tener quien me acompañe; tan aturdida, sin tener quien me aconseje y me anime!

—¿Y crees, Zoila, que has de vivir triste, sola y desvalida? Estarás desde hoy en compañía del Sr. Cura: él hará que se te cuide; él te educará; y entre los dos administraremos tus bienes hasta que hayas llegado á la mayor edad.

Así lo hicieron en efecto. Zoila fué á vivir en compañía del Sr. Cura, y este y el otro de sus tutores, la trataban con igual cariño y solicitud al que ántes la profesaban sus difuntos padres.

Verdad es que la niña los respetaba tambien mucho, llenaba todas sus obligaciones, hacia cuanto se le mandaba, y no habia para ella precepto que dejara de cumplir ni deber que dejase de atender: era, en fin, una niña muy obediente.

Si se la mandaba levantarse, se levantaba; si se la mandaba acostarse, se acostaba; si se le decia que no habia de salir á paseo, no salia; si se le decia que trabajara, trabajaba.

Una conducta semejante habia de grangearle naturalmente el aprecio y estimacion de todo el mundo, y así sucedia en realidad. Deciros, hijos míos, cuánto la querian sus tutores, es absolutamente imposible; básteos saber que como la observaban tan buena, y tan adicta á sus determinaciones y consejos, cuidaban los intereses de la huérfana de la misma manera que si hubieran pertenecido á ellos mismos.

Pasaron años y años, y cuando Zoila contaba ya los diez y seis, llegó un día á la puerta de su tutor, el Sr. Cura, una jóven andrajosa, suciamente ataviada, y con señales claras de la gran necesidad que padecia.

—Una limosna por el amor de Dios, dijo la recién llegada, fijando sus ojos en el rostro de Zoila, á quien creía, sin duda, conocer.

Sacó Zoila una moneda de su faltriquera, y al ponerla en la mano de la mendiga, acertó á entrar el Sr. Cura acompañado del otro tutor de la niña.

Recibir la limosna y comenzar á llorar la pobre, fué todo simultáneo; y esto, que nada tiene de particular tratándose de personas desvalidas á quienes se conoce y se socorre, era extraño en aquella jóven pordiosera cuyo semblante no habian podido reconocer aun ninguno de los allí presentes.

—¿Por qué llora V. pobrecita, preguntaron á esta los tutores?

—Lloro, señores, (respondió) porque ahora conozco lo mal que me he portado, y lo justo que Dios ha sido para mí.

Yo conozco á esa niña que nos oye: nacida en el pueblo inmediato, la habia visto muchas veces cuando hasta contra la voluntad de mis padres (que en gloria estén) venia á este lugar con el objeto de divertirme muchos dias de fiesta. Ella perdió á sus padres; yo tambien los perdí: ella quedó sola en este mundó; así quedé yo tambien: bienes de fortuna le legaron; no pocos heredé yo cuando Dios llamó á sí las almas de los que me criaron: ella encontró unos tutores amantes de su protegida y celosos en el cumplimiento de sus santos deberes; yo tambien tuve tutores, y esos tutores me querian, y me acariciaban, y como padres procuraban para mí la dicha de un presente tranquilo y de un venturoso porvenir.

—¿Pues cómo, dijeron los que la habian escuchado, con tales antecedentes ha llegado V. al extremo de implorar la caridad de los demás?

—Fácilmente se explica esto, señores, prosiguió la mendiga con los ojos bañados en lágrimas. He tenido la desgracia de no hacer nunca caso de los consejos que me daban mis superiores. Jamás me pareció bien otra cosa que

la que yo disponia : muchas veces se me castigaba, se me reñia y hasta se me amenazaba ; pero, lo confieso, fui tan amante de mis caprichos que despues de haber disgustado á mis virtuosos tutores mientras estuve en compañía de ellos, quise separarme y vivir independiente apenas llegué á la mayor edad. Catorce años tenia entonces, diez y siete cuento ahora ; y menos de tres han sido suficientes para conducirme yo misma á la miseria, para haber derrochado vanamente y por falta de experiencia mi patrimonio, y para verme obligada, en fin, á pedir una limosna con que satisfacer el hambre. ¡ Ah ! ¡ Si yo hubiera sido obediente ! ¡ Ah ! Si hubiera seguido los consejos de mis tutores.

Viendo los de Zoila el arrepentimiento de aquella pobre mendiga, hiciéronla quedar en casa del Sr. Cura para que sirviera de criada ; y siempre que nuestra huérfana la veia, siempre consideraba cuán bien se habia conducido mostrándose obediente á las disposiciones de sus tutores.

## LECCION XVIII.

### De la mentira.

*Sumario.*—La mentira y sus efectos —Clases de mentira que se observan en los niños.—Origen de las mentiras jocosas y oficiosas.—Causas que dan lugar á la mentira perniciosa —Medios que sirven para contener ó desarraigar la costumbre de mentir.—Motivos que suelen fomentar el vicio de la mentira.

Uno de los defectos más generalizados entre los niños es el de la mentira.

Como si su inteligencia quisiera ensayarse, digámoslo así, en la elaboracion de ideas que le son desconocidas ; como si deseara romper prematuramente la valla que al parecer impide su desarrollo y crecimiento, y como si aspirase á recorrer nuevos espacios, á examinarlos, á analizarlos, á comparar y á desfigurar el resultado de sus ima-

ginarias investigaciones, para dar á aquel una forma conveniente y simpática al naciente sentimiento y á la caprichosa voluntad de quien lo adquiere; se observa á cada paso que los niños mienten sinceramente (si así puede decirse) en muchos casos, inventan faltando á la verdad, en otros, y presentan, finalmente, los hechos de la manera mas provechosa á sus instintos, deseos y propósitos.

¿Quién no ha oido entre los niños á alguno que llega á cautivar la atencion de sus compañeros contándoles minuciosamente hechos verosímiles, pero que no son sino el efecto de una imaginacion precoz ó de una imperfecta reminiscencia? Hé aquí, pues, en el niño la mentira por efecto de la fruicion que siente dando á su inteligencia un vuelo que supera á las fuerzas de que dispone. Hé aquí la potencia inteligente del niño remontándose á espacios desconocidos y elaborando ideas que no le son perfectamente conocidas.

¿Quién no ha visto el modo asaz perfecto y atrevido como un niño dá á sus padres y maestros cuenta verídica, pero incierta, de la conducta observada por él en ocasiones determinadas, queriendo con esto ganarse la benevolencia de los que le escuchan ó disminuir la gravedad de sus propias faltas?

Hé aquí la inteligencia infantil recorriendo el espacio de las abstracciones, y presentando el efecto de sus investigaciones imaginarias por el prisma que más halaga á la voluntad de quien las hace, y por el lado que más simpatías ofrece al propio sentimiento.

Sea de esto lo que quiera, podemos afirmar que la mentira, vicio tan natural como generalizado entre los niños, es uno de los defectos que mayor y más pernicioso influjo ejercen en la primera educacion; pues quien miente con naturalidad y por costumbre, cierra herméticamente á los maestros el camino de sus morales investigaciones, y paraliza y ata, por consiguiente, la mano benéfica de los que necesitamos conocer con claridad y distincion los defectos

del educando , bien para corregirlos , bien para contenerlos, bien para neutralizar , en lo posible, las causas que los alimentan y les dan vida.

No nos detendremos á exponer aquí los gravísimos efectos de la mentira en el hombre considerado como individuo de la sociedad en que vivimos ; inútil es decir los males que causar puede á sus semejantes quien posee aquel vicio detestable y por todo el mundo detestado ; innecesario se hace, por ser demasiado conocido, el recordar esa facilidad suma y esa indescriptible naturalidad con que el mentiroso se entrega á los degradantes y perniciosísimos vicios de la difamacion y de la calumnia, verdaderos asesinos que matan moralmente al hombre robándole de un modo vil y artero su honra, el más noble y rico patrimonio, que posee ; y tampoco, en fin, sentariamos nuevas verdades, ni afirmaríamos mejor las bases de nuestros propósitos, ni daríamos más luz y claridad al camino que recorrer nos proponemos exponiendo ahora los considerables males que acarrea un tan denigrante vicio como el de la mentira á quien tiene la desgracia de haber simpatizado con ella y de acariciarla por costumbre.

Basta saber los males que acarrea á la educacion del mentiroso, basta saber que casi hace imposibles los trabajos del preceptor, y basta saber, por último, que es un defecto tan generalizado, que apenas hay niños que dejen de poseerlo.

Toda clase de mentiras salen de los labios de la infancia, y, segun podrá observarse, aquellas son ménos comunes entre los niños, que mejor podrian dispensárseles, si no fuesen parte á fomentar ó sembrar el vicio de proferir otras de consecuencias gravísimamente funestas.

En efecto : la mentira jocosa se observa solamente en aquellos niños que, ó poseen un génio naturalmente festivo é informal, ó tienen demasiada franqueza con las personas ante quienes hablan, ó han aprendido á mentir (esta es la verdad) porque les han enseñado inocentemente á

hacerlo, aquellos que mayores bienes hubieran proporcionado á la Sociedad permaneciendo siempre apartados de la niñez, que viviendo junto á ella en cumplimiento de un deber social ó natural para abusar despues de la buena fé de los niños con chocarrerías que prostituyen el gusto moral de estos, con patrañas que dan nocivos alimentos á su naciente inteligencia, y con fantásticos recuerdos que proscriben el amor á la verdad, aumentan los vuelos de la imaginacion, excitan la simpatía hácia lo falsario é ilusorio, y matan, quizá para siempre, el amor hácia lo razonable y evidente.

Obsérvase la mentira oficiosa en aquellos niños que poseyendo otros defectos habituales y temiendo á las personas que inmediatamente les son superiores, quieren sincerarse por necesidad y cuantas veces se ven á ello obligados, de los vicios que aquellas tratan de corregir.

Este mismo temor al castigo, ó la posesion de un refinado egoismo, y sus consiguientes propensiones á la venganza, á la envidia, á la avaricia y al orgullo, son parte á que los niños, alentados por imprudentes consejos y el no muy discreto proceder de los superiores que más inmediatamente les dirigen, se muestren dispuestos á proferir mentiras perniciosas, si bien no en tantas ocasiones ni por tan frívolos motivos como lo hacen de una manera interesada y oficiosa.

Resulta, pues, que tanto la mentira jocosa, como la oficiosa y perniciosa, son vicios generalizados entre los niños desde que comienzan á pensar; y que, segun los hechos lo atestiguan, ya en virtud de las imprudencias inocentes de quien á la infancia trata muy de cerca, y ya en virtud de ese instinto egoístico que nace, vive y muere con el hombre, es cierto y muy cierto, aun cuando á primera vista parezca extraño, que el placer experimentado durante la niñez en engañar á los demás por capricho, por evitar el propio mal, ó por satisfacer deseos de venganza, es tan simpático á aquella, como puede serlo al hombre ave-

zado á la mentira y reñido con la sincera veracidad.

Hemos dicho en uno de los periodos anteriores, ó al menos lo hemos indicado, que á los niños se les enseñaba á mentir, y aun cuando esto parezca absurdo é inconcebible tratándose de las personas que más interesadas se hallan en el porvenir de aquellos, es en efecto una desgraciada é infausta realidad.

No ya la mentira jocosa, que esto, si bien creara malas predisposiciones, dejaria de producir resultados inmediatamente funestos; pero aun la oficiosa y perniciosa, que los producen en grande escala, tienen origen, por regla general, en la indiscreta conducta de los que están llamados á dirigir los primeros sentimientos de la infancia.

Se trata de destetar al niño, y se le hace odiar ó temer el pecho de quien le amamanta, diciéndole mil sandeces faltas de verdad. Se trata de acallar su llanto ó de dulcificar su mal humor, y ó se le engaña con una oferta que no se realiza, ó se le hace considerar pasajera la privacion que sufre y ve prolongar indefinidamente, ó se le atemoriza con el *coco* que nunca viene y con el *bú* cuyo eco ve el afligido niño escaparse de los labios de quien pretende atemorizarle. Se trata de dejarle en poder de una niñera mientras los padres quieren salir de casa sin llevarle consigo, y se burla su inocente credulidad diciéndole que vendrán enseguida, ó que van á otro departamento de la habitacion, ó que mire cualquier objeto imaginario, para huir mientras la infeliz criatura sigue las indicaciones de aquellos creyéndoles ciegamente. Se le hace creer como inmundas, cosas que no lo son; se le hace ver fantasmas que en realidad no existen; se le ofrecen vestidos, golosinas y juguetes que no se le han de dar; se le amenaza con castigos que ni se llevan á efecto, ni respecto á muchos de ellos seria prudente su aplicacion..... ¿Pero á qué cansarnos en referir lo que todo el mundo puede por sí mismo observar? ¿Puede darse un modo más sencillo, más natural y más *acertado* de enseñar á mentir, que el que em-

plean muchos padres cuando tapan el rostro de sus hijos ó les obligan á esconderse , viene la madre preguntando por estos ó les llama creyendo que se han marchado de casa , y el mismo padre responde por ellos diciendo: «¿NO ESTÁ?»

¡Qué mucho que el niño copie la mentira teniendo tan excelentes modelos!

Nada diremos de esas falsas anécdotas, de esos cuentos inverosímiles, de esos imprudentes despropósitos con que frecuentemente se engaña la buena fé de los niños y se divierten muchas personas á costa de la infantil inocencia: todo esto es leve falta en sí mismo, y, aun cuando predispone á faltas graves, pues quien se acostumbra á la mentira se halla en el caso de hacer de ella el uso que considere conveniente, nunca es tan funesto como el enseñar de un modo más ó menos directo á mentir en interés propio ó ajeno , lo cual constituye un arte á todas luces inmoral.

¿Y es posible que los niños aprendan á mentir oficiosamente? ¿Y hay personas interesadas en el porvenir de aquellos, que les enseñen á proferir mentiras oficiosas? El exámen de los actos que con frecuencia vemos practicar responderá cumplidamente á estas preguntas, debiendo advertir, no obstante, que así como el estado intelectual y particular génio del niño le predisponen á simpatizar más ó ménos con la mentira jocosa, así tambien su propio egoismo le tiene siempre dispuesto á proferir sin miramiento alguno las mentiras oficiosas.

Madres hay que con el objeto de evitar á sus hijos un justo castigo, ocultan al marido las faltas cometidas por aquellos, llegando hasta el estremo de acumular los defectos de que se trate á otras personas, y esto en presencia de los verdaderos culpables.

Padres y maestros hay muchos que, tratando de inquirir la verdad de algun hecho , ó de poner á dura prueba la sinceridad de los niños , preguntan quién ha practica-

do tal ó cual accion punible , cómo , con qué circunstancias y con qué objeto. En este caso , ya porque los preguntados consideran cierta esa aparente ignorancia del que para probar su sinceridad se dirige á ellos , y ya tambien porque el natural instinto aconseja la conveniencia de evitar todo perjudicial compromiso, resulta lo que necesariamente tiene que suceder ; y es que se niega todo lo que se cree inconveniente , y se afirma lo que puede convenir : hé aquí un medio de enseñar de un modo indirecto á proferir mentiras oficiosas (1).

Además , casos y muy repetidos hemos observado que comprueban cuán á menudo la mentira oficiosa observada en los niños puede tener origen en el poco prudente comportamiento de los superiores entre quienes viven. Fijense nuestros lectores en los siguientes fragmentos de diálogos habidos con frecuencia entre los niños y las personas que con distintos caractéres ejercen alguna influencia en la conducta de aquellos.

*Niños.*—Me duele mucho la cabeza , madre.

*Madres.*—No es verdad. Lo que tu deseas es el no ir á la escuela.

*Niños.*—¡ Ay, papá ! He ido á cojer un vaso y se me ha roto.

*Padres.*—Calla, calla ! Ya diremos á mamá, que se ha caido ó que lo ha roto el gato saltando por el aparador.

*Niños.*—Sr. Maestro : ¿ me permite V. ir al puesto escusado ?

*Maestro.*—Lo que deseas tu es ir á jugar un rato.

(1) Cuando sepamos quién, cómo y por qué se ha practicado un hecho punible, nunca deberemos preguntar al que ha faltado sobre lo que nos sea conocido. Si decimos quién ha sido, se nos responderá : «no lo sé,» ó que la falta corresponde á otro. Si preguntamos cómo, se nos dirá : «sin querer.» Y si tratamos de indagar los móviles de una falta, nunca faltan al niño motivos más ó ménos verosímiles.

*Niños.*—Ahora nos regañará mamá porque vamos tarde á casa...

*Ayos.*—Si acaso te pregunta, no digas que hemos estado allí : sino que...

Estos y otros diálogos, que á todas horas se oyen, y que por lo vulgarizados se consideran inofensivos y de ninguna importancia para la educacion, son en la mayor parte de las ocasiones una aprobacion tácita de la mentira oficiosa, y en muchos casos el origen y enseñanza de tan deplorable vicio.

Hemos dicho anteriormente, que, si bien con poca frecuencia, tambien proferian los niños mentiras perniciosas; y aun cuando hemos indicado los motivos de esto, explicaremos algo más nuestras observaciones sobre el particular.

Aparte los sentimientos egoistas de cierto género que, como la envidia y la crueldad, pueden haberse apoderado muy temprano del tierno corazon de los niños, é inducir á estos á sembrar chismes y discordias entre los demás, hemos conocido que tambien la conducta de los que inmediatamente dirigen las costumbres infantiles puede influir é influye mucho en el fomento de la que ahora nos ocupa.

En efecto : hay ocasiones en que los padres, queriendo evitar á sus hijos el disgusto de que les ven poseidos cuando advertida ó inadvertidamente han cometido una falta, cuando han roto, por ejemplo, algun mueble de la casa, dicen palabras cariñosas, consuelan á sus afligidos pequeños, y llegan para ello á prorrumpir en estas ó semejantes expresiones : «*calla, hijo mio, calla ; ya diremos á mamá que tu no lo has hecho.*» Y con el fin de animar más y más al que por sí mismo se confesaba desde luego delincuente, se achaca la falta á otro niño, ó á cualquier animal doméstico de los existentes en la casa.

Hay tambien otras personas, y entre ellas muchos padres de familia, que, dando un crédito excesivo á las afirmaciones de los niños, y depositando en estos una con-

fianza que es imprudente por lo omnímoda, secundan de buena fé esas disposiciones que desde muy temprano aparecen en la niñez induciéndola á evadirse instintivamente de toda responsabilidad. Se ha cometido una falta, se duda ó se ignora quién puede ser el autor de ella; recaen sospechas sobre dos niños pertenecientes á distintas familias: uno solo es el culpable; y si preguntais á cada padre en particular, ambos os responderán afirmando la inocencia de su hijo. ¡La voz de este ha sido para ellos un verdadero artículo de fé!

Y lo que sucede con los padres de familia al inquirir la verdad de sus propios hijos y de los ajenos, sucede tambien con los maestros al inquirirla de sus discípulos predilectos (que los hay) y de los que no lo son. Circunstancias imperiosas os obligan á abandonar momentáneamente el local de las clases; dejais encargado el órden á alguno de los niños que mayor confianza os merecen; jugueteando el vigilante con otro niño rasga, por ejemplo, las hojas de un libro; puede dudarse sobre quién haya sido el autor de la falta, que en realidad pertenezca al encargado del órden; entraís, preguntais; y al observar cómo se recriminan mútuamente vuestros dos discípulos, la pasion (como á los padres) os conduce á apreciar las afirmaciones de vuestro delegado y á rechazar, cual si fuesen inexactas las del otro. ¿Hé aqui al maestro trabajando de buena fé para aumentar las disposiciones pecaminosas de sus mismos educandos! ¡Héle aquí fomentando inocentemente la sampatía hácia la mentira perniciosa.

Lo mismo podemos decir acerca de esa secular, arraigada y casi preconizada costumbre de mantener espías entre los mismos niños asistentes á las escuelas, y de premiar sistemáticamente las soplonerías que, unas veces motivadas y otras veces falsas, suelen llevar los discípulos á sus maestros. Renunciamos á exponer aquí las tristes consecuencias que de esto pueden resultar á la educacion moral de los primeros; pues bastante saben los segundos todos

los perniciosos efectos á que dan lugar en tales casos las pueriles rencillas y enemistades que por los más insignificantes motivos existen entre los alumnos concurrentes á una misma escuela.

Y, pues, que hemos dicho ya lo que la experiencia nos ha enseñado sobre el detestable vicio de la mentira, tan generalizado entre los niños, diremos ahora lo que consideremos prudente practicar, y expondremos á grandes rasgos la conducta que es preciso seguir, mejor que para desarraigar aquel funesto vicio, empresa harto dificultosa, para no fomentarlo, al ménos, por medios que á primera vista parecen muy sencillos y de ningun valor.

Es preciso, ante todo, evitar lo que, segun hemos manifestado, puede contribuir á fomentar más ó ménos directamente el vicio de la mentira, y sirviendo de base el principio de que Dios manda decir siempre la verdad, puesto que prohíbe faltar á ella, principio que será tanto más respetado, cuanto más respetable y justo se haya hecho comprender al Hacedor Supremo, procuraremos inspirar una debida simpatía hácia la veracidad.

Para ello pueden servir, y sirven, los cuentos morales en que resalte aquella interesante virtud sin sombras, vacilaciones ni mezcla de otro vicio. Es muy general la creencia de que los educandos llegan á temer la mentira y á sentir horror hácia ella, presentándoles casos de niños, que por haberla proferido han tenido que sufrir infaustas consecuencias. Sobre pertenecer este procedimiento á los que hemos considerado como viciosos analizando en la esfera especulativa los diferentes *sistemas* de educacion moral, podemos afirmar de una manera positiva que por tal medio no se consigue otra cosa que enseñar á mentir á quien no sabe todavía, y aumentar las habilidades y el ingenio de quien posee tal defecto.

Cuentos morales en los cuales resalta la veracidad con toda su galanura, su heroismo y su belleza, y en cuya narracion haya esa marcada verosimilitud y esa escelente na-

turalidad que no dan origen á la duda, es lo que principalmente ha de hacer que los niños adquieran gusto por la verdad, la amen, la deseen y jamás huyan de ella.

Quien cuente á los niños hechos inverosímiles; quien no sepa ó no pueda dar á la fábula un tinte real y positivo, y quien, creyendo que los niños no racionan, piense embaucarlos con esas narraciones que hacen asomar á los labios infantiles una especie de burlesca sonrisa, tan solo conseguirá excitar en sus discípulos el amor hácia lo imaginario, y disponerles á que hagan creaciones falsas é imposibles con una perfeccion gradualmente progresiva.

Nunca se ha de mostrar el educador indiferente con las mentiras que lleguen á proferir sus educandos, por sencillas é inocentes que aquellas sean. Lo ménos que debe hacer en este caso es ridiculizarlas juntamente con el niño que las diga; pues si se dejan pasar desapercibidas so pretexto de que no tienen trascendencia alguna, se forma costumbre de mentir impunemente. Si se observan y se medita sobre las conversaciones que los niños sostienen entre sí, se verá que hay muchos que, ó cuentan á sus discípulos hechos fabulosos, mal perjeñados y de todo punto increíbles para los hombres, aun cuando para ellos presenten gran certidumbre. Uno ha visto, por ejemplo, muchos ladrones, á los cuales logró ahuyentar con la escopeta de su padre; otro ha luchado con los lobos que encontró al tiempo de atravesar un bosque; cuándo dicen que las brujas cogieron y se llevaron consigo al vecino que vive enfrente de sus casas; cuándo cuentan la sorpresa que les causará el haberseles presentado un muerto, un fantasma, etc., etc.; y todo esto, que no es más que un conjunto de reminiscencias mejor ó peor arregladas de las relaciones que han oido contar á otras personas, da lugar á que la niñez se encariñe con la mentira, si no se ridiculiza pronto, así su pueril credulidad (si existe) como su inclinacion á convertirse en eco de patrañas y de tonterias. Una espresion despreciativa ó una sonrisa del mismo género,

son suficientes, casi siempre, para conseguir el objeto indicado.

Por último, es absolutamente necesario no infundir á los discípulos ese terror con que se pretende amedrentarles cuando incurren en alguna falta por leve que sea; pues si muchas veces niegan la culpabilidad que pueda corresponderles, lo hacen por temor; es absolutamente necesario castigar doblemente una falta, cuando á su realizacion acompañe la mentira; y dá muy buenos resultados la indulgencia, cuando se observa en los niños suficiente entereza para confesar ingenuamente sus propios defectos, siempre que esto no se haga por falta de respeto, por indiferencia ó desprecio hácia las leyes que los rigen, y por un cinismo que mereceria indudablemente correccion más séria.

Cuando de mentiras jocosas ú oficiosas se trata, la experiencia nos ha enseñado cuán inútiles son los razonamientos formales con que hemos pretendido hacer desaparecer la propension á proferirlas; llegando á persuadirnos, por lo contrario, que del mismo modo que al hombre mentiroso se le hace sentir las consecuencias de su defecto mejor despreciándole, huyendo de su trato, y ridiculizando de cuando en cuando sus engañosas aseveraciones, así tambien en los niños se consiguen mejores resultados por medio del desprecio, que haciendo uso de declamaciones sentimentales y de razonamientos morales y religiosos.

Otra cosa es, si se habla de la mentira perniciosa, para cuya reprobacion, y más que para reprobarla, para procurar que la niñez no se habitúe á ella, es preciso tener en cuenta el origen del defecto, y las causas estrañas que suelen darle vida.

Ya hemos indicado anteriormente algunas de estas; y, como todas pueden reducirse á ese egoismo que, naciendo con el nombre mismo, nos dispone á querer para nosotros lo satisfactorio y á dejar para los demás lo perjudicial, es necesario ir sembrando poco á poco en el corazon del du-

cando los principios de la caridad cristiana, y esta ha de hacerles huir necesariamente del vicio que nos ocupa.

Si un niño es envidioso, se encuentra dispuesto á difamar á sus compañeros, del mismo modo que los hombres lo hacen con aquellos de sus semejantes de quienes injustamente pretenden ser dignos émulos.

Si un niño tiene reconcentrados en sí mismo sus sentimientos de amor y de cariño, esto es, si sus facultades afectivas no se irradian más allá de la propia personalidad, dispuesto se encuentra á achacar á otros los defectos que á él mismo corresponden.

Si un niño es cruel ó indiferente al mal ajeno, goza viendo padecer, y esta propension indigna, le hace ver no solo como natural, sino tambien como satisfactoria la práctica de hacer á cualquiera responsable de un defecto que en realidad no posee.

Por esto, el mejor medio de prevenir la mentira perniciosa, es el ir sembrando en el corazon infantil los gérmenes de la generosidad, del amor al prógimo, de la fraternidad, de la benevolencia, de la compasion, de la caridad, en fin, con todos sus atractivos y bellezas, evitando al propio tiempo cuanto pueda contribuir directa ó indirectamente á fomentar el detestable vicio de cuya correccion nos ocupamos, y al cual en ocasiones dadas es preciso manifestar un horror profundo.

Decimos esto, porque es muy general el contentarse los profesores y los padres con hacer una reprension más ó ménos séria cuando algun niño profiere mentiras perniciosas. Más que la reprension, impresiona á aquel el disgusto marcado con que sus superiores le ven hacer tan mal uso del don de la palabra: más que las palabras, le impresiona el gesto sinceramente adusto con que se le mira; y más que el castigo material con que se le quiere atemorizar en muchas ocasiones, le hace sentir la gravedad de su falta el desprecio con que se le separa de entre sus compañeros, la insistencia con que se le desprecia sardónica-

mente su mal proceder, y la decision con que se le hace ver que se le retira el cariño que ántes se le habia dedicado y que no recobrará hasta que dé pruebas evidentes de que aborrece el defecto en que ha incurrido.

Ténganse en cuenta estas indicaciones; séase intransigente con el mentiroso; trabájese constantemente en desarraigar el mal; preséntese el educador siempre sincero y veraz ante sus educandos; castíguese moralmente la falta más leve sobre el particular; y de este modo se conseguirá al ménos contener el vicio de que nos venimos ocupando, y aun sembrar entre los niños el amor á lo verdadero, si se saben pintar con todas sus bellezas los efectos de la veracidad.

## LECCION XIX.

### **Cuentos morales sobre la mentira.**

*Sumario:* I. Federico — II. El certámen.—III. Enriqueta.— IV. La visita.

#### I.

Asistia Federico á una escuela de párvulos, donde siempre procuraba secundar las paternas intenciones de sus queridos maestros.

Estos, que acostumbraban premiar el buen comportamiento de los discípulos, prodigaban á Federico todo género de distinciones, le acariciaban, se le sonreian, y muchas veces hasta le habian obligado á que comiese en compañía de ellos.

Cierto es tambien que Federico merecia los halagos que le hacian, y los premios con que se le honraba; pues ni cometia falta alguna, ni mostraba resistencia á los mandatos de sus maestros, ni mucho ménos habia necesitado jamás que se le amonestara y corrigiese.

Aquel niño tan bueno fué un dia á dar de beber á dos ó tres más pequeñitos; cogió los vasos, llenólos, y distribuyó el agua cariñosamente entre sus compañeros. Pero hé aquí, que al tiempo de ir á cojer de la mano á dos niños que se hallaban jugando con los vasos, tocó estos inadvertidamente é hizo caer uno que se quebró, causando el hecho honda pena en el ánimo de Federico.

Resuelto, sin embargo, á sufrir con paciencia el castigo que sus maestros le impusieran, entró tembloroso y medio asustado en la sala de clases; pero como en ella se encontraban algunos señores que habian ido á observar los adelantamientos de los párvulos, nada pudo decir sobre el suceso, contentándose con dirigirse á su correspondiente sitio, y esperar la ocasion oportuna de confesar su falta.

No transcurrieron muchos minutos hasta que se presentó aquella, porque, habiendo salido los maestros de la clase con el fin de acompañar á los mencionados señores en la visita que hicieron á todas las dependencias del local, y habiendo visto aquellos roto uno de los vasos destinados á la distribucion del agua, tan pronto como despidieron á los visitantes, y pudieron hablar con los discípulos, preguntaron que quién habia hecho caer al suelo uno de los vasos existentes en el depósito del agua.

Apénas concluyeron de preguntarlo, levantóse Federico y con un acento que demostraba á las claras el sentimiento que le dominaba, explicó á sus maestros la verdad del hecho, sin añadir ni quitar circunstancia alguna á las que en su realizacion habian concurrido.

Sus compañeros le miraban, no solamente admirados de la naturalidad con que confesaba su falta Federico, sino tambien compadeciéndole del castigo que por necesidad habia de sufrir.

Así hubiera sucedido si sus queridos maestros, al ver la humildad con que se presentaba el niño, y al notar la franqueza y expontaneidad con que se acusaba á sí mismo

diciendo la verdad aun cuando podia presumir que iba á ser castigado, no se hubieran condolido, ni hubieran pensado en que si bien Federico habia cometido una falta, lo habia hecho inocentemente, se hallaba pesaroso, y sobre todo habia confesado la verdad.

¿Premiaremos á este niño? ¿Castigaremos á este niño?

Hé aquí las preguntas que se hacian entre sí los señores maestros. Lo primero, proseguian, seria injusto; pues, aunque leve y sin mala intencion, se ha cometido una falta. Lo segundo, deberíamos hacerlo, aplicando un pequeño castigo á Federico para que otra vez obrára con más cuidado.

Tratábase ya de recoger al niño dos billetes de los que por via de premio poseia, cuando el señor maestro, á quien gustaba muchísimo que sus discipulos dijese siempre la verdad, habló de esta manera:

—Ya sabeis, hijos mios, lo que acaba de suceder. Si en vez de haber roto impensadamente el vaso, hubiéralo roto Federico de un modo voluntario, además de pagar su importe, le hubiera recogido todos los billetes de premio que posee: ha cometido la falta sin intencion; y con el único objeto de que otra vez tuviese más cuidado, habia dispuesto que me trajese solamente dos de aquellos.»

«Sin embargo, como le veo triste y pesaroso; como es un niño que siempre se ha portado muy bien; y sobre todo, como á mi me gusta tanto que digais la verdad cuando se os pregunta, y Federico la ha dicho; como ha confesado su falta sin reparo alguno, deseo premiar en él esta virtud.

Perdono, pues, á Federico los billetes que debia de traerme, y queda dispensado hoy de la pena que se le habia impuesto.»

Así habló el señor maestro; y cuando los demás niños vieron que Federico se colocaba en su sitio sin recibir castigo alguno por haber dicho la verdad, decian: Tambien nosotros la diremos siempre, no solo porque así agradare-

mos á nuestros maestros, y mereceremos su benevolencia y su cariño, sino tambien porque hablando siempre con verdad daremos gusto á Dios, el cual nos prohíbe la mentira en el octavo mandamiento.

## II.

### EL CERTÁMEN.

D. Blas Muñoz, rico propietario de Zaragoza, tenia tres hijos, los cuales concurrían cada cual á su respectiva escuela.

Todos hacían notables progresos en su educacion, así por el celo con que sus maestros trataban de instruirles, como por el incentivo que D. Blas sabia sembrar en el ánimo de sus hijos, á quienes premiaba de tiempo en tiempo, segun el mérito que contraían.

A este fin acostumbraba á tener con ellos un certámen mensual; y, segun los adelantos de cada uno, les distribuía diversos juguetes de tanto más valor, cuanto mayores eran los adelantamientos.

Enrique, Sebastian é Isabel, que así se llamaban los hijos de D. Blas, correspondían dignamente al interés demostrado por su querido padre; así es que en vez de enorgullecerse y enorgullecerse por las reiteradas pruebas de cariño que se les prodigaba, trataban de aumentar sus sacrificios cada vez más para ganar de concepto en el ya bueno que á su estimado padre merecían.

Llegaba, pues, el día en que, segun costumbre, habían de mostrar sus adelantos; y una semana antes, los reunió D. Blas y les dijo:

—Se aproxima, hijos míos, el día en que vais á mostrar que sois merecedores del gran cariño que os profeso. Dentro de ocho días tendrá lugar en nuestra casa el certámen que mensualmente celebramos: repasad bien las lecciones

que os tengo señaladas, y estad seguros de que aquel de vosotros recogerá mejor premio, que más pruebe su aplicacion y su aprovechamiento.»

Desde que D. Blas arengó de esta manera á sus queridos hijos, redoblaron los tres hermanos sus esfuerzos; y tanto era así, que hasta llegaron á renunciar voluntariamente á sus diversiones favoritas hasta el dia del exámen con el noble fin de prepararse para salir airosos en aquel notable acto.

Enrique logró aprender bien todo cuanto se le habia ordenado; y hé aquí la razon por la cual soñaba ya el premio que esperaba recibir.

Sebastian no pudo ver cumplidos sus deseos hasta la víspera misma del dia en que habia de tener lugar el certámen: por manera, que si aquella noche durmió ya tranquilo y descansado, no dejó por eso de haber pasado muy malos é intranquilos momentos hasta que observó concluidas sus tareas.

Isabel, mas jóven que sus hermanitos, trabajó cuanto pudo, no jugaba por estudiar, y era tal su aplicacion, que trasnochaba y madrugaba con el laudable objeto de ver si así podia cumplir como á D. Blas habia ofrecido, y como este tenia derecho á esperar.

Sin embargo, á pesar de tan buenos deseos, y de tan nobles propósitos, no pudo Isabel verlos realizados; pues habia ya llegado el dia del certámen y todavía le faltaba aprender varias cositas de las que su padre le habia señalado.

Eran las nueve de la mañana de un domingo: dirigióse D. Blas hácia la iglesia en compañía de sus tres hijos, y despues de haber oido misa emprendieron el regreso para inmediatamente dar comienzo al certámen consabido.

Creia el padre que este no podia tener lugar, por cuanto presentia que habian de visitarle aquella mañana unos señores forasteros cuya presencia estorbaria la celebracion del proyectado acto.

Así se les advirtió á sus tres hijos en el camino de la Iglesia á casa, y ya podeis figuraros que Isabel se alegró de esto tanto como los dos restantes hermanos sentian el verse privados por aquel dia de sentir y de gozar los efectos de su presentido triunfo.

Cuando llegaron á la escalera que habia de conducirles á su habitacion, oyeron que llamaban en esta unos señores, y á poco distinguieron que eran los mismos de quienes se habia hablado unos momentos ántes.

—Quizá, hijos míos, (dijo D. Blas) será cierto lo que con alguna probabilidad os he dicho: la presencia de esos señores que nos visitan va á hacernos por hoy imposible la celebracion del exámen. Fio, no obstante, en vuestra acostumbrada aplicacion, y con razon presumo que, así como en todas las ocasiones semejantes habeis probado que sabeis cumplir perfectamente vuestros deberes de buenos hijos, los habreis ahora cumplido tambien.

—Yo sí, señor; respondió Enrique.

—Tambien yo; añadió Sebastian muy satisfecho.

—Y tú, Isabelita? preguntó D. Blas á la niña que habia hasta entónces guardado un completo silencio.

—Yo, respondió la niña, he hecho cuanto he podido por aprender lo que V. me dijo; pero á pesar de que he trabajado sin cesar, y de que ni siquiera he jugado una vez durante los ocho últimos dias, no he podido llenar aun mis deseos, faltándome por el contrario dos lecciones de las que hoy mismo debia haber sabido.

En estas llegaron á la puerta de la habitacion; entróse D. Blas á la sala en donde se le esperaba, y los tres hermanitos se marcharon al cuarto que tenian destinado para sus juegos.

A ellos se dedicaron Enrique y Sebastian, mientras Isabel, retirada en otra estancia, proseguía sus estudios con tanto más valor cuanto que la suspension del certámen la habia alentado á terminar felizmente lo que hasta entónces no habia podido concluir.

¡ Qué contraste! la niña se alegraba de lo mismo que en los niños había producido un hondo disgusto!

Pero pronto hubo de cambiarse el estado moral que dominaba á Isabel y á Enrique y Sebastian.

Los señores á quienes D. Blas pensaba tener en su compañía toda la mañana le abandonaron muy pronto; pues una ocupacion imprescindible les obligó á ello; y hé aquí que llamando aquel á sus queridos hijos, les advirtió que se prepararan para el certámen.

Reuniéronse inmediatamente los hermanos: fueron preguntados los niños y respondieron con notable acierto á su querido padre: tocó el turno á Isabel; y creyendo D. Blas que por el motivo de no haber aprendido perfectamente todas las lecciones se turbaria y no podria contestar, le dijo:

—Ven aquí, hija mia. Hoy he observado en tí otra nueva virtud que vale mucho más que el haber aprendido las lecciones que te habia señalado. Podias haber presumido, y así lo pensaba yo tambien, que no tendríamos hoy el exámen que habiamos dispuesto; y apesar de que te agrada muchísimo el recibir mis caricias y mis premios, habias renunciado á uno y otro, confesándome ingénuamente que no habias podido aprender las lecciones que se te habian señalado. A trueque de perder el premio que te tenia destinado *has dicho la verdad*, renunciando á aquel en obsequio de esta. No te aflijas, hija mia; que si te ha sido imposible llenar cumplidamente mis deseos, en cambio has practicado una accion que me ha gustado mucho. Las niñas han de decir siempre verdad, aun cuando con ella se perjudiquen: tu lo has hecho así, y por esto te dispenso la falta de no haber aprendido todas las lecciones que te tenia señaladas, y te doy igual premio que á tus hermanos.

Y D. Blas entregó á su querida Isabelita un premio igual al que Enrique y Sebastian habian recibido.

## III.

## ENRIQUETA.

Uno de los manjares que mas gustaban á Enriqueta era el guisado de perdiz ; y en esto se asemejaba mucho á su querida mamá, á quien nada mejor podia presentársele en la mesa.

Hablamos de una familia bien acomodada ; pues ya sabeis, hijos míos, que los pobres han de renunciar necesariamente, por no contar con dinero suficiente, á comer perdices, aun cuando tengan ocasiones para poder comprarlas.

No sucedia así en casa de Enriqueta : habia dinero bastante á satisfacer las exigencias de una vida regalada, y por este motivo y por el no ménos atendible de que con el dinero que empleaban en ello socorrian á muchos jornaleros habitantes en la misma poblacion, que iban á vender la caza que cogian en los campos, compraba muchas veces la madre de Enriqueta lo que á la venta le presentaban, y con predileccion las perdices.

Para el dia á que voy á referirme habia comprado una, mandó desplumarla , y ordenó á la criada que la guisara del modo que acostumbraba á hacerlo.

Tal como lo manifestó vió cumplido su deseo, y no eran todavia las nueve de la mañana cuando ya se prevenia la sirviente á poner en ejecucion las órdenes de su dueña. Era un dia de fiesta y aquella habia de hacer imprescindiblemente algunas visitas en compañía de su esposo : arreglóse, pues, marchóse á misa , dejando á Enriqueta con la criada , porque ambas habian cumplido ya con el precepto religioso , encargó sobremanera mucho cuidado á fin de que la comida estuviese dispuesta para las doce , recomendó á su hija que ayudase á la sirviente en todo lo que pudiera hacer ; y marchóse acompañada de su esposo con

ánimo de no volver á casa , y así efectivamente sucedió, hasta el medio dia.

Desde aquel momento cuidaba Enriqueta de ayudar á la criada ; barrió la cocina , limpió el polvo de los muebles de la sala , y arregló la comida á las gallinas , mientras su entonces compañera cuidó de sazonar los alimentos dispuestos para la familia , sin olvidarse de arreglar y aderezar la perdiz que se le habia entregado no solo como un predilecto manjar , sino como un manjar que escaseaba demasiado en aquella época.

Las once de la mañana habian dado en el reloj del pueblo : todo se hallaba perfectamente arreglado en la cocina de Enriqueta : no era necesario más que cuidar que el fuego lento no perjudicase á los guisados , consumiendo sus salsas ó haciendo evaporar excesivamente sus caldos ; y para ello dijo la criada á Enriqueta , que , si bien le parecia , se quedara sentada junto al hogar , mientras ella iba á arreglar las camas.

Asi se hizo ; accedió la niña á lo que se la propuso , y en los primeros momentos cumplió perfectamente con el encargo que se le hiciera , aumentando ó disminuyendo el fuego á medida que lo consideraba necesario.

Pero ocurrióle informarse de si los manjares estarian bien sazonados y cocidos ; probó el caldo y salsas de unos y otros , y al tocarle su turno á la perdiz , hubo de agradecerle tanto el olorcillo que despedia y el saborcillo de lo que gustó , que quiso repetir la operacion , tomando un pedacito de la cebolla con que la criada lo habia aderezado. Su gula se excitó más y más entónces : si buena le habia parecido la salsa , mucho mejor le pareció la cebollita , y sin pensar siquiera en que la hora de comer estaba próxima , se atrevió á arrancar una pierna de la perdiz , comiéndosela muy á su placer , aunque despues le aquejaba el pesar de que con su accion daria , quizá , un sentimiento á su querida madre.

No se hallaba muy léjos ; pues á los pocos momentos des-

pues llegaron ella y su esposo , quitose aquella su mantilla , mudóse de vestido, púsose en fin, en traje de casa , y tan pronto como de todo esto se desocupó , presentóse en la cocina , donde estaba todavía Enriqueta un poco triste y un tanto pensativa.

Levantose la niña para saludar á su mamá, de quien recibió orden de ir á la casa de unos buenos amigos que vivian en frente , á decirles que , si las circunstancias no lo impedian , irian á pasear aquella tarde , cumpliendo asi los deseos de ambas familias. Fué, en efecto, Enriqueta ; aproximóse seguidamente su madre al hogar , miró los pucheros y cazuelas , y al tiempo mismo en que la criada, cumplidas ya sus obligaciones peculiares , entraba en la cocina , descubria la Señora el fraude que la niña habia cometido.

Púsose instantáneamente furiosa ; trató de golosa y atrevida á la que ella presumió que se habia comido la perdiz ; y su enfado y sus dicitos subieron de punto , cuando la pobre sirviente , que veía un insulto para ella en cada palabra de su señora , manifestó que no habia permanecido sola ni un momento en la cocina , que no era la autora de la falta , y que por consiguiente creía injustos los cargos que embozadamente se le dirigian.

Decir esto y exacerbarse más todavía el ánimo de su ama , todo fué instantáneo.

La hizo salir de la cocina ; le intimó la orden de marcharse de su casa , si otra vez se repetia el hecho , y dijola al mismo tiempo que sus últimas expresiones manifestaban claramente que la falta la habia cometido Enriqueta, y que si no era cierto , saldria muy pronto de aquella casa por haber inculpado á la niña.

Regresaba esta cuando su madre acababa de hablar ; vió con harto disgusto cómo lloraba la criada ; supuso los motivos que para ello tendria , y dirigióse á ella diciéndola :

—« No illores , jóven honrada ; presumo la causa de tu

amargura; y no es justo que por ocupar entre nosotros una posicion humilde, se te quiera hacer más desgraciada todavía imputándote faltas que nunca has cometido. »

Y al decir estas sentidas palabras, enjugó cariñosamente con su pañuelo las lágrimas de la sirvienta.

Corrida y abochornada quedó aquella señora, al considerar cuan injustamente habia procedido; admirada á la vez de la entereza con qué Enriqueta defendia y consolaba á la criada.

—Os admirais, madre mia, prosiguió aquella niña; ¿os admirais, acaso, de que pudiendo eludir vuestro justo enojo, venga yo aqui á confesar resueltamente una falta de que soy culpable? No debe admiraros; pues habeis sabido enseñarme que Dios prohíbe la injusticia, y no puedo consentir que mi silencio la motive. Si yo hubiese estado aquí cuando V. preguntaba quién se habia comido la pierna de perdiz, os hubiera confesado mi falta: una debilidad me ha conducido á ella; sé que merezco vuestro castigo; siento merecerlo, si; pero no puedo consentir jamás que por no confesar yo la verdad, recaigan sobre esta pobre é inocenta jóven las iras de vuestra justicia. Aquí teneis á vuestra hija Enriqueta, disponed de ella como gustéis, é imponedle el castigo de que la creais merecedora. »

Todo se apaciguó con una declaracion tan completa; pidió la señora á la criada, que la dispensase; y, aun cuando á Enriqueta se la habia prohibido salir aquella tarde á paseo, para castigar así su falta, hubo de levantársele despues la prohibicion en gracia á la entereza con que habia confesado su delito de una manera espontánea.

#### IV.

##### LA VISITA.

Reunióse cierto dia el Ayuntamiento de un pueblo,

como el Sr. Alcalde manifestara á sus compañeros los excelentes resultados y adelantos asombrosos que, segun el público decía, habían hecho los niños asistentes á la escuela costeada por el municipio, determinóse hacer una visita á dicho establecimiento, distribuir algunos premios entre los alumnos y dar al profesor una ostensible prueba del aprecio con que la poblacion entera miraba sus constantes desvelos en favor de la juventud.

Era un miércoles por la mañana cuando todos los concejales se dirijieron hácia la mencionada escuela: llegaron al local, fueron recibidos por el maestro con aquella deferencia y consideracion que siempre se merecen las Autoridades, ofrecióseles asiento, y á los pocos instantes comenzó el exámen del cual quedaron todos enteramente complacidos.

Ya se disponian á marcharse, cuando uno de los señores visitantes observó que junto á la pared que hacía frente al sitio ocupado por ellos habia dos niños separados de sus compañeros y cuyos semblantes manifestaban la tristeza que les dominaba.

Preguntando al Sr. Maestro el motivo por el cual aquellos niños permanecian apartados de los otros, contestó que le habian faltado al respeto y que con el aislamiento castigaba moralmente la falta, haciendo ver así á los castigados que no eran dignos de alternar con sus compañeros.

Hubieron de agradecer mucho las Autoridades esta sucinta explicacion del profesor y elogiaron por consiguiente su prudencia en la manera de querer corregir las faltas de sus discípulos; pero queriendo dejar entre los niños un halagüeño recuerdo de la visita que habían hecho al establecimiento, dijeron al Sr. Maestro que desearian ver perdonados por entónces á aquellos dos niños que si bien habian delinquido, á la sazón aparentaban un sincero arrepentimiento.

No se opuso á esto el virtuoso profesor; mas para ello

creyó oportuno fijar una condicion importantísima , la de que , llamados aquellos niños en presencia del Sr. Alcalde y demás individuos que habian hecho la visita , confesaran ante todos la falta por la que se les habia separado de sus compañeros .

Hízose así , en efecto : llamóse á los niños castigados, que con aire humilde y casi derramando lágrimas se presentaron ante el Sr. Alcalde .

—¿ Estais tristes , niños ? les preguntó este .

—Estamos muy tristes , señor ; respondieron ellos .

—Por qué razon permaneciais separados de vuestros compañeros ?

—Así lo ha mandado el Sr. Maestro .

—Habeis cometido alguna falta , cuando os ha considerado dignos de un castigo semejante ?

—Si , señor : estábamos en nuestros grupos durante la clase de lectura ; mandó el señor Maestro que atendiésemos á nuestro cartel ; hemos preferido seguir en nuestra distraccion , mejor que atender los consejos del Sr. Maestro . . . . .

—Y él os ha castigado justamente . ¿ No es así ?

—Si , señor .

—Y ha obrado bien el señor Maestro castigandoos ¿ Tenéis algun resentimiento con él ?

—No , señor , ninguno . Conocemos que hemos obrado muy mal desoyendo sus mandatos ; y , si bien sentimos ahora el castigo , conocemos que se nos ha impuesto con justicia .

Y al decir esto , pusiéronse á llorar amargamente los niños , como arrepintiéndose de haber cometido su falta .

Viendo el señor Maestro que , si bien esta se habia cometido , sus autores la confesaban arrepentidos no ocultando la verdad , sin embargo de que haciéndolo así podian recibir un mayor castigo de aquellas respetables personas que visitaban la escuela , dijo :

—Siento muchísimo , hijos míos , que hayais de darme

motivo para castigaros, y lo siento tanto mas, cuanto que en este mundo no deseo otra cosa que veros marchando por el camino del bien. ¿Os parece, queridos míos, si cuando os mandaba que atendieseis á vuestro trabajo no miraba yo á vuestra propia conveniencia? Faltasteis, no obstante, al respeto y consideracion que deben mereceros siempre mis consejos de verdadero padre, pues como tal os quiero.

Habéis sentido durante estos instantes las consecuencias de vuestra falta, y las hubierais indudablemente sentido por más tiempo, si reconociéndola vosotros mismos no la hubierais confesado arrepentidos delante de estos señores que nos han honrado hoy con su visita. Id, pues, á vuestros puestos: faltasteis á mi superioridad; pero como al arrepentimiento habéis agregado la nota de veraces, yo que amo tanto la verdad como la justicia, os perdono hoy, y os dejo marchar al lado de vuestros compañeros, sin que el castigo que habéis sufrido manche en lo más mínimo la reputacion de niños virtuosos que desde este momento voléis á merecerme.»

Fuéronse ambos niños á su sitio, resueltos á confesar siempre la verdad, accion á la cual debian el perdon que alcanzaban en aquel momento, y nunca olvidaron la escena que pasó ante aquellos señores que habian ido á la escuela y dejaron tan buena memoria de su visita.

## LECCION XX.

### De la vanidad y del orgullo.

*Sumario.*—Qué es la vanidad.—Cómo se presenta en los niños.—Hechos que manifiestan la existencia de la nombrada propension.—Causas que originan y fomentan el vicio de la vanidad.—Qué es el orgullo.—Que hechos manifiestan la existencia de esta pecaminosa propension en los niños.—Medios directos de sofocar las inclinaciones hácia la vanidad y orgullo.

En estar y mostrarse enamorado de si mismo consiste la vanidad.

Si el hombre pudiera contener la satisfaccion de que se vé embargado al contemplar su propia perfeccion , esta le condujera , seguramente , á la práctica de grandes virtudes.

Nuestra débil naturaleza da lugar , sin embargo , al desbordamiento moral , producido necesariamente en el individuo á consecuencia de que su frágil prudencia se quiebra á impulso de los embates de las pasiones.

Dificilmente el amor propio llega á verse contenido dentro de justos límites.

Y cuando esto no sucede , el amor de si mismo se halla convertido en desprecio de los otros.

No hay mujer , por ejemplo , que encariñada con su mata de pelo ó con sus vestidos , deje de considerar despreciables las mismas cosas en las demás.

Tampoco hay hombre alguno que , creyéndose de una apuesta figura , no vea en sus semejantes faltas á millares.

Asi mismo no hay ninguna persona que , considerando sus prendas materiales ó morales de inmejorables condiciones , deje de mirar con cierto desden las de sus semejantes , por apreciables que en realidad sean.

He aquí la vanidad , vicio tonto y pasajero , vicio frágil y sin cimiento alguno ; pero vicio al fin , y que , como opuesto á la virtud de la caridad , puede producir infaustas consecuencias , siquiera sea durante su deleznable existencia.

La vanidad no se asienta jamás allí donde impera la razon : tiene por base el sentimiento , y respira en la atmósfera de la fantasía.

Por esto domina aquel vicio más en las mujeres que en los hombres ; y de estos apenas llega á apoderarse , si la inteligencia posee solamente una mediana ilustracion.

Y lo que sucede en la edad adulta , sucede tambien en la infancia : véanse en mayor número que niños , niñas propensas á la vanidad.

Preséntase este vicio durante la infancia casi con los mismos caracteres que en la virilidad.

Así como un hombre mira con cierto desden á los demas, persuadido de que , ó viste mejor , ó tiene más arrogante figura , ó reúne ( justamente en su sentir ) muchas prendas que le recomiendan al aprecio y consideracion de todo el mundo , aun cuando todo el mundo se le ria ; así tambien el niño que vive entre otros niños mira con inmotivado desden á sus compañeros , y obra siempre persuadido de que él es el único acreedor á la estimacion general , que la cree injustamente prodigada cuando hácia los demás se dispensa.

Esto no obstante , es el niño ( como el hombre ) ménos celoso de sus personales prendas; y por esto hemos notado que en cada cien discípulos presumidos figuran noventa y cinco niñas por lo ménos.

Y en ellas se observa, generalmente hablando, hechos característicos de presuncion , tan marcados como pueden observarse en una mujer vanidosa.

Efectivamente : observad la niña presumida y no vereis mas que una mujer en pequeño dominada por aquel vicio.

Vereis como toca y retoca frecuentemente su cabeza para ver si lleva bien arreglada la cabellera.

Vereis con qué cuidado , y hasta coquetería arregla el más leve desperfecto de sus rizos.

Vereis cómo moja con saliva su cabello y se lo amolda y vuelve á amoldárselo con una insistencia increíble.

Vereis con qué desenvoltura se paséa cogida del brazo con aquella compañera que más simpatía le inspira.

Vereis con qué anhelo enseña sus vestidos y su calzado, y se los mira y se los toca , y se los compone repetidamente , mirando con cierta satisfaccion á las compañeras que la observan , ó tosiendo intencionadamente para llamar la atencion de aquellas cuando no la miran.

Todo esto se vé en la niña presumida , si efectivamente tiene motivos para presumir.

Pero hay circunstancias en que la presuncion es ridícula , excesivamente ridícula en sus ya vanos motivos.

Hay niñas pertenecientes á familias pobres, las cuales en medio de su pobreza visten decentemente con el traje peculiar á la clase que corresponden.

Y sin embargo, si la vanidad ha encontrado simpatías en el corazón de aquellas degraçadas, prefieren á su honesto y apacible vestido la vieja levita, el carcomido gaban ó el antiguo sombrero de la señorita en cuya casa trabaja la madre de tales niñas pobres, las cuales, dominadas ya de una pueril vanidad, prefieren vestirse de marracho rico, que de niña perteneciente á una clase humilde, creyendo tan prematuramente, por lo visto, que á la pobreza exterior no puede ir unida ninguna especie de importancia y de valía.

Nótanse también en las niñas propensas á la vanidad, ciertos modales, palabras y ademanes propios de mujer.

Dándose cierta importancia aparente, son las consejeras de todas sus amigas.

Sus espresiones revelan cierta convicción de que poseen una inteligencia clara, una prudencia suma, un discernimiento veloz y un modo de pensar en cuya perfección ninguna les iguala.

Advertid cualquier cosa á una niña de esta clase, y aun cuando interiormente piense lo contrario, os quiere hacer comprender que « *una advertencia como aquella es para todo el mundo innecesaria.* »

Mirad su semblante, y la vereis con cierto aire de satisfacción: boca artísticamente cerrada; vista intencionada y alternativamente dirigida á las personas que piensa que han de estar observándola; cuello excesivamente rígido; barba casi tangente á la parte superior del pecho; movimientos amanerados; intranquilidad cuando no se la observa; formalidad satisfactoria cuando se la mira; apariencia de mujer, y realidad de niña.

He aquí retratada á grandes rasgos la vanidosa.

Cuando un niño posee propensiones al mismo vicio, se constituye en lo que llamamos un niño tonto; por que sus

palabras inconexas no encuentran en él disculpa, como no la encuentran tampoco sus puerilidades y sentimentales accesos. Si risibles parecen las formas presuntuosas en la niña, mucho más lo parecen en el niño, que desde sus primeros años comienza á dar indicios de formalidad, de razon, y del carácter varonil que tanto ha de diferenciarle de la sencillez, sentimentalismo y debilidad de las mujeres.

Cierto, que el niño no se presume ni tan pronto ni de una manera tan marcada como la niña; pero esto no obsta á que de cuando en cuando se vea alguno, y es preciso conocerlo para extirpar en él los gérmenes del vicio.

Propenden á la vanidad esos niños que cuando hay en su casa de visita algunas personas desconocidas, aparecen con un libro en la mano y leen en alta voz, como diciendo: «*esos señores van á quedarse prendados de mi sabiduría.*»

Propende á la vanidad el niño que al observar que entran en la escuela algunas personas con ánimo de conocer los adelantos, ó hace ver á los recién llegados el puesto de distincion que ocupa, ó se dá aires de *maestrillo* si ejerce algun cargo honorífico entre sus compañeros, ó apunta con cierto tono de satisfactoria indiferencia á los que no aciertan á responder pronto, ó dice cuando se le alaba que sabe todavía mucho más de lo que se le ha preguntado, lo cual es despreciativamente calificado por él mismo.

Propende á la vanidad el niño que á todos cuantos parientes y conocidos llegan á su casa les dice que se le han comprado vestidos nuevos, que tiene estos ó los otros libros, y que ha aprendido tales ó cuales cosas, sabiendo que las personas á quienes habla son completamente ignorantes.

Y por último, se trasparenta la vanidad en aquellos niños que de un modo asaz inoportuno recitan ante personas desconocidas versos y partes de lecciones que quizá constituyen el único provecho que sacan de la escuela: dándose ínfulas de sabios, pronuncian sin comprender, hablan sin discernir, y tratan de excitar sobre si mismos

la atención de los demás , aun cuando para ello hayan de suspender estos una conversacion interesante.

Ahora bien : ¿ cual es el origen de este defecto ? ¿ Qué causas influyen en que se presente durante la infancia ? ¿ Qué circunstancias le fomentan ?

Preciso nos será averiguar todo esto ; y exponiendo el fruto de nuestras observaciones propondremos indirectamente medios que tiendan á evitar el crecimiento y desarrollo de las propensiones hacia la vanidad.

El temperamento de los niños , el ejemplo de las personas que les rodean , y la conducta de los educadores : he aqui tres fuentes de las cuales emana la propension que nos ocupa inundando poco á poco el corazon de la niñez.

La preponderancia del sistema sanguíneo predispone al individuo á que sin sacrificio alguno por su parte simpatice con la vanidad ; y los vacíos intelectuales y morales existentes en el hombre durante el período de la infancia, facilitan sitio abundante para que aquel vicio , falto de principios y de fines razonables , encuentre ancha guarida en los corazones infantiles.

Téngase, pues, muy presente : allí encontrará más simpática acogida la vanidad , donde en mayor escala predomine el principio sanguíneo , siquiera su peculiar influencia se halle neutralizada por elementos de distinta índole.

Hemos dicho que el ejemplo era tambien causa inmediata de las vanas propensiones ; y esto , que se explica como seguro corolario de un principio de pedagogía fundamental , debe de admitirse en buena lógica y se halla evidentemente probado por una experiencia casi constante.

Muchos niños vanidosos hemos visto educados entre padres negligentes : pero apenas recordamos haber visto uno siquiera que fuese negligente y dejado habiendo respirado la atmósfera de la vanidad y de la presuncion en el hogar doméstico.

Y así como en esta parte se modela el corazon infantil

en la conducta é inspiraciones paternas, así tambien la conducta é inspiraciones de los maestros imprimen en él la huella marcadísima de su imágen fiel y verdadera. De maestros presuntuosos rara vez salen discípulos humildes y justos apreciadores de si mismos.

¿No desean los padres, no desean los maestros ver en los hijos ó en los discípulos retratado su carácter, sus ideas, sus instintos y sus aspiraciones?

¿No se creen los niños tanto mejores cuanto más se aproximan á sus padres y maestros?

La vanidad, pues, no solo se enjendra ó se fomenta por el ejemplo, sino que necesariamente ha de ser así.

Sucede tambien, que semejante defecto se apodera del tierno corazon de los niños, porque á darle hospedaje se ven excitados muchas veces por el poco discreto proceder de padres y maestros.

Pasemos por alto aquellas disparatadas expresiones, y aquellas apreciaciones hiperbólicas con que las madres ensalzan y pregonan las bellezas de sus hijos, arrebatadas por un acceso de amor indescriptible.

Dejemos á un lado sus entusiastas apoteosis tributadas á la cosa más insignificante que observan en sus queridos hijos.

¿Qué madre no vé en estos todo de color de rosa, todo con sublimes atractivos, con deslumbradores encantos?

Este falso prisma por el cual observan les proporciona ideas tan erróneas, las hace concebir pensamientos tan equivocados, y adquirir frecuentemente tan ridículas pretensiones, que no hay madre para quien una sencilla gracia de sus hijos deje de ser una sublime belleza, ni defecto que deje de poder haber sido mayor ó de presentarles un cierto atractivo.

Hé aquí las razones por las cuales apenas se encuentra madre alguna que no enaltezca las prendas de sus hijos, que no las elogie, que no las recomiende y que no las vea crecer y desarrollarse sintiendo la más grata satisfaccion,

que poco á poco va sintiendo tambien por idénticos motivos el ser á quien las alabanzas se prodigan desde una época anterior á la en que comienza á discernir. Hé aquí el motivo de ciertos hechos que hemos observado, y en virtud de los cuales puede asegurarse que la vanidad es patrimonio de esos niños de buena inteligencia que viven en medio de familias ignorantes ó que se crian bajo la inmediata direccion de personas superficialmente ilustradas; es con más frecuencia la vanidad patrimonio de tales niños, que de los que se educan con personas verdaderamente instruidas, y bastante prudentes para conocer que los adelantos que pueden hacer durante la niñez no merecen grandes y muy marcados elogios.

Lo hasta aquí expuesto puede servir para que los educadores conozcan, no solamente algunas causas que dan pábulo á esas inclinaciones presuntuosas que se observan en los educandos, (inclinaciones que encuentran siempre muy buena acogida en la region del egoismo y que se alimentan en el amor propio) sino tambien los hechos que podrían venir á fomentar el desarrollo del vicio á que nos referimos: por tanto, nos ocuparemos ahora del orgullo, defecto mucho más reprobable que la vanidad, mucho más grave; y de muy infaustas consecuencias.

El orgullo es un vicio que consiste en considerar inmejorables las propias prendas, despreciando siempre las de los demás.

Un hombre orgulloso es soberbio en sus actos, iracundo en sus decisiones, altivo en su trato, adusto en su carácter, déspota en sus órdenes, é hinchado en sus maneras y hasta en su lenguaje.

Ha nacido para vivir entre esclavos, y él se convierte voluntariamente en esclavo de sí mismo.

Quiere vivir entre sus semejantes, y los aborrece al propio tiempo, porque no vé en ellos sino unas máquinas sujetas á su capricho.

Se cre superior á todos y desprecia la base donde quie-

re fundar su misma superioridad, es decir; la inferioridad de los otros.

Desea verse rodeado y enaltecido, y con su altivez y con su soberbia espanta á cuantos se le acercan.

Es, en fin, el orgulloso un ente indefinible, un ser que desea y desprecia simultáneamente, que á un mismo tiempo quiere atraer y repeler, y que quisiera á la vez verse jefe de un gran mundo, con tal de que el mundo apareciese muerto bajo sus piés: no es el orgullo más que el principio disolvente y maldito lanzado entre los hombres por el *Génio del mal* desde las cavernas del pecado.

Pero si el hombre orgulloso no vé en los demás un semejante suyo, y obra siempre en armonía en tal concepto, no vaya á creerse que los niños predispuestos á tan reprochable vicio, llegan á poseerlo con la misma intensidad que aquel, ni manifiestan tendencias en iguales formas.

Sin embargo, bien á las claras dejan comprender frecuentemente lo mucho que simpatizan con la mencionada propension pecaminosa; y así como en el hombre orgulloso se vé el vicio en el pleno goce de sus peculiares propiedades, así también en el niño se vé la propension como ensayándose para lo sucesivo.

En efecto: Un niño orgulloso oye siempre con marcadas muestras de desdeñosa presunción las advertencias que se le hacen.

Cuando se le corrige ó contradice, ó prorumpe en expresiones que manifiestan su soberbia, ó mira de un modo amenazante á la persona contra quien no puede volverse.

Cuando toma parte en los juegos de los demás niños, que no lo hace con mucha frecuencia, siempre quiere dirigir ó desempeñar papeles de mando.

Si por alguno vé contrariados sus propósitos, en el caso de no serle fácil vengarse de aquel, se venga con los niños más pequeños ó más débiles.

No consiente sentarse entre otros niños que sean pobres, es bien huye y se aparta de ellos pretestando que van *súcios*.

Jamás le vereis beber con el vaso en que haya bebido otro: si á ello se le obliga, aparenta hacerlo burlando la vigilancia de quien le observa; y si la sed le acosa, procura beber antes que ninguno.

Observa las diversiones de sus compañeros con cierta risita burlona, y á duras penas toma parte en ellas.

Nunca, aunque lo desee, toma el alimento con que pueden brindarle los niños; y si á ello le obliga la necesidad, lo hace á hurtadillas y como avergonzándose de lo que él considera una verdadera humillacion.

En una palabra: observad bien los actos de un niño orgulloso, y en todos encontraréis pruebas evidentes de esa conviccion que posee en virtud de la cual no hay para él otro ser más merecedor de la consideracion, servicios y atenciones de sus semejantes.

Varias son las causas que influyen de un modo más ó ménos directo para que la propension hácia el orgullo se apodere del corazon infantil en una edad muy tierna todavía.

El elemento bilioso predispone á ello, y no es extraño observarlo en todos ó en la mayor parte de los niños soberbios; si bien muchas veces aquel, combinado con el predominio nervioso, suele ser el temperamento que más abunda entre los niños dados á tal vicio.

Muchas veces depende este de la serie no interrumpida de impresiones, ideas y consejos que constituyen la atmósfera de la familia.

Allí donde el lujo, la ostentacion, la magnificencia y el despotismo se hallan erigidos en leyes del hogar doméstico, no se crian por regla general niños humildes, atentos y prudentes.

Y muchas veces, así los padres como los maestros, queriendo excitar en la niñez el sentimiento de la propia dignidad y de la estimacion propia, hácenla orgullosa y exigente, ó bien alabando sus acciones más de lo que justamente merecen, ó bien estimulándola demasiado, ó bien

proporcionándola ocasiones, en las cuales adquiriera lauros prematuros para ella y recabe, siquiera de un modo indirecto, cierta gloria en favor de las personas que la dirigen (1).

Es preciso mucha prudencia para ir combatiendo paulatinamente las propensiones hácia la vanidad y orgullo.

Combatiendo la vanidad, se puede hacer germinar la negligencia; y queriendo destruir los gérmenes del orgullo podemos avivar los de la ira y la soberbia.

Despreciad prudentemente los actos de tonta vanidad que advirtais en vuestros hijos ó discípulos; pero cuidad de no lastimar con vuestro desprecio su amor propio.

Un gesto despreciativo es, casi siempre, bastante para hacer comprender al vanidoso, que sus presuntuosos actos en vez de ser meritorios á nuestra consideracion, constituyen una verdadera tontería.

Todo lo que no sea un gesto, una espresion ó una sonrisa con la cual manifestemos nuestro desagrado, y mejor que nuestro desagrado, nuestra compasion, suele ser excesivo como correccion de las inclinaciones á la vanidad.

Ridiculizar de una manera ostensible al niño que las posee, produce malos resultados; pues, como hemos indicado poco ha, se consigue por tal medio, ó matar el amor propio, ó abrir el camino del orgullo.

Este no se corrige fácilmente, ni en poco tiempo. Como su existencia lleva consigo la falta de virtudes esencialísimas, es preciso sembrar estas á medida que se combata aquel.

Explíquense clara, distinta é intencionadamente las ideas referentes á los vínculos fraternales que unen entre sí á todos los individuos de la especie humana.

---

(1) Nos referimos á ese prurito que manifiestan muchos padres por que sus hijos reciban aplausos por el buen desempeño de su papel en una comedia; á ese afan con que muchos maestros enseñan discursos y poesías para que en un acto público las reciten sus discípulos; y á otros hechos semejantes.

Hágase ver esa natural igualdad que resalta en nosotros todos, considerando nuestro origen, nuestra composición y nuestro fin.

Búsqüense ocasiones oportunas para hacer sensibles los encantadores efectos de la caridad evangélica. Nárrense entre otros hechos, los referentes á la vida de Nuestro Señor Jesucristo, ejemplo vivo de humildad, de mansedumbre y de paciencia,

Opónganse virtudes prácticas á todos los actos en que se manifieste más ó ménos ostensiblemente el orgullo,

Jamás demos nosotros pruebas de que nos vemos dominados por este vicio: antes, al contrario, debemos proceder siempre apartándonos de la ira, de la cólera, de la soberbia y de todos cuantos defectos emanan necesariamente del vicio á cuya extirpación se dirigen nuestros desvelos.

Y si á todo esto unimos la aplicación de castigos prudentemente impuestos al niño que delinca, y por medio de cuentos morales ratificamos las ideas expuestas en las historietas, y presentamos la virtud de la humildad con todos sus atractivos; ya que no desarraigamos por completo la vanidad y el orgullo, impediremos así el progresivo desarrollo que en el corazón del niño adquirirían aquellas inclinaciones pecaminosas, si á sí mismas se las abandonára.

No faltarán al educador recursos con que atender á la necesidad de las narraciones indicadas.

La soberbia precipitó á Luzbel en los abismos, y por efecto del mismo pecado faltaron Adán y Eva al precepto que Dios les impusiera.

Dios castigó el orgullo en los que, como desafiando su poder divino, pretendieron edificar la ciudad y torre de Babel; y á los muchísimos casos que nos presenta la Sagrada Escritura para enseñarnos que Dios siempre ha humillado á los soberbios, puede el maestro agregar la exposición de cuentos morales de condiciones semejantes á los que hemos narrado en las lecciones anteriores, y que suprimiremos ya en las sucesivas.

## LECCION XXI.

### De la crueldad.

*Sumario.*—Qué es la crueldad.—Qué hechos demuestran la existencia de la nombrada propension en los niños.—Causas que suelen dar vida y aliento al vicio de la inhumanidad.—Medios directos de desarraigar este vicio.—Una advertencia.

La crueldad es un vicio que consiste en hallarse el individuo predispuesto, no solo á causar daño á los demás, sino á gozarse en su obra.

No puede concebirse tan degradante vicio, sino en aquellos seres desposeidos de todo sentimiento noble y generoso, y cuyo corazon, falto de principios religiosos y morales, haya sido modelado entre la perversidad y la fiereza.

Puede el hombre ser cruel, ya haciendo el mal material por sí mismo, ya gozando en ver cómo se hace ó cómo se padece. Y puede serlo tambien, ya motivando el mal moral, ya sintiendo una diabólica satisfaccion al contemplar víctima de aquel á un semejante suyo.

Sin duda será para muchos imposible el creer que haya niños dominados por una propension tal; pero la general experiencia demostrará á todos que no es durante la infancia, ni durante la niñez cuando ménos simpatías se acarician para con el vicio de que hablamos.

Y es que durante la edad primera, como el hombre es forastero en el mundo moral; y no ha, por tanto, recogido aun los lazos fraternales que para unirse á él hánle tendido generosamente los demás, se considera aislado, y no rinde culto sino á su egoismo, y no le mueven á compasion sino sus propios padecimientos y miserias.

¿Puede haber hombres crueles sintiendo en su pecho el santo fuego de la caridad? ¿Puede haberlos entre los que se hallen íntimamente convencidos de que la humanidad entera es una gran familia creada por Dios, redimida por

Jesucristo, y estrechada en derredor de su celeste padre por los indisolubles vínculos de la fraternidad?

Hé aquí por qué hemos dicho que la crueldad puede existir solamente allí donde falte todo sentimiento noble y generoso; y hé aquí la razón por la cual halla fácilmente acogida en el hombre durante sus primeros años, pues por una parte encuentra un corazón vacío que la aloja, y por otra parte existe un inocente egoísmo que la llama.

No se crea que los niños son crueles en el mismo grado que los hombres pueden serlo; ni sus fuerzas materiales, ni sus disposiciones morales les prestan habilidad suficiente para ello.

A pesar de esto, obsérvanse en la infancia hechos tan característicos de que se halla predispuesta á la crueldad; vésele gozar de un modo tan claro, no solamente en el mal ajeno, sino también en la práctica del mismo mal, que se hace de todo punto necesario estudiar sus inclinaciones sobre esta particularidad moral, inclinaciones que podrían llegar á convertirse en uno de los vicios más degradantes que forman el inmundo patrimonio de las almas degradadas y corrompidas.

Si observais vuestros discípulos cuando ellos se consideran libres de vuestra vigilancia, vereis con qué placer se dedican á hacer mal á los demás, sin considerar siquiera que en ello se propasan, ántes bien creyendo que los actos de tal naturaleza constituyen una sencilla diversion, n ligero y agradable pasatiempo.

Dando á entender que se les ha inferido algun agravio por parte del niño con quien se ensañan los predispuestos á la crueldad, le abofetean sin compasion, le muerden sin miramiento alguno, ó simulan esto mismo con muestras evidentes de placer; y cuando pueden ocultar tales diversiones á la vista de la persona que les vijila, suelen arrancar sin piedad el cabello de sus elegidos víctimas, arañarles, pellizcarles, hincarles el codo en el pecho, y practicar, en fin, otros actos que patentizan el gozo con que se

entregan á hacer padecer á los que por tantos títulos debían mirar y tratar de un modo deferente.

Colocad un inocente niño junto á otro de inclinaciones inhumanas, y vereis cómo este, so pretexto de que va á arreglarle la corbata (por ejemplo) se la aprieta como queriendo ahorcarle.

Si hay alguno á quien se le mueva un diente, vereis cómo algun otro trata de sacárselo con ínfulas de dentista, y en sus aires, y en su afan, y en todo conoceréis que ni siquiera presume el daño que puede causar á su compañero.

Observad los juegos á que los niños se entregan con particular afición simulando batallas y otros actos militares; mirad si cogen algun prisionero; ved si se finge el acto de fusilarle ó decapitarle, y aquel que con mayor gusto se constituye en cabeza de los victoriosos, y ordena, y lleva á cabo la farsa de tan singulares hazañas, aquel se halla dispuesto á realizarlas si para ello concurren circunstancias oportunas.

Hay niños tambien que, segun las escenas que han podido presenciar, y las conversaciones que han podido oír, se presten gustosísimos á representar los actos de un verdadero matarife; y cogen á otro de sus compañeros (que suele ser más tonto ó más humilde que ellos) y le maniatan, y le extienden, y le sujetan, y aparentan degollarle sin otro cuchillo que el dedo índice. Todo esto parece nada; pero observad bien la conducta y sentimientos de los autores de tales escenas, y vereis cuan duros de corazón se muestran, y cuán poco dispuestos se hallan á las prácticas caritativas.

Lo que hasta aquí llevamos expuesto, puede observarse directamente en los niños propensos á la crueldad, y dentro del recinto de la misma escuela; pues fuera de esta presentan señales más características de su vituperable inclinación.

En efecto: cuando los niños de que hablamos están en

circunstancias de poder hacerlo, se les vé maltratar cruelmente á los animales indefensos, y aun á los que pueden causar daño.

Estiran las orejas al gato manso y semidormido.

Arman pedreas contra los perros callejeros.

Sin piedad arrancan las patas ó las alas de los insectos.

Pinchan y apalean á los caballos y demás animales domésticos.

Diviértense en ver cómo se quema la loca mariposa; en ver cómo se lamenta el triste pajarillo; en ver cómo salta y se abrasa el desgraciado animal que tiran sin compasion al fuego; en describir la horrenda figura de una ave á la cual han desplumado viva; y en contar la horrible agonía de algun otro animal muerto lentamente por ellos.

Quizá parezcan estos hechos impropios de los niños, pero no solamente los practican, sino que en muchas ocasiones llevan aquellos sus crueles propensiones hasta el punto de querer ejercitarlas contra animales muertos y contra otros seres inanimados: testigo de nuestra asercion será la observacion de los actos infantiles sobre el particular, en niños de distintas edades y clases diferentes.

Nótase que las niñas, por regla general, no poseen inclinaciones de este género; pues, si bien en ciertos casos las hemos visto marcadas en los actos de algunas (y con mayor refinamiento que en los niños) solo ha sucedido en aquellas discípulas de génio irascible, de temperamento escesivamente nervioso y de no muy buenos antecedentes en la educacion que recibian en el hogar doméstico.

Ahora bien: ¿qué causas pueden dar vida y aliento á las propensiones crueles, durante una edad tan temprana?

El haberlas nosotros observado en los niños, segun su temperamento, sus sentimientos religiosos, la atmósfera moral que han respirado en el hogar doméstico, el sistema de educacion con el cual se ha pretendido dirigir sus primeros impulsos morales, y el ejemplo que han podido observar en las personas que con mayor frecuencia trata-

ban; el haber observado (repetimos) las mencionadas propensiones casi en todos los niños que respecto á las enumeradas circunstancias se hallaban en un estado semejante, nos hace presumir que, esceptuando los motivos á cuyo conocimiento no hemos podido llegar, influyen muy mucho los anteriormente citados sobre la existencia ó no existencia del vicio que nos ocupa.

Rara vez deja de predominar el elemento bilioso en el niño halagado por instintos crueles, irascibles y vengativos; y si bien es cierto que los primeros son una consecuencia necesaria de la existencia de los últimos; y estos los suelen considerar justos aquellos individuos en quienes domina el elemento nervioso y no han logrado modificar sus instintos naturales bajo la influencia de una saludable y conciliadora educacion; si bien es cierto esto, obsérvese, por regla general, que allí hay más predisposicion á lo inhumano, donde mayor influjo ejerce el temperamento bilioso.

Sucede, sin embargo, que tan malhadada propension es hija del vacío religioso dentro del cual giran las inclinaciones del individuo. Dejando la voluntad de este á merced de un egoismo semisalvaje; no sembrando en su corazon el sentimiento religioso que predispone á adorar á Dios, á obedecer sus santas leyes, á militar bajo la bandera de Jesucristo, á imitar en lo posible su caridad sublime, á considerar un hermano en cada persona, y á ver en cada uno de los demás seres otras tantas maravillas del Eterno, creadas en beneficio nuestro, sí, pero de ningun modo para sacrificarlas á nuestro antojo, ni para hacer de ellas un uso imprudente; dejando, en fin, la moralidad del individuo sin más autoridad que sus pasiones, y sin más norma que su capricho, claro está que entre otras propensiones pecaminosas ha de germinar la de la crueldad, pues cuando el sentimiento religioso no impera, y cuando la conciencia permanece muda y deja de sostener los santos fueros de la justicia, han de existir necesariamente todas

las inclinaciones que tienen su origen en el egoísmo.

Y no se crea que la educacion arranca de raiz los gérmenes de la crueldad donde quiera que se hallen ; pues, aparte de que creemos que la educacion no lo puede todo, quedando sus efectos reducidos á paliativos saludables en muchísimos casos , puede suceder que esa misma educacion aliente los instintos crueles que existen en la infancia , si en vez de dulcificar su naciente sensibilidad , se la hace respirar la atmósfera del terror y de la aspereza.

Esto sucede al pretender corregir los defectos y sembrar en el corazon de la niñez la aversion hácia el vicio, poniendo en práctica el sistema *terrorista*, y usando por consiguiente medios que paulatina é inadvertidamente endurecen los tiernos corazones infantiles. Meditese bien sobre lo que respecto al particular expusimos en la leccion tercera de este tomo, y se podrá conocer con muy poco trabajo la verdad de lo que acabamos de exponer.

No influye ménos en el ánimo de los niños el ejemplo que observan en el hogar doméstico. Aparte de que hay oficios que , bien observados por aquellos , sirven para acostumbrarles á ciertas emociones reñidas con la dulzura y apacible sensibilidad ( aunque en esto hemos observado muchas escepciones, motivadas, sin embargo, casi siempre por la exquisita prudencia nacida de un verdadero celo paternal); hay que convenir en que con frecuencia se procede de una manera descuidada y asaz vituperable por los que tienen en su rededor esas criaturas inocentes, dispuestas á copiar con perfeccion suma los modelos que se les presenten.

Se ha cometido un homicidio , por ejemplo , ó se ha hecho la autopsia de un cadáver; y el modo de haber perpetrado aquel , y el procedimiento seguido en esta , se cuentan delante de los niños, y á veces haciendo alarde de valor, con lo cual no se consigue otra cosa que embotar poco á poco la sensibilidad moral. Si se ha de matar un animal doméstico , allí están los niños celebrando con al-

borozo el acontecimiento; si se describen violencias y desgracias, oyéndolas se hallan aquellos con cierto temor que va desapareciendo á medida que se acostumbran á tales descripciones; si se citan actos de valor, y se ensalza la serenidad con que estas ú otras personas han cometido atrocidades, y se admira la sangre fria con que uno ú otro ha saciado sus deseos de venganza, ó la presencia de ánimo con que ha vencido peligros eminentes haciendo derramar sangre; si todo se admira y se ensalza, no se procura que los hijos permanezcan estraños á semejante género de impresiones. Esto, que á veces se hace con la deliberada intencion de hacer fuertes y valerosos á los niños, produce un muy diferente resultado; pues no creemos que el valor consista en familiarizarse con las ideas de matanza y esterminio, que es en lo que piensan cifrarlo muchos de los que son tenidos por hombres de honor y que se apellidan caballeros.

Por otra parte, se observa que muchos padres tratan á sus hijos más que con severidad, de una manera cruel: ni en sus mandatos, que revelan un caprichoso despotismo; ni en sus palabras, que respiran la ira con que las pronuncian; ni en sus castigos, que prueban la existencia de un empedernido corazon; ni en su conducta, que manifiesta la falta de todo sentimiento compasivo para consolar al triste, y de toda tendencia generosa para socorrer al necesitado; en nada, en nada presentan tales padres un buen modelo á sus queridos hijos, los cuales si no son más crueles que aquellos, suelen siempre resentirse, al ménos, del mismo defecto que domina á la persona en cuya compañía han pasado los primeros años de su infancia.

Cuando se permanece indiferente á los motivados lloros de los niños, enséñaseles á ser indiferentes para con los que se ven afligidos: cuando no se les compadece ni se les mima, enséñaseles á ser huraños y duros para con sus semejantes: cuando con sardónica sonrisa se les contempla y no se les atiende en sus necesidades, aparentando gozar

al ver sus padecimientos (por insignificantes que sean), se les enseña á gozarse tambien en el mal y en la desgracia del prójimo. Y como todo esto sucede, y como hasta hay muchas personas que llevan á un extremo increíble su crueldad para con las criaturas, por esto hemos asegurado que las propensiones inhumanas que existen en algunos niños son alentadas con frecuencia por el poco edificante ejemplo de las personas que constantemente les rodean.

Expuestas, si bien ligeramente, algunas de las principales causas que ó dan vida, ó fomentan las inclinaciones hácia el vicio de que venimos hablando, nos ocuparemos ahora en trazar á los educadores la senda que deben seguir para extirpar aquel donde quiera que se halle arraigado ó para contener, al menos, su progresivo desarrollo.

Conviene, en primer lugar, aminorar la influencia que en determinados casos puede ejercer sobre el niño el predominio del elemento bilioso en su temperamento, siguiendo sobre el particular los consejos que pueden deducirse sin esfuerzo, de cuanto dijimos en la leccion treinta del tomo primero.

Pero como esto no es muy hacedero para los maestros, y aun para los padres presenta dificultades á veces invencibles, hay que apelar á otros medios cuya eficacia y cuya realizacion solamente dependen de la voluntad del preceptor.

Evítense, pues, las causas que como á gérmenes ó incentivos de la crueldad hemos señalado; corrijanse todas las propensiones egoistas ú opuestas á la caridad cristiana, no por medios terroríficos, que frecuentemente producen efectos contrarios á los que se pretende hacer sentir, sino oponiendo siempre al vicio la virtud para que sea amada, fin que no se consigue con solo poner de relieve la fealdad de aquel, y sus infaustas consecuencias.

Sed siempre compasivos no solamente de palabra, sino tambien de obra.

Casos habrá, y muchos, en que vuestra rectitud os obli-

gará á imponer castigos, que, por muy sencillos que sean y por muy justamente que los impongais, harán siempre padecer moralmente á vuestros educandos; y si á los sufrimientos de estos correspondéis con frialdad é indiferencia, probareis que sois crueles, y no se perderá en el vacío vuestra enseñanza práctica.

Nunca os goceis en los lloros de los niños castigados, cuando conozcais que el desconsuelo es consecuencia de que sufren y se arrepienten.

Jamás os ensañéis al castigarles, pues tened entendido que con el ensañamiento sembrareis la malevolencia, la ira, y los propósitos de la venganza, y trasplantareis al corazón de vuestras víctimas el vicio de que haceis alarde.

¿Cómo conseguireis endulzar y suavizar la sensibilidad de la infancia, si en vez de contemplarla y de acallar sus motivados lloros, no solo la desamparais, sino que, invitando á los que con ella se muestran siempre indiferentes, os mofais de sus gemidos y escarneceis sus sollozos?

¿Cómo conseguireis que se conduela de los padecimientos ajenos y que se muestre dispuesta á remediarlos, si con la palmeta ó con el látigo en la mano pregonais que la crueldad se halla personificada en vosotros mismos?

No debe haber para vosotros falta alguna, que escape á vuestra misericordia y á vuestros sentimientos compasivos; y obraríais muy mal si, queriendo aparentar una justicia ríjida para quien, como los niños, faltara más veces por inexperiencia que con intencion deliberada, os revistierais de esa coraza, impenetrable á todo impulso generoso, que muchas veces cubre un corazón sanguinario con apariencias de recto y justiciero.

Cuando haya ocasion de observar ó de reflexionar sobre algun hecho inhumano, que muchas veces la hay, (1)

(1) Tal sucede cuando nos proponemos narrar alguno de los hechos históricos en los cuales figuran muertes, y otra clase de sucesos violentos.

mostraos tristemente afectados y exteriormente conmovidos por el horror y desprecio que á un tiempo mismo inspiran los sucesos opuestos á todo sentimiento de dulzura.

Si habláis con indiferencia sobre acciones crueles; si con indiferencia veis cómo los niños se maltratan; y si os mostráis sordos á sus lamentos y motivadas exigencias; aun cuando todo esto lo hagáis involuntariamente, aun cuando procedáis así porque vuestras habituales é importantísimas ocupaciones absorban toda vuestra atencion, pasaréis por plaza de crueles y como tales seréis juzgados. Que nunca dejeis de observar, pues, para dirigir vuestros tutelares cuidados allí donde se hagan necesarios.

Inútil, sin embargo, y ya que no inútil cuando ménos de muy poco efecto seria el evitar las causas que siembran los gérmenes de la inhumanidad, si al mismo tiempo no se procurase solidar las bases sobre que deben descansar los sentimientos caritativos.

La religion nos presta para esto sus principios; la moral viene en nuestra ayuda, y hasta la instruccion profana nos dá su apoyo para que logremos moldear el corazon del niño en el sentimiento de lo generoso y caritativo.

Tratad de llevar al ánimo de vuestros discípulos esa idea de la fraternidad universal, idea, mitad conviccion y mitad sentimiento, que nos hace ver en cada semejante un verdadero hermano.

Dispertad el criterio moral del educando para que considere verdades axiomáticas las que constituyen esos principios del derecho natural, principios innatos en el hombre, pero que se hallan durante los primeros años cubiertos con el velo de la irreflexion y de la ignorancia. «No hagas á otro lo que no quieras que hagan contigo» es frase que encierra un curso completo de moral, es frase cuya interpretacion se presta fácilmente á la corta comprension del niño, y cuya aplicacion puede hacerse para que por sí mismo pueda este condenar los actos que en perjuicio de sus semejantes ejecute.

Haced que vuestros discípulos se convenzan de que los demás poseen una sensibilidad semejante á la que poseen ellos; que gozan con lo agradable y que padecen con lo desagradable; que gustan del bien y que repudian el mal: **haced, en fin, que vuestros discípulos se convenzan, de que los seres animados que les rodean no son, como se figuran, piezas de carne insensible y dispuesta en formas varias y caprichosas, y todo esto contribuirá á asegurar el buen éxito de vuestras tareas en el asunto de que nos ocupamos.**

**Ensalzad, premiad y prodigad distinciones honrosas al niño que se conduzca siempre segun las prescripciones de la caridad; alentadle para que prosiga acariciando dulces y tiernos sentimientos; separad por via de castigo á quien en sus actos revele aunque solo sea indiferencia con los padecimientos ajenos; describid ante vuestros discípulos, valiéndoos al efecto de cuentos morales ó historietas, hechos de ternura, de compasion, de amor entrañable y de cariñoso celo en favor de otros seres; y seguros podreis estar con esto de haber cumplido así, vuestra noble mision de educadores.**

Una advertencia es preciso hacer, ántes de dar por terminada esta leccion. Ni para corregir el defecto de que hablamos, ni para corregir ningun otro, es conveniente que quien educa caiga en la monomania pedagógica. Esto podria dar, y los dá, resultados poco satisfactorios, y, mas aun, los daria malos en realidad.

Es preciso que no hagais consistir la buena educacion en la práctica de alguna ó algunas virtudes; pues ya creemos haber indicado en otro lugar, que por defecto y por exceso de aquellas pueden los vicios existir, y existen en el primer concepto cuando el educador se muestra indiferente, de la misma manera que se consigue tambien darles cabida traspasando los límites de lo prudente en los medios de que se haga uso para sembrar los gérmenes de la virtud.

¿Quién duda que con el laudable fin de dulcificar los sentimientos en la infancia, y de morigerar sus impulsos, puede convertírsela en pusilánime y excesivamente sensible?

¿Quién duda que la pusilanimidad moral enerva al individuo, haciéndole vivir una vida raquítica y enferma?

¿Quién duda que la fortaleza, como una de las virtudes cardinales, sostiene el edificio de la moralidad humana, ora afianzándole para que no sea arrastrado por los desordenados vendabales del egoísmo, ora robusteciendo, solidando, y dando conexión á sus partes constituyentes para librarlas del moho y de las filtraciones de esa pusilanimidad que, como las filtraciones ocasionadas por la lluvia, va desmoronando paulatinamente la existencia moral del individuo?

No debéis acrecentar las crueles propensiones; pero tampoco habéis de ir en busca de esas sensibilidades qui-jotescas, de esos caracteres sobradamente impresionables, cuyos poseedores desconocen el *vator*, la *fortaleza* de ánimo, esa fortaleza—virtud que colocó al hombre en disposición de sufrir resignado los reveses de la fortuna, por lo ménos.

Tan viciosa sobre el particular creemos la educacion de un hombre que no se atreve á matar un pichon cuando la necesidad le pone en aquel caso, como la del que goza y se entretiene en desplumarle vivo ó en prolongar su agonía.

## LECCION XXII.

**De la venganza.**

*Sumario.*—Cómo se presenta en los niños el vicio de la venganza.—Qué causas mediatas ó inmediatas influyen sobre el mencionado vicio.—Qué causas le fomentan.—Conducta que debe seguirse para combatir los impulsos de venganza.—Una advertencia.

Si ningun vicio ha echado hondas raices en el corazon de la infancia, la cual, mejor que vicios alimenta simpatías hácia unos ú otros, el de la venganza las ha echado mucho ménos.

Vénganse los niños; gozan, siquiera momentáneamente, tomando satisfaccion de los agravios que reciben, y pocas veces consideran como virtud el ejercicio del perdon y la indulgencia.

Pero aun siendo esto cierto, ninguno que haya observado detenidamente las costumbres de la infancia, habrá dejado de conocer que los niños olvidan con facilidad suma los agravios recibidos, y que únicamente se resisten á perdonar, ó cuando se les demanda el perdon, ó cuando todavía se ven atormentados por las desagradables impresiones que les incitan á vengarse.

Hay, en efecto, niños que reciben un agravio; inmediatamente toman satisfaccion ó quieren tomarla; devolviendo mal por mal; pero si ántes de realizar sus propósitos y sus dominantes deseos se separan los contendientes, rara vez dejan de apaciguarse, de olvidar sus mútuos resentimientos y de tratarse despues tan amigablemente como si nada hubiera sucedido entre ellos.

El acto de la venganza es una realidad en los niños, pero olvidando estos los agravios con tal facilidad, y no existiendo, por otra parte, la premeditacion ni la conciencia de los hechos, sino en casos muy especiales, habremos de afirmar que, aun practicando el vicio, no podemos asegu-

rar que la infancia sea vengativa, y sí solamente, que algunos de sus individuos ejecutan con mayor ó menor frecuencia hechos tales, que de no ser reprimidos, llevarian á sus autores á la posesion del vicio.

La última de estas consideraciones nos obliga á no mirar de un modo indiferente la propension de que hablamos. Ya sabemos que el hombre durante los primeros años de su vida se ensaya en la práctica del mal. Si nunca concluyesen sus ensayos, aun cuando cometiese males, sería fácil corregir en cualquier ocasion los motivos que los produjeran; pero como del ensayo se pasa gradual y sucesivamente á la realidad, y de la impericia á la maestría, de aquí la necesidad de interrumpir al niño cuando todavía se halla en el período de su aprendizaje para evitar que se nos presente más tarde como vicioso consumado y diestro, en cuyo caso ya es difícil, si no imposible, corregirle y hacerle abandonar sus añejas y acariciadas costumbres.

Para proceder con prudencia y tino en la direccion de los primeros impulsos del niño es necesario conocerle; y de aquí que ántes de aconsejar la manera de conducirle insensiblemente por el camino de la paciencia, de la resignacion y de la misericordia, sea preciso hacer notar las causas que de un modo mediato ó inmediato dan vida á esas propensiones de venganza que con tanta frecuencia se observan en él. Así podrán evitarse ciertos escollos por parte del educador; así podrán evitarse ciertos hechos que más ó ménos directamente alientan el mencionado vicio, y esto constituiría desde luego una enseñanza para los padres y maestros.

¿A qué puede atribuirse el que los niños sean de hecho vengativos durante los primeros años de su vida?

El derecho de justa defensa es un principio innato en el hombre; pero así como este puede distinguir perfectamente los peligros que le rodean, y por consiguiente aplicar con justicia ese derecho que Dios ha grabado en

su sentimiento, que hasta tratándose de seres irracionales tiene su semejanza en el instinto de conservacion; así como en el hombre existe discernimiento suficiente para saber cómo, cuándo y de qué manera debe defenderse, en los niños falta esa reflexion, y, por tanto, el sano criterio con que pueden hacer un prudente uso del derecho de que se hallan investidos para no ser atacados por ninguno.

Faltándoles la reflexion, y no habiendo suficiente discernimiento para defenderse segun prescriben las reglas de la prudencia, quédales tan solo el sentimiento de defender su personalidad y todos cuantos derechos creen corresponderles. Una vez vistos por ellos en peligro, piensan que la amenaza es general, constante, sin excepcion ni tregua, y al verse amenazados, consideran que el único y primer medio de contener las agresiones fundadas ó imotivadas, verdaderas ó falsas de que son objeto, es el repeler la fuerza con la fuerza.

Hé aquí porqué un niño á quien se le ha arañado, (supongámoslo así), quiere arañar; por qué si se le castiga se irrita; por qué si se le defrauda busca satisfaccion; y porqué no hay ocasion alguna en que deje de probar más ó ménos desagrado sobre todo lo que se opone á lo que él considera sus derechos é inmunidades, desagrado que si no es vengado inmediatamente consiste en que aquel teme, en que le falta poder bastante para hacerlo, ó en que se le priva la ocasion de ejecutarlo.

La irreflexion, pues, y la existencia de ese innato sentimiento por el cual se muestra el hombre siempre dispuesto á contrarrestar directa ó indirectamente toda fuerza agresiva que ponga en peligro sus derechos justos ó injustos, vienen en primer término á ser causas que inducen á los actos de venganza la naciente voluntad de la niñez.

Obsérvase, sin embargo, que en todos los individuos no se presenta con igual fuerza la citada propension; y estas diferencias consisten en las que tambien existen entre

otras circunstancias físicas y morales que ejercen su influjo sobre la moralidad y las costumbres.

Un niño bilioso ó nervioso se hallará más dispuesto á ser vengativo, que otro en quien predomine el sistema sanguíneo ó el linfático.

Aquellos elementos aumentan la intensidad de las sensaciones que se reciben, y el primero de ellos, predisponiendo á la malevolencia y á la ira, dá á aquellas siempre cierto carácter de aspereza.

Tales motivos hallamos para que con tanta frecuencia se repita el hecho, que ya dejamos apuntado, de que en la existencia de los instintos vengativos influye mucho el predominio excesivo de los elementos bilioso y nervioso.

No influyen ménos los sentimientos que tienden á cortar esos vínculos de fraternidad con que deben unirse entre si los hombres todos, por razon de su propia naturaleza.

El orgullo, la vanidad, y hasta el sentimiento de una justicia rigorista sin un átomo de generosa compasion, lo mismo que la ignorancia de todas las nociones de justicia, suelen inducir á la venganza.

Rara vez vereis niños orgullosos que no se consideren suficientemente autorizados para ser en sus contiendas juez y parte, y castigar por sí mismos los agravios que reciben ó creen recibir.

Pocas veces el vanidoso y presumido deja de poseer un criterio asaz vidrioso y susceptible para juzgar los hechos que en contra suya se ejecutan; y esto tambien le mueve, no solo á ver delito ó falta, aun cuando en realidad no lo haya, sino tambien á considerar los castigos siempre pequeños en razon á las causas porque se aplican.

La justicia que llega á sentirse en virtud de los consejos de una conciencia escrupulosamente rígida, no se halla dispuesta á entrar con facilidad en las vias del perdón y de la misericordia; y aquel sentimiento que tiene su asiento en el corazón del niño escesivamente nervioso (por

lo regular) que se vivifica por una educacion sobradamente analítica y que se solida por el ejemplo de quien con los niños no usa jamás de la consideracion y de la prudente indulgencia, excita y hace que se aprecien como justas las inclinaciones hácia el vicio de la venganza. Origen de esta, y origen segurísimo, es el ejemplo de los educadores, y hasta los increíbles consejos con que muchos padres emponzoñan el alma de sus queridos hijos.

Personas hay que, al ver como un niño venga las ofensas que haya podido recibir, se complacen. ¿No habeis visto en las calles ciertos corrillos en donde se dá el espectáculo, triste y muy triste, de que una porcion de hombres se divierten al ver cómo dos ó más niños riñen y se lastiman? Allí veis, pues, muchas veces erigida la venganza en placentero espectáculo.

¿No habeis visto excitar á la venganza los tímidos impulsos de la niñez con espresiones capaces de envalentonar á los espíritus más pacíficos? En esto vereis el vicio no solamente consentido, sino enseñado.

Y si con dichos mezclados de sonrisa, veis muchas veces sembrar en el ánimo infantil las ideas vengativas por personas extrañas á los niños, esto mismo se observa de una manera formal ó interesadamente *celosa*, cuando aquellos se hallan íntimamente ligados á sus *leales consejeros*.

Muchos padres hemos visto demandar perdon por las faltas graves que sus hijos han cometido, siempre que de no obtener aquel podia sobrevenirles alguna mala consecuencia.

Pero... ¡terrible verdad! todavía no hemos visto uno siquiera que, al oír de los lábios de su hijo el propósito de vengar una ofensa, le haya disuadido, y procurado aplacar su enojo con las suaves palabras de olvido y de perdon.

Al contrario: cuando el niño no puede tomar satisfaccion, ya porque el ofendido consiente en resignarse, en-

tonces hacen el padre y la madre lo que su hijo no puede ó no desea hacer, y hasta aprovechan la ocasion para dar consejos generales á toda su familia, diciendo, por ejemplo: «nunca os dejeis pegar,» «el dia que vengais llorando sin haber hecho esto ú lo otro...»

¡ Magníficas lecciones para que la infancia crezca en sentimientos de caridad y de misericordia !

Esto mismo sucede aun ántes de que el niño tenga uso de razon : se pega contra una silla, cae haciéndose daño contra el suelo, llora porque un hermano suyo de mayor edad se le burla, ó se incomoda por cualquier motivo ; y veis que por acallarle, por accontentarle y porque no sufra, se golpea á la silla, y al suelo, y al hermano, y se grita, y se amenaza, y... Pero no necesitamos decir más sobre lo que todo el mundo observa, todo el mundo censura en otro, y todo el mundo lo practica, sin embargo de conocer todos que así se constituyen en verdaderos maestros de la venganza.

Este modo de proceder origina el vicio donde no existe todavía, y le fomenta allí donde ya existen los gérmenes de aquel.

Veamos ahora si á esto mismo pueden contribuir ciertos hechos, propios del padre y del maestro, y que constituyen una completa negacion de las doctrinas que pretenden inculcar á sus hijos y discípulos.

Cuando el maestro, inducido por una justa ira, castiga fuertemente á sus discípulos, dando pruebas evidentes del vicio que por aquel momento le domina, su irascibilidad, su deseo de castigar, el gusto aparentado en ello, y la sonrisa sardónica ó el rostro ferozmente encendido con que lo hace, son circunstancias que siembran la malevolencia en los niños. Y consecuencia de la malevolencia son los propósitos de venganza, que si no los realizan es por falta de facultades.

«Ya no vendré más á esta escuela.» «Mi padre le pegará á V.» «Se lo he de decir á mi padre.»

Estas son las espresiones en que suelen prorumpir los niños castigados de la manera que hemos indicado, y á tales espresiones (que ya revelan el deseo de vengar una ofensa) suelen acompañar frecuentemente algunos ademanes que no dejan duda alguna sobre la existencia de las propensiones de que hablamos, robustecidas y avivadas por un fuerte castigo, imprudente en su naturaleza y en la manera de aplicarlo.

Lo mismo que decimos de esa falta de conmiseracion con que algunos padres y maestros pretenden corregir los hechos pecaminosos de los niños, podemos decir respecto á esa poca prudencia con que en presencia de estos se proyectan venganzas, se goza en narrar las ya llevadas á cabo por motivos justos, se dan pruebas palpables de sentir el no haber podido llevar á efecto algun proyecto del mismo género, y se falta en fin, á los más santos principios de la caridad, ya sacando á plaza los defectos del prójimo y haciendo votos para que queden justamente vengados, ya tambien condenando la generosidad con que alguna persona ofendida ha perdonado los males que se le han ocasionado por otras.

Resumiendo, podemos afirmar : que no influye tanto sobre las propensiones de venganza existentes en los niños su instinto de conservacion y sus sentimientos de propia defensa, como el pernicioso ejemplo con que les alientan hácia el vicio las personas que jamás pronuncian ante la infancia una sola palabra de perdon.

¿ Ahora bien : qué conducta conviene observar para modificar las naturales inclinaciones de esta clase existentes en los niños, y no dar pábulo á que se recrudezcan sus instintos ?

Todo, ó casi todo lo que para esto podríamos apuntar, se deduce fácilmente de lo que hemos expuesto sobre los orígenes del vicio y las causas que le fomentan.

Sed los primeros en perdonar á vuestros hijos y á vuestros discípulos, dando á tales actos la importancia que se

merecen y la solemnidad con que deben revestirse siempre los hechos virtuosos que pueden influir ventajosamente en las costumbres de los demás.

Disminuid siempre, y con reflexiones al alcance de los educandos, la importancia de los males que reciban, á fin de que pierdan tambien de intensidad los impulsos vengativos á que dan siempre lugar las ofensas.

Jamás seais rígidos en la aplicacion de los castigos : no dejéis de castigar cuando así lo exija la santidad de la justicia ; pero aplicad siempre vuestra indulgencia alli donde una pequeña circunstancia os dé motivo para ello.

Nunca castigueis corporalmente á los niños, señalando un verdadero código para aplicar penas de esta clase, y usando un sistema constante de castigos que tengan por objeto hacer mal materialmente á los discípulos.

No aparentéis gozar cuando riñen ó se maltratan.

Y mucho ménos les exciteis á la venganza, ni les dirijais expresiones que les inciten á ello.

Ni bajo pretexto alguno por ventajoso ó útil que pueda pareceros, ejerzais en nombre de los niños el vicio de que venimos ocupándonos, ni en broma ni en sério trateis de acallar su llanto, ó de satisfacer sus deseos con proyectos de tal clase.

Ni negueis, finalmente, con vuestros hechos la bondad de vuestros consejos y de vuestras doctrinas.

Castigad, si, con prudencia las inclinaciones ó actos de venganza que se manifiesten de un modo ostensible.

Separad de los demás á los niños que incurren en tal falta.

Poned en ridículo su manera de proceder.

Hacedles ver cuánto os agrada el ver en otros una conducta enteramente distinta.

Premiad en estos casos al virtuoso, con lo cual castigareis doblemente al que incurrió en vuestro desagrado.

Aprovechad la oportunidad que os presenten los hechos para hacer sentir vivas simpatías hácia la generosidad, y hácia el perdón.

La historia de Nuestro Señor Jesucristo, especialmente en el período de su Pasión, presenta ejemplos sublimes que imitar. Vendido, abofeteado, escarnecido y ultrajado cruelmente, nunca prorumpió en una sola palabra contra sus enemigos. Azotado, coronado de espinas, y muerto en el más afrentoso suplicio, solamente se abrieron sus divinos labios para pronunciar aquellas palabras de perdón que serán siempre la admiración y encanto de todas las generaciones.

¿Abofetea un niño á otro niño? Presentad á Jesus en la casa de Caifás recibiendo bofetadas, insultos y puñadas de parte de sus enemigos, sin que una sola palabra se escape de los labios del manso y pacientísimo Cordero. (1)

¿Se vuelve un niño contra otro que le conduce á vuestra presencia para que le apliqueis un justo castigo? Recordadle la mansedumbre con que Jesus se dejó prender por los judíos en el huerto de Gethsemaní. (2)

¿Quieren vengar algunos el escarnio de que son objeto para otros de sus compañeros? Hacedles ver la paciencia con que Jesús sufrió la befa y el escarnio del pueblo judío. (3)

¿Uno de vuestros discípulos es herido por otro? Aplacad el justo enojo del primero, poniendo de relieve los crueles padecimientos de Jesus. (4)

Y no habrá motivo, en fin, que por razón de analogía ó

(1) «Entonces le escupieron en la cara, y le maltrataron á puñadas, y otros le dieron bofetadas en el rostro.» (Ev. S. Mateo, cap. XXVI. v. 67.)

(2) «... Os he dicho que yo soy: pues si me buscáis á mi, dejad ir á estos.» (Ev. S. Juan, cap. XVIII v. 8)... «Mete tu espada en la vaina. ¿El cáliz que me ha dado el Padre, no lo tengo de beber? (Id. id. v. 11.)

(3) «Y Herodes con sus soldados le despreció: y escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca.»... (Ev. S. Lucas, cap. XVIII. v. 11.)

(4) «Y le herian en la cabeza con una caña»... (Ev. S. Marcos, cap. XV. v. 19.) «Pilato pues tomó á Jesus, y azotole (lo mandó azotar)» (Ev. S. Juan, cap. XIX, v. 1.) «Y llevando su cruz á cuestas, salió para aquel lugar, que se llama Calvario»... «Y allí lo crucificaron»... (Ev. S. Juan, cap. XIX, vs. 17 y 18.)

semejanza no podais compararle con los que tuvo Jesus para haberse vuelto contra sus enemigos, á los cuales no dirigió más que palabras de dulzura, y por cuya suerte tanto se interesó cuando hasta para ellos demandaba perdón al Eterno Padre? (1)

Si por estos medios haceis ver un dia y otro dia á los niños cuán hermoso y digno de los buenos cristianos es sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo y el perdonar los agravios, y si con el mismo fin improvisais cuentos morales cuyos hechos sean verdaderos, ó verídicos, al menos; si en estos cuentos, como en todos los que apliqueis á la correccion de otros defectos, procurais retratar la vida moral de la infancia, huyendo de toda hipérbole que, no por producir mayores impresiones las produce más duraderas; si todo esto haceis con esa fé, con ese celo, con esa constancia y con ese cuidado propios de quien confia el porvenir de su fama al porvenir de los seres á quienes educa, estad seguros de que conseguireis grabar en el ánimo de vuestros educandos la memoria de vuestro carácter pacífico, suave y caritativo, imágen perenne de la sublime doctrina del Crucificado á quien siempre debemos imitar en todos los momentos de nuestra efímera existencia.

Apesar de todo esto, no podemos ménos de hacer aquí otra advertencia semejante á la que para concluir hicimos tambien en la leccion antecedente.

No solo existe en el hombre, sinó que debe existir, pues ello es causa de grandes virtudes, ese noble sentimiento que le pone en el caso de no transigir con nada ni por nadie cuando se trata de socavar el edificio de su honra que siempre ha de conservar íntegro é incólume.

Si, pues, esto es así, podríamos, quizá, imprudente é impensadamente traspasar los límites de la paciencia y

---

(1) «Padre: perdónalos: porque no saben lo que hacen.» (Ev. S. Lucas, cap. XXIII. v. 34.)

conducir el niño á los de una servil humillacion que embolara por completo su sensibilidad moral, que anulara los necesarios efectos del amor propio, y que condujera el individuo á ese extremo vicioso donde tantos caracteres se corrompen y cuya expresion tiene su fórmula vulgar en un «qué se me dá á mi.»

Para no incurrir, pues, en tal defecto, es absolutamente preciso hacer los educandos tan amantes de sus morales intereses, como indiferentes con los que se rozan con su material personalidad.

Es decir, que los educadores, aun cuando traten de que los niños se muestren dispuestos siempre á perdonar las ofensas recibidas, y hagan todo lo posible para conseguir que así lo hagan, nunca han de obligarles á que juzguen como de ningun valor especialmente las que hayan podido atacar su honra, su fama, su buen nombre.

Obrar de otra manera, seria sembrar un vicio queriendo disponer el ánimo en favor de la paciencia.

Sufrido debe ser el hombre; pero jamás indiferente é insensible.

## LECCION XXIII.

### De la Envidia.

*Sumario.*—Qué es la envidia.—Hechos que demuestran la existencia de la envidia en los niños —Orígen de este vicio, y causas que suelen fomentarle.—Medios de reprimir los efectos de la envidia.—Vicio que se debe evitar al tiempo de corregir las propensiones envidiosas.

Otra de las formas con que los hombres manifiestan hallarse dominados por ese monstruoso vicio que conocemos con el nombre de egoismo, es el defecto de la envidia, mal moral de cuya propension se avergüenza hasta el individuo mismo que le ha dado cabida en su corazon.

Es la envidia un vicio que consiste en padecer al considerar el bien ageno.

Y como esto es contrario á los principios generales de la caridad ; y como se halla en abierta oposicion hasta con los universalísimos del derecho natural que el hombre comprende sin esfuerzo alguno , nadie desea verse acusado de un vicio que , prueba la falta de todo sentimiento noble, y la ignorancia más supina de lo que se merece el prójimo y de lo que á sí mismo se debe el individuo.

He aquí por qué el envidioso nunca quiere saber que lo es ; he aquí por qué lo es sin querer serlo ; he aquí por qué oculta siempre tan vergonzosa propension bajo las mentidas apariencias de integridad y de justicia ; he aquí por qué , aun allí donde reconoce méritos bastantes para haberse conseguido el bien que envidia , lo encuentra, sin embargo , hasta inmerecido haciendo alarde de una imparcialidad suma ; y he aquí , en fin , por qué no encuentra jamás merecimientos que no puedan ser mayores, felicidad que no sea grande , ni adversidad ajena que no sea pequeña.

La envidia , que se presenta en el hombre de una manera hipócrita , y que se transparenta tanto ménos , cuanto mayor es la ilustracion de aquel , se deja conocer casi siempre en los niños ; y muy pocas veces pueden estos ocultarla á la fina y constante observacion de las personas que les tratan.

Así como en el hombre no reconoce el vicio de la envidia otros motivos que la superioridad real ó aparente con que los demás se presentan en sus condiciones de fortuna, sabiduría , títulos , glorias , y todo ese conjunto de circunstancias que dan fama ó bienestar á la persona que las posee ; así como en el hombre excita el sentimiento de la envidia todo aquello que en sociedad se considera de algun valor más ó ménos real y positivo ; así tambien en el niño se produce el vicio mencionado al ver en los demás niños todos los bienes que como á tales son considerados entre las sociedades infantiles.

No vereis que el niño padezca al pensar en la riqueza

no vereis que padezca al pensar en los títulos y condecoraciones que la sociedad concede á sus miembros distinguidos; no vereis que el niño padezca al pensar en la sabiduría que demuestren poseer los hombres de esclarecido ingenio; no vereis, en fin, que la sabiduría ni los honores, ni la riqueza de los hombres exciten en la infancia los instintos envidiosos; pero en cambio vereis el vicio en miniatura, vereis el vicio sin traspasar los límites de la moralidad infantil cuando aquellos mismos bienes son poseídos por los niños en el grado que á estos es dado poseerlos.

Las propensiones envidiosas del niño, podrán ser caprichosas puerilidades para los que en aquella edad todo lo ven de color de rosa; pero para el pedagogo deben constituir el gérmen de un vicio deplorable, al cual no faltan más que tiempo para robustecerse, y fuerza para enseñorearse del individuo.

Véanse, si no, los actos con que se manifiesta entre los niños; reflexiónese bien sobre la verdadera tendencia de aquellos, y se comprenderá que las propensiones envidiosas se dejan conocer ya en el hombre durante los primeros años de su existencia.

Dejemos de hacernos cargo de ese mal humor que gasta el niño cuando, ántes de poder andar todavía, vé que otro se presenta delante de él llevando algun objeto que halague á los sentidos del que ni siquiera sabe articular palabras; no hagamos caso tampoco de esos lloros, de esos esfuerzos, de ese deseo vehemente con que pretende apropiarse lo que no es suyo, señal de que le desagrada tanto el ver en otro lo que considera bueno, como le pláce el destinarlo para sí; pasemos por alto esos desahogos iracundos con que el niño manifiesta su pesar al darse cuenta de lo que su hermanito come ó de los halagos que en su presencia se le pródigan; no nos detengamos á citar esos numerosísimos ejemplos de envidia, conocida con el nombre vulgar de *zelos*, envidia que, interesando la constitu-

cion física de la infancia é influyendo directamente sobre ella, dá origen á enfermedades incurables, cuando los padres con una prudente conducta no saben evitar los motivos que hacen padecer á sus queridos hijos; y sin hacer mencion siquiera de todas estas ideas, que bien á las claras manifiestan la existencia de las propensiones envidiosas apenas se descubren en el hombre los síntomas primeros de su entendimiento, expongamos con claridad y sencillez los actos infantiles que nos han revelado la existencia de aquellas propensiones mismas en los niños cuyos primeros impulsos hemos dirigido.

Un niño envidioso al ver en otro lo que él no posee y desearía poseer, si tiene ya suficiente discernimiento para avergonzarse del vicio que le acosa, desprecia el objeto envidiado; y si la fuerza del defecto supera á la del amor propio, rompe é inutiliza (ó de ello trata) el objeto que ha excitado en él los celos y la envidia.

Poned un niño bien vestido junto á otro dominado por aquel vicio; y observareis que primeramente le mira entristecido: allí donde el primero se dirija, allí van tambien las miradas del segundo: su vista dibujará perfectamente los movimientos del envidiado.

Suponed en el vicioso falta de resistencia para el mal y sobra de imprudencia para manifestar á las claras su defecto, y vereis cómo escupe al niño bien vestido, y trata de ensuciarle sus ropas, y le estira los botones, si los lleva, y dá pruebas del gozo que experimentaríá al ver rotas aquellas, y á veces pone de su parte todo lo que puede para conseguirlo, y en algunos casos consigue ver realizados los propósitos á que le indujera el hondo pesar que le causa el bien ajeno.

No faltan niños que, dominados por el vicio en cuestion, acusan justa ó injustamente á sus compañeros, les indisponen entre sí, introducen chismes, se convierten en soplones incorregibles, y manifiestan, en fin, cuán dominados se hallan por el sentimiento de la envidia.

Otros envidiosos hay que se contentan con ridiculizar las cosas que promovieron en ellos los instintos viciosos.

Si ven un niño con un traje bonito, le apellidan con un apodo cualquiera, apodo que desean ver en boca de todos sus compañeros; si observan un juguete ó lo rompen, ó dicen que es feo, ó que no vale gran cosa, ó que ellos tienen otro mejor, ó que lo tenían y lo han despreciado, ó que más contentos se hallan no teniendo nada que aquello, ú otras espresiones semejantes á estas, las cuales revelan el disgusto que sufren cuando observan en sus compañeros lo que ellos no poseen.

Cuando nada de esto sucede; cuando ven á otro niño justamente enaltecido, sácanle mil defectos. Si es pobre, ridiculizan su pobreza; si alto ó bajo, ridiculizan su estatura; si gordo ó flaco, también le ridiculizan por esto; y no es extraño ver los niños en sus juegos, en sus conversaciones, en sus corrillos callejeros, y hasta en sus mismas casas convertir en objeto de irrisión el modo de andar, el modo de vestir y hasta la manera de producirse que hayan observado en el niño que sea blanco de sus sentimientos envidiosos.

¿ No habeis visto con frecuencia cómo un discípulo vuestro rasga el premio justamente conseguido en la escuela por otro de vuestros discípulos? Pues aquí teneis otra patente prueba de los efectos que produce el defecto que nos ocupa.

¿ No habeis oido muchas veces decir « esto mio es mucho mejor que lo tuyo, » sobre cosas que á la simple observacion manifiestan una parcialidad inconcebible? ¿ No habeis observado al mismo tiempo en los que tales afirmaciones hacen, no habeis observado en sus ojos la imágen de la tristeza que les domina, y el despecho con que profieren tales espresiones? Pues he ahí una prueba clarísima de que la envidia germina en los niños de quienes hablamos.

Vereis muchísimas niñas que, cuando sienten el bien ajeno, desprecian á sus compañeras, las dicen que son

feas, les hacen momos, las comparan con los objetos más ridículos, les aseguran que tienen en su casa vestidos mucho mejores que los que ellas llevan.

Si la envidiada tiene un pañuelo, la envidiosa tiene dos; si aquella lo lleva de lana, esta lo tiene de seda; si á la primera le han hecho un par de zapatos, á la segunda le han comprado botinas; y no hay, en fin, traje, diversion, tocado, ni cosa alguna, que deje de ser mucho mejor en la que tiene envidia que en la envidiada.

Agréguese á todo lo que acabamos de referir ese mal humor casi constante, esa disposicion á gozar en el mal ajeno, esa triste melancolía, y esa falta absoluta de nobles aspiraciones y de levantados proprósitos, circunstancias que en todo ó en parte, con mayor ó menor intensidad se observan en los niños predispuestos á la envidia; téngase en cuenta todo esto, y no podrá ménos de comprenderse que aquel vicio tiene en la infancia todos sus caractéres esenciales, y que, como hemos dicho anteriormente, solo necesita tiempo y libertad de accion para presentarse con todo su vigor y lozanía.

¿Y qué causas pueden contribuir á que se poseione del corazon infantil durante una edad tan temprana, y no solo esto sino á que crezca y extienda sus raices de un modo extraordinario? Esto es lo que nos proponemos examinar ahora.

Las inspiraciones del egoismo, de ese apasionado sentimiento con que juzgamos sobre las cosas y sobre los hechos, nos obligan á apreciarnos á nosotros mismos con tanta parcialidad, que apenas habrá individuo para quien sus prendas y merecimientos, sus actos y sus decisiones, no lleven marcadísimas ventajas á las decisiones, actos, merecimientos y prendas personales de los demás.

Esta manera injusta de apreciarnos dá origen á que cada cual, en mayor ó menor escala, poseamos un conjunto de propensiones viciosas que todas tienen un mismo origen y que todas á la vez se modifiquen en distintas formas

constituyendo así un sin número de defectos secundarios.

Quitad del hombre el egoismo, y no se considerará con más derecho que sus semejantes á los bienes de fortuna ni á las mundanas distinciones; y la avaricia y la ambicion desaparecerán; y, como consecuencia necesaria de la desaparicion de estos vicios, será indiferente á los bienes reales ó ficticios á cuya consecucion aquellos le incitan; y siendo indiferente con tal clase de bienes se hallará tranquilo con los que posea y no deseará los que posean otros; y no deseando los que poseen otros, no sentirá pena alguna por ellos: es decir, que si fuera posible hacer que el hombre se desprendiera de las afecciones parciales á que su egoismo le incita, no se posesionaria de su ánimo el terrible defecto de la envidia.

Considerad al hombre libre de ese sentimiento que le convierte en esclavo de sus intereses personales y que le hacen cifrar en ellos su felicidad y su ventura, y la vanidad y el orgullo no se apoderaran de su corazon; y la suerte con que Dios le haya podido favorecer no será más que un nuevo motivo de agradecimiento para con el Criador; y la hermosura y la riqueza no tendrán más valor que el que les presta su existencia contingente; y las apreciará en este sentido; y no las considerará como bienes necesarios; y se mostrará resignado cuando haya podido perderlos ó cuando no los haya alcanzado; y esta resignacion le conducirá á no desvivirse ni impacientarse por alcanzar vanas puerilidades, ni por ver realizadas ilusorias esperanzas; y la tranquilidad interior, y la falta de querer alimentar deseos mundanales le pondran en el caso de mirar indiferente en sus semejantes la realizacion de esos deseos no acariciados por él; y la indiferencia para con las cosas que incitan á la envidia, harán imposible la existencia de la envidia misma.

Vemos, pues, que el origen primario de la envidia es, lo mismo que de otros muchos vicios, el egoismo; y que, cualquiera de las formas con que este se puede presentar,

así la avaricia como la ambición, así la vanidad como el orgullo, pueden dar vida al defecto que nos ocupa en la lección presente.

¿Cómo se comprende, no obstante, que en unos individuos se presente más alarmante que en otros? ¿Cómo se comprende que, existiendo en todos el amor propio con mayor ó menor intensidad, no se observe esta siempre en razón directa del vicio mencionado?

No achacamos tal suceso, que bien puede considerarse un verdadero fenómeno en el orden moral y una verdadera excepción en las leyes misteriosas que presiden la existencia estética del hombre; no achacamos tal suceso, repetimos, sino á las causas incidentales que vienen á modificar la acción ejercida en el individuo por esas mismas leyes. No encontramos otras causas que los distintos modos de proceder al tiempo de querer dirigir el sentimiento en sus primeras manifestaciones. No encontramos otros motivos que la diferente conducta observada por los educadores; pues, así como hay algunos que proceden con verdadero tino para no dar lugar á que las propensiones envidiosas se apoderen muy temprano del corazón del niño, hay en cambio otros que abren de par en par las puertas para que las citadas propensiones se apoderen de él, y las dan vida, y las alientan, y trabajan, si bien inocentemente, para fomentarlas de una manera lastimosa.

Si observais la conducta de los muchísimos padres para con sus hijos, vereis en aquellos un sinnúmero de parcialidades inmotivadas. Unos manifiestan mayor cariño á los niños que á las niñas, y otros manifiestan más amor á estas que á aquellos. Padres hay que procuran que las hijas vistan con elegancia, mientras permiten que los hijos vayan poco ménos que andrajosos. Dos hermanos cometen una misma falta; idénticas circunstancias concurren en ambos, y, sin embargo, castigan al uno y dejan sin castigar al otro.

Cuando quieren darles alguna prueba material del cariño que les profesan, proceden de tal modo que dejan

conocer la pasión de que se encuentran dominados ; y esas diferencias marcadísimas é injustificadas que hacen muchas veces para halagar los deseos de los favorecidos, vienen á aumentar los instintos egoistas de estos y á predisponerles hacia la envidia.

¿ Por qué los padres no han de llevar á paseo , por ejemplo, sino á los niños de mayor edad , ó á los que les merecen predilección , en los casos en que pueden llevar consigo á otros ? Por qué parece que quieren excitar los celos en los que se quedan olvidados acompañando á las criadas.

¿ Por qué para unos hijos hay convites , diversiones y tertulias , al paso que para otros no existe más que el retiro , la soledad y el desprecio ? Por que hay una especie de fatalidad en proceder casi siempre de un modo contrario á lo que aconseja la buena educación de la infancia.

Hay dos niños de los cuales el uno es robusto y rollizo, y el otro raquítrico y de naturaleza enfermiza : si acaso habian de conducirse apasionadamente los padres, debiera ser favorecido el desgraciado ; y , á pesar de esto, son muy pocos, poquísimos los que dejan de obrar de un modo contrario. Hay dos niñas : la una se ve favorecida con dotes de hermosura ; la otra , por el contrario, no ha alcanzado tal gracia ; y aun cuando su despejo y moralidad sean superiores al despejo y moralidad de su hermana , es siempre la fea , el trasto , la impertinente , la huraña y la tonta en concepto de sus imprudentes padres.

¿ Y se querrá de tal manera conseguir que la envidia no se poseione del tierno corazón de la infancia ?

Pero hay más todavía : no sólo se contentan los padres en su inmensa mayoría (y también á algunos maestros interesa lo que vamos á decir) : no sólo se contentan con premiar y acariciar de un modo parcial y apasionado ; sino que , como si el hecho no fuera ó no pudiera ser bien observado por aquellos á quienes se desprecia , aun se llama la atención hácia él , queriendo que padezcan más y más.

«¿Veis? ¿Veis?» se les dice; «vosotros no teneis esto.» «¿Qué habeis de tener vosotros?» se prosigue; y se llega hasta la crueldad de hacer como que se vá á distribuir entre ellos un objeto igual, y se llama al hijo ó al discípulo, y se le despide de malas maneras sin nada, cuando ya toca con sus dedos lo que mentidamente se le ofrece y sobradamente desea poseer.

Maestros hemos visto castigar por una misma falta á todos los niños de su escuela ménos á uno: este era hijo de un rico potentado y á la vez alcalde de la poblacion.

¿Quereis saber los efectos de esa conducta? Hélos aquí: la malevolencia de todos los demás discípulos para el maestro y para el protegido; y las disposiciones generales á sentir honda pena por los triunfos, adelantos y bien estar de aquel en cuyo favor se habia cometido una injusticia á todas luces manifiesta.

Las propensiones envidiosas, que tanto se fomentan cometiendo parcialidades inmotivadas con los niños, no se fomentan ménos por esa irreflexion con que muchísimos padres ensalzan ante sus hijos el valor de cosas triviales y que no debian merecerles sino el desprecio porque nada valen en realidad.

¿Qué padres no gozan de un contento pueril y vano al ver sus hijos elegantemente vestidos? ¿Quiénes son los que en presencia de los mismos niños no ensalzan las bellezas del hijo, la importancia de los juguetes caprichosos, la satisfaccion que han de experimentar cuando posean estos, y la importancia que han de adquirir á los ojos del mundo cuando puedan vivir y vestir con magnificencia?

Pues todo esto contribuye indirectamente á alimentar las propensiones envidiosas; porque escitando los instintos vanidosos, se dá lugar al deseo, y si este no se realiza por algun motivo, como consecuencia necesaria viene el pesar que se deja sentir al verlo cumplido en los demás.

Es condicion de la humana naturaleza el acostumbrarse sin género alguno de padecimiento al goce de mayores

bienes que los que ha poseído anteriormente; pero condicion general de esa misma humanidad es tambien el no acostumbrarse sin padecer mucho á descender en el grado de los placeres mundanos, aun cuando sean estos lícitos.

Vestid vuestras hijas con telas de algodón, no las inciteis jamás á vestir con telas de seda; estad seguros, no obstante, que el día en que con estas se adornen no han de padecer. Obrad de una manera contraria, y no sucederá lo mismo: alimentad su vanidad de hecho ó de palabra; faltadles en alguna ocasion, y la envidia se apoderará de sus tiernos corazones.

Á los hechos apuntados, generadores más ó menos directos de la envidia, hay que agregar el por tantos motivos reprobable del mal ejemplo.

De maestros generosos y resignados suelen salir niños envidiosos; pero nunca hemos visto libres de este vicio á los que se han educado bajo la direccion de personas que lo poseian. Muchas veces pueden tambien adquirir los hijos este ú otros muchos defectos por la influencia de modelos estraños, y así se observan en aquellos algunos sentimientos y costumbres poco conformes con las costumbres y sentimientos de sus padres; pero, salvando muy raras excepciones, nunca dejan de ser envidiosos los niños que respiran este vicio en la atmósfera del hogar doméstico.

Segun hemos hecho observar, pues, entre las causas que originan y fomentan la envidia en los niños, figuran como principales el propio egoismo, las inmotivadas parcialidades de los educadores, y el ejemplo de las personas que más en relacion viven con los niños.

De aquí puede deducirse la conducta que conviene seguir, ya para reprimir las inclinaciones envidiosas, ya para no dar lugar á que germinen en el tierno corazón de la niñez tan pronto como esta comienza á poder hacer uso de su entendimiento.

Conviene, en primer término, evitar todo cuanto hemos señalado como origen del vicio y causa de su progreso.

Conviene observar una conducta en la cual jamás pueda aprender la infancia el defecto de que queremos eximirla.

Conviene siempre mostrarse justo y equitativo con ella, teniendo presente que, aun cuando aparente muchas veces la indiferencia ó el mayor respeto á las parcialidades del educador, consiste esto en que, ó no se atreve á manifestar el disgusto que le aqueja, ó carece todavía del suficiente amor propio para ofenderse, ó para creerse ofendida.

Conviene siempre interesarse en las afecciones de todos por igual, manifestando que se padece cuando padecen ellos, y que se goza cuando sienten satisfacciones.

Nunca debemos hablar ante los niños en tono de mofa sobre las desgracias de los demás, ni debemos dejar de interesarnos compasivamente en las desgracias ajenas.

Nunca hemos de encomiarles la riqueza, el lujo, la pompa y vanidades; y, sin despreciar á las personas que, pudiendo ó sin poder, gocen los placeres emanados de aquellas, es preciso mostrarse indiferente.

Evítese todo lo que contribuya á fomentar el sentimiento de la vanidad y del orgullo.

Evítense así mismo las ocasiones en que se pongan á prueba el sufrimiento y resignacion de la niñez; pues si bien esta puede en algunos casos observar sin padecer las satisfacciones ajenas, no tiene la suficiente fortaleza para vivir gustosa en medio del abatimiento y del olvido.

Procúrese inculcar en los niños todas cuantas ideas religiosas y morales contribuyan á hacerles comprender que deben amarse mutuamente.

Procúrese sembrar en sus tiernos corazones los gérmenes del amor fraternal que debe unirles, haciendo uso conveniente de aquellas sublimes palabras de Jesucristo: «Amaos, porque sois hijos de un mismo padre.»

Cerrad vuestra boca á la murmuracion, y no la permitais nunca en los educandos.

Hacedles ver la fragilidad de los bienes terrenales; y de

ningun modo procureis hacer que deseen afanosos todo ese conjunto de caprichosas felicidades, cuya falta siempre la inquietud en el ánimo de los hombres.

Corregid, ó bien con el desprecio, ó bien escitando los niños al hastío de lo que desean, ese pesar de que se hallan poseidos al considerar que otros poseen lo que ellos quieren para sí.

Presentadles por medio de verosímiles narraciones tipos de verdadera caridad, de verdadera resignacion, y de verdadero cariño fraternal hasta que tengan como á propias las felicidades ajenas, y sientan las desgracias de sus semejantes, y gocen en sus placeres y alegrías.

Si á todo esto se agrega lo que por otra parte y de un modo indirecto debe procurarse que comprendan los niños; esto es, si se les hace ver que ningun beneficio reportan de la envidia, ántes bien les expone á cometer delitos como el de Cain y como el de los hijos de Jacob, es seguro que conseguiremos escitar los impulsos de la cristiana caridad, y reprimiremos poco á poco los muy frecuentes del vicio que nos ocupa.

Un escollo debe evitarse en esto, y es el de no hecer los niños tan sumamente indiferentes, que se mate el sentimiento de esa noble emulacion que ha de conducirles al afianzamiento de su bienestar personal en esta vida, sin perjuicio del bienestar ajeno.

Es cierto que los hombres no somos sino viajeros en este mundo; cierto tambien es que en él no hallamos la felicidad que ansiamos; pero no por eso dejamos de estar sujetos á vivir sobre la tierra, á gozar del bien que en ella nos es dado alcanzar, y á procurarnos el mencionado bien, ausiliar muchas veces del que hemos de tratar de conseguir para cuando termine nuestra peregrinacion mundana.

Por esta razon se ha de tener muchísimo cuidado para no sembrar el indiferentismo queriendo combatir las nobles y justas ambiciones; por esta razon, se ha de cuidar

mucho, no sea que deseando reprimir los instintos de la envidia se hagan imposibles en la infancia los saludables efectos de la emulacion bien entendida. Corríjense las inclinaciones injustas, pero déjese libre la accion de los impulsos nobles y elevados.

## LECCION XXIV.

### De la pereza.

*Sumario.*—Qué es la pereza.—¿Dada la incansable actividad de los niños, es posible en ellos la pereza?—Causas que inducen á la pereza.—Manifestaciones que prueban en los niños la predisposicion á la pereza.—Motivos que pueden fomentar este vicio en la niñez.—Medios de hacer que los niños amen el trabajo.—Algunas reflexiones sobre el trabajo á que se pretende sujetar la niñez.

Es la pereza un vicio que consiste en sentir repugnancia ó disgusto á cumplir las obligaciones ó deberes.

Toma este defecto distintos nombres, segun los deberes ú obligaciones á que se refiera : asi se usan como sinónimas de la pereza, la negligencia, la dejadez, la poltronería, y otras diferentes palabras con las cuales se quiere manifestar la falta de actividad y diligencia que el hombre emplea en el cumplimiento de las obligaciones á que se halla sugeto, unas veces por razon de su naturaleza, y otras veces por razon de su estado y circunstancias.

¿Acaso es posible la pereza en los niños? ¿Dada su incansable actividad, se nos preguntará, conocidas esas predisposiciones que les son propias, disposiciones en virtud de las cuales apenas tienen otros momentos de descanso más que los destinados al sueño, puede concebirse en los niños la pereza?

Preciso es distinguir aqui entre la actividad y la diligencia, entre el quietismo y la pereza.

Que la niñez es activa ; que nunca goza más que cuando se mueve, se agita, salta y corre á su placer ; que el

movimiento le causa tanto placer, como disgusto el reposo al cual se la pretende sujetar por las personas poco amigas de sufrir las impertinencias infantiles ; que la niñez no se halla jamás por regla general quieta, á no ser que el sueño, el cansancio ó las enfermedades la obliguen á ello ; que todo lo hasta aquí enunciado es cierto, se puede conocer, ú observando á los niños, ó recordando cada cual el conjunto de satisfacciones que con mayor ardor deseaba y que más gustosamente sentía cuando se hallaba en aquel período de la vida.

Pero no tratamos de esa turbulenta actividad á que siempre se halla dispuesta la infancia, á no ser que alguna enfermedad moral ó física la tenga disgustada ; no tratamos de esa constante y marcada predisposicion que posee para estar siempre jugando, gritando y corriendo : tratamos, si, de esa virtud que ni en los niños ni en los hombres es natural, virtud que nos hace gozar en el exacto cumplimiento de nuestros deberes morales, virtud que nos presenta como provechoso el trabajo y nunca como un sacrificio más ó ménos penoso, virtud, en fin, conocida con el nombre de *diligencia* cuyos efectos son la aplicacion y laboriosidad voluntarias y satisfactorias en el trabajo á que cada individuo se halla sugeto necesariamente segun sus condiciones.

Y esta virtud no es comun en la niñez, que, como si una fuerza misteriosa la impidiese reflexionar sobre lo porvenir, y como si un innato sentimiento la advirtiese de que bastante tiempo le queda todavía para afirmar las bases de su bienestar futuro, huye de todo trabajo, se hastía de toda ocupacion provechosa, y se cansa fácilmente de tomar parte en toda tarea útil cuyo fin sea ennoblecer su espíritu, ya ilustrando la inteligencia, ya justificando los impulsos voluntarios, ya perfeccionando el entendimiento, ya derramando el bien sobre el corazon para que crezca embalsamado con las suaves arómas de preciocísimas virtudes.

No es comun la de la aplicacion ó diligencia en la niñez, ántes bien la pereza es en ella una inclinacion característica, inclinacion que casi constituye un verdadero vicio, y esto es muy natural, casi necesario tratándose de seres que, como los niños, no tienen todavía conciencia de su existencia moral, y desconocen por completo su fin y su ulterior destino.

Esta circunstancia es una de las que principalmente influyen en el ánimo de la infancia, predisponiéndola á mirar con mayor desdén que disgusto toda ocupacion provechosa. Si el niño viese que sus comodidades y satisfacciones eran efecto inmediato del trabajo, trabajaria aun cuando solo fuera por egoismo.

Si el niño no estuviese acostumbrado á la generosidad y cuidado asídúo de sus padres, que le prodigan á manos llenas sus mercedes, seguramente desearia ocuparse en beneficio propio, y conoceria que el trabajo es una cosa necesaria, puesto que con lo que produce se alimenta el hombre.

Si el niño, en fin, tuviese nociones exactas y concretas sobre muchas ideas morales que le son absolutamente desconocidas durante su primera edad; si conociese que sus protectores inmediatos no han de vivir siempre ni protegerle siempre; si conociese que ha de llegar un dia en que no tendrá otra ayuda que su inteligencia ni otro medio de proporcionarse materiales goces sino su aptitud en el desempeño de la ocupacion social á que se dedique; si todo esto conociese, que no lo conoce, seguramente mostraria más aficion á las ocupaciones provechosas, y ménos apego á la distraccion y á la molicie.

He aqui por qué el estado moral de la infancia es una de las principales causas que engendran en ella el vicio de la pereza.

Tambien es otro de sus orígenes la naturaleza fisica del individuo; y esto se comprende fácilmente, dada la influencia misteriosa que casi siempre se ve ejercer á la materia

sobre ciertas manifestaciones de nuestra voluntad.

Segun las observaciones que hemos hecho, alli habia ménos disposiciones al trabajo, donde más predominaba el elemento linfático. Pero asi como la pereza proviene unas veces del disgusto con que se mira todo lo que trasciende á actividad, y en este caso se la llama tambien inercia, defecto generalizado entre los niños que viven una vida casi exclusivamente material cual sucede en los linfáticos ; asi tambien la pereza, tomada en el sentido de horror hacia el trabajo, proviene otras veces de ciertas predisposiciones que hacen dificultoso al individuo el entregarse á ocupaciones sérias y fórmales con la atencion debida y durante el tiempo que en ellas se ha de emplear para que sean provechosas.

De aqui que el predominio del elemento sanguíneo se oponga á la virtud de la aplicacion ; y de aqui el que se observe falta de disposiciones al trabajo, aun cuando por distintos motivos, asi en los niños principalmente linfáticos, como en los principalmente sanguíneos. Estas causas, y el comportamiento de los inmediatamente encargados de aquellos durante la primera edad, pues hay padres que, enteramente abstraídos de sus hijos, les dejan crecer en la molicie y en la inercia, vienen á dar vida al defecto de la pereza, que ya es natural en el hombre por lo mismo que halaga á sus instintos egoistas.

Asi se observa que los niños perezosos, si la linfa predomina en ellos, andan muy despacio y arrastrando los piés, se encuentran mejor sentados que derechos, su actitud es naturalmente holgada y falsa, bostezan muy á menudo, ráscanse la cabeza y obedecen con marcada lentitud cuando se les ordena algun mandato, van buscando siempre la mayor comodidad posible en todas posiciones, apóyanse en las paredes, en las mesas, y en sus compañeros, y huyen, en fin, de todo trabajo, y no se les ve satisfechos más que cuando libremente gozan de ese quietismo é indolencia con que se distinguen.

Los niños perezosos, no por inacción, sino por falta de amor al trabajo, son casi siempre amantes del bullicio.

Dejadles libres, y vereis cómo promueven algazara, cómo incitan el ánimo de sus compañeros para que tomen parte en ella, cómo corren, cómo brincan lo mismo durante las horas destinadas al recreo en las escuelas de párvulos, que durante los instantes que suelen permanecer en los alrededores de las escuelas elementales ántes de dar comienzo á las clases, y despues de haberlas concluido.

Pero, dad la órden para comenzar los ejercicios, disponed que tales niños se ocupen en algun trabajo de utilidad, y observareis cuán pesados se vuelven repentinamente; vereis cuántas veces se les desatan sus zapatos, para que, entreteniéndose en arreglarlos, haya un motivo fundado que encubra el horror que les han inspirado vuestras órdenes; vereis, si son niñas, cómo se despeinan momentáneamente ó se descomponen sus vestidos para tardar un poquito más á cojer la aguja ó la calceta; vereis con qué frecuencia van al escusado todos los niños á quienes nos referimos, mientras duran las clases de la escuela; vereis qué estancia tan prolongada hacen siempre en aquel sitio so pretesto de que se hallan enfermos ó de que arreglan á los demás que van alli; vereis, en fin, cómo hacen el dormido, ó aparentan tener alguna dolencia repentina, ó tratan por mil medios, al parecer justos, de evadirse de las tareas escolares, y qué pronto desaparece el sueño, y las dolencias, y la ocupacion y todo lo que les ha servido de excusa, tan pronto como se les deja en libertad para poder entregarse á sus habituales diversiones.

Lo repetimos: para que los niños perezosos por vicio se queden pronto dormidos, ó se pongan enfermos, ó hallen formal ocupacion en sus diversiones, no se necesita más que proponerles una tarea provechosa.

¿Y cabe alguna responsabilidad de estos hechos á los maestros y á los padres de familia?

No diremos que sean responsables unas personas que, si sobre este asunto pueden faltar algunas veces, nunca alimentan ni pueden alimentar el propósito de sembrar el mal en el corazón de la niñez, pero si debemos afirmar que en ciertas ocasiones contribuyen con su ejemplo y su modo de proceder al fomento de las predisposiciones favorables á la pereza.

Hay padres, en efecto, para quienes son siempre de ningun valor las manifestaciones de amor paternal hechas en favor de sus hijos. ¡ Como si los oficios de la paternidad no fuesen bastantes á conseguir el amor de estos !

Por efecto de aquel cariño, no desmedido (porque nunca es desmedido el amor paternal), pero si manifestado imprudentemente, traspasan los límites de las virtudes á cuya práctica les incita la naturaleza y obliga la sociedad, y procuran que sus queridos hijos respiren la atmósfera de la molicie, que los enerva, y los conducen de un modo imperceptible, aunque con sobrada perseverancia, á ese estado raquílico, enfermizo y por demás endeble producido por el mimo, cuando de cariñosa solicitud se convierte en caprichoso é innecesario cuidado, en débil y hasta criminal condescendencia.

No entre las familias opulentas, que esto, si no acertado, es á lo ménos comprensible, pero aun entre las que no cuentan con suficientes bienes de fortuna, se observa muchísimas veces cómo los podres alimentan en sus hijos las predisposiciones que hácia la pereza manifiestan poseer estos, cómo las desprecian so pretesto de que son todavía muy jóvenes, y cómo dejan de procurar vencer esa repugnancia, invencible al parecer, que los niños sienten á toda ocupacion útil y provechosa.

Jugando está, por ejemplo, una niña con sus muñecas : la hora de la mañana es bastante avanzada ; la edad que cuenta aquella le permite ya ocuparse en hacer calceta junto á su mamá en vez de entretenerse con sus moñas ó con las hijas de la vecina ; pero no se la debe turbar en

sus pueriles diversiones: « ¡ es tan rica, que no necesita saber confeccionar por sí misma lo que podrá muy bien comprar con su dinero ! »

No se la debe turbar en sus pueriles diversiones: « ¡ necesita su madre *pagar* seis visitas que *debe*, y ántes podrian reclamar contra esta las personas á quienes se debe una visita, que la hija á quien se debe el cuidado de su porvenir ! »

No se la debe turbar en sus pueriles diversiones: « ¡ son tan pesadas las niñas, tan charlatanas, tan bulliciosas ! ¡ siquiera cuando juegan en casa de la vecina, dejan en paz y libre á la madre ! »

No se la debe turbar en sus pueriles diversiones: « ¡ está la madre cosiéndose un vestido para estrenarlo al dia siguiente, y no es cosa de que venga la niña á querer coser otros para sus moñas haciendo que aquella pierda *inútilmente* el tiempo arreglándole los objetos que para ello necesita. »

No se la debe turbar, finalmente, en sus pueriles diversiones: « ¡ sus preguntas agobian, su presencia no conviene, su génio revoltoso es insufrible ! ¡ Si supiera estarse mano sobre mano, si pudiera la madre disponerle trabajo ! ¡ Bien hay escuelas y colegios en la poblacion ; pero es aun tan pequeña la niña ! »

Y por tan frívolos pretextos, y por causas tan infundadas, y por motivos tan livianos, ó se prescribe por las mismas madres la holganza, ó se permite con sobrado placer, ó se cree que no es posible obligar de modo alguno á sus queridas hijas para que paulatinamente vayan aficionándose al trabajo y huyendo de la vida muelle y displicente.

Un niño, por ejemplo, se encuentra en edad competente para asistir á la escuela ; pero si sus padres son ricos, le mandan á paseo, si son pobres, le abandonan necesariamente durante las horas de trabajo ; si son muy amantes de él, creen que se les va á morir en poder del maestro, ó que se va á constipar en el camino ; si se muestran in-

diferentes con su porvenir, le dejan que corra libremente por las calles, por las plazas y por los campos, acordándose de él tan solo á las horas de comer; si son avaros ó excesivamente celosos, ó sobradamente necesitados, le llevan consigo á los talleres y aniquilan así la naturaleza del infante, y hacen que este aborrezca las serias ocupaciones ya por que se acostumbra á un trabajo frívolo, ya por que, de no serlo, ha de ver en la virtud á cuya práctica se le sujeta prematuramente, una carga pesada que le consume sus fuerzas y llega á horripilarle.

En fin, se observa muy comunmente, por desgracia, que los padres y madres de familia matan las predisposiciones al trabajo que hay ó puede haber en sus mismos hijos, unas veces por negligencia, otras por contemplaciones injustas, muchas por orgullo, no pocas por conveniencia propia, y algunas por esa apatía y criminal desden con que miran el porvenir de la infancia las personas que tienen sagrados é imprescindibles deberes que cumplir con ella.

Tambien en las escuelas puede fomentarse la inclinación á la holganza.

Si los maestros no son puntuales en el cumplimiento de todas sus obligaciones; si abren la puerta de la escuela media hora más tarde y la cierran media hora más temprano de lo que deben; si se salen fuera del local de clases con sobrada frecuencia, ya á charlar con un amigo, ya á fumar un cigarro; si escatiman sus esplicaciones, y creen cumplir exactamente sus deberes con *tomar la leccion de memoria* á cada uno de los discípulos; si aumentan el número de dias festivos que dispone el reglamento, dando con todo esto una prueba evidente de que sienten un verdadero horror al trabajo; y si, por último, manifiestan de continuo hallarse encariñados con la pereza ó disgustados con la profesion que eligieran, durmiendo en vez de trabajar, escribiendo para ellos en vez de dedicarse á la enseñanza, ó entreteniéndose su mal humor en vez de

calmar esa exigente curiosidad y esa incansable turbulencia á que siempre se hallan dispuestos la mayor parte de los niños; si los maestros se conducen de semejante modo, no solamente dejaran de excitar en sus discípulos la simpatía hacia el trabajo, sino que fomentarán con el ejemplo las predisposiciones que puedan presentar en favor de la holganza y poltronería.

Véase cómo puede fomentarse la pereza en los niños por la imprudente conducta de las personas que les rodean.

¿Qué conviene, pues, tener presente para evitar desde muy temprano en la infancia un mal tan peligroso?

Aun cuando no nos referimos más que al trabajo escolar, también nuestros consejos pueden aplicarse á todo ese conjunto de ocupaciones mecánicas ó industriales en que suelen ser empleadas (muy temprano por regla general) las fuerzas físicas de los niños, los cuales se acostumbran á aborrecer el trabajo por la sencilla razon de que solo ven en él una pesada carga.

Procurad que las ocupaciones de la niñez sean *propias de esta y útiles á su porvenir*; que reuniendo tan interesantes circunstancias no podrá ménos de ver en ellas una distraccion interesante y un deber natural que es preciso cumplir.

El trabajo de la infancia es *propio* cuando ni en cantidad ni en calidad exige fuerzas superiores á las de que puede disponer la infancia misma. Querer que los niños aprendan mucho en poco tiempo, es querer un absurdo que siembra la aversion al estudio. Desear que una inteligencia débil y de pocos alcances penetre en el escabroso camino de las ciencias, y se afane para sorprender sus secretos, y forcejee para arrancarles sus más recónditas verdades, es desear un imposible, es gastar inútilmente las fuerzas del espíritu, es querer que este, asumiendo en si mismo todas las facultades individuales, luche sin otro éxito seguro que el cansancio espiritual y material del niño, origen casi siempre del aturdimiento en el orden in-

telectual, de la pereza en el órden moral, y de la muerte en el órden físico.

¿Recordais vuestra propia infancia? ¿Recordais cuánto placer experimentabais en vuestros juegos y diversiones? ¿Recordais cuánto gozábais al oír un cuento, una anécdota y hasta una insustancial y simple narracion?

¿Recordais cuánto padecíais cuando para satisfacer el deseo de vuestros maestros ó el capricho de vuestros padres, habíais de leer varias horas seguidas, sin más objeto que el de poder *pronunciar* palabras con el mismo órden en que aparecian impresas? ¿Recordais, en fin, cuánto gozábais oyendo las claras, familiares y provechosas esplicaciones de vuestros maestros, y cuando en la duracion de las clases veíais una constante alternativa de ejercicios útiles, y en el estudio una ocupacion agradable que os llevaba insensiblemente á la posesion de conocimientos apreciables?

Tened, pues, entendido que hoy goza la infancia, á poca diferencia, con lo mismo que gozabais vosotros, y que tambien causan el hastío para ella los mismos motivos que lo causaban en vosotros mismos.

Si en vez de hallar los niños en la escuela un local de agradable y provechoso pasatiempo, encuentran una verdadera reclusion que les priva hasta de los goces que se hacen necesarios al bienestar material; si en vez de hallar los niños en sus maestros unos padres ménos contemplativos y apasionados, si, pero de mayor ilustracion y disposiciones pedagógicas que los que les han dado el ser, encuentran unas personas zeñudas, desapacibles, hurañas y desapiadadas que ven en cada discípulo un estorbo, y en cada puerilidad un agravio insufrible y en cada ignorante un ente despreciable, y en cada niño desapplicado un verdadero delincuente; ni la asistencia á la escuela será un gozo, ni la vista de los maestros será para la infancia más que un fantasma horrible.

Haced que vuestro comportamiento no cause miedo á

los discípulos ; procurad que la asistencia á la escuela sea para ellos , mejor que una tarea pesada , una distraccion agradable ; conducíos siempre de manera , que vuestra personalidad no sea antipática á los niños ; procurad , en fin , ir desterrando de ellos ese temor con que se presentan , temor que unas veces reconoce por origen el haber vivido muy aislados en el hogar doméstico , otras (estos casos abundan más) el que siempre se les ha hecho mención del maestro y de la enseñanza como una verdadera *amenaza* , y no pocas el engaño con que los padres pretenden vencer esa natural repugnancia que sus hijos manifiestan á separarse de su lado , diciéndoles que el maestro les dará caramelos , y otras golosinas que ni les ofrece , ni les muestra.

Si lograis ganáros la voluntad de vuestros discípulos , solamente necesitáis despues tenerles agradablemente ocupados , y esto se consigue haciendo uso de procedimientos que patenticen las ideas que se emitan y buscando entre estas las que puedan prestar mayores y más inmediatas utilidades.

Muy pocas palabras diremos con el fin de hacer conocer al magisterio qué enseñanza es útil á los niños. Cuando , despues de formado vuestro plan , vayais á comunicarles alguna idea , preguntaos á vosotros mismos : «¿Esto que voy á enseñar , para qué sirve á mis discípulos?»

Id , pues , enseñando segun lo inmediato de las aplicaciones útiles que puedan hacer , y con esto sabreis distinguir lo necesario de lo provechoso , lo ventajoso de lo condicionalmente útil. Si á todo esto agregais una buena distribución de tiempo en que las clases no sean demasiado largas ; si en vuestras explicaciones sois claros , poco literatos y muy concisos ; si haceis de las ideas vertidas continuas aplicaciones á los usos mas comunes de la vida ; si manifestais siempre esa laboriosidad , ese buen deseo y ese entusiasmo que vosotros deseais ver en los niños ; y si , en una palabra , procurais que vuestros discípulos vean en la

escuela, mejor que un establecimiento de reclusion un sitio de amigable, útil y recreativa ocupacion, estad seguros de que la niñez mirará con agrado el trabajo escolar, y más adelante podrá hallarse dispuesta á no padecer ó sufrir muy poco con las fatigas á que, segun las circunstancias, haya de sujetarse.

Puede excitarse tambien el amor al trabajo por medios directos que hagan ver de este su necesidad y sus ventajas. Prémiese la aplicacion, háganse ver por medio de cuentos ó historietas los dulces efectos de la laboriosidad, del trabajo y de la aplicacion, no se pongan trabas ni dificultades á las ocupaciones propias de los niños, apártese de la consideracion de estos todo lo que pueda hacerles creer que la ocupacion es un sacrificio ó un castigo; y obrando así y mostrando una inflexible perseverancia se conseguirá vencer poco á poco esa especie de resistencia que oponen los niños á las ocupaciones útiles y á los trabajos sérios.

Ahora que hemos nombrado estos, no podemos ménos de hacer algunas reflexiones sobre la poca prudencia con que sobre el particular se procede.

Pasemos por alto ese desmedido afan con que muchísimos padres desean ver en sus tiernos hijos unos sabios, unos artistas consumados ó unos trabajadores iguales á ellos; pasemos tambien por alto ese vicio que poco á poco va extendiendo sus venenosas raices por todos los ámbitos del cuerpo social, ese vicio que consiste en graduar la importancia de la juventud por el valor de las ganancias materiales que puede aportar al capital doméstico; no hagamos caso tampoco de ese criminal prurito con que las familias procuran que sus hijos ganen, convirtiéndoles así en verdaderas máquinas de batir moneda ó en instrumentos de viciosas comodidades, no entendiendo que al obrar de tal manera enervan las fuerzas materiales y morales de la niñez, haciéndola gastar tempranamente sus buenas disposiciones é incitándola á que vea en el traba-

jo una carga pesada y desagradable ; y sin hacer caso de nada de esto, veamos solamente si los maestros pueden contribuir á que los niños aborrezcan el estudio primario (trabajo propio de la niñez) en vez de simpatizar con él y con todo lo que, como él, pueda prestarles honra, satisfacción y provecho.

Si todo el mérito de un maestro de primera enseñanza se hiciese consistir en procurar que durante las tres horas de clase permanecieran mudos sus discípulos ; en obligarles á leer y más leer, á escribir y más escribir, en recitar y más recitar ; si todo el mérito de un maestro de primera enseñanza se hiciese consistir en procurar que sus alumnos supiesen definir la gramática, y la analogía, y la sintaxis, sin obligarles á comentar una palabra, ni una oración, ni un período, siendo así que al niño agrada tanto el ir entendiendo lo que lee ; si todo el mérito de un maestro de primera enseñanza se hiciese consistir en procurar que sus alumnos calculasen con millones de millones, y que diesen escelentes demostraciones matemáticas, y que describiesen las especiales circunstancias de todos los pueblos existentes en las cinco partes del mundo, y que retuviesen en la memoria todas las palabras contenidas en una docena de libros con todos los puntos y comas, y que patentizasen, en fin, que nada habia desconocido para ellos, que se les habia enseñado todo cuanto podia aprender un hombre, y que eran unos verdaderos sabios ; si todo el mérito del maestro de primera enseñanza se hiciera consistir en esto, y trabajara aquel en igual sentido para contraer méritos de semejante naturaleza, es indudable que el profesorado, sujetando la infancia á un trabajo ímprobo por lo difícil, difícil por lo árido, árido por lo inútil, é inútil por ser impropio de la niñez y superior á sus facultades, es indudable, repetimos, que el profesorado no obtendría otro resultado que cansar las inteligencias infantiles, sin ningún provecho positivo, y, por el contrario, con grandes probabilidades de aniquilar las fuerzas materiales de los

niños y de sembrar en sus tiernos corazones el desaliento, el cansancio moral y la aversion hácia el trabajo.

No opinamos por que el hombre viva durante sus primeros años en la molicie; no opinamos (como algunos) por que la primera educacion se convierta en puras é insustanciales distracciones; creemos que poco á poco debe acostumbrarse la infancia á practicar la importantísima virtud que no solo ha de procurarle su alimento, sino que tambien ha de apartarla de muchos vicios; pero esto se debe hacer de una manera tan gradual, que jamás se siembre el disgusto, siendo asi que los mejores y más santos placeres los encuentra el hombre en el trabajo.

La aridez y la dificultad dan origen á la pereza por horror á ocupaciones útiles y provechosas: la diversion y el excesivo placer dan origen al mismo vicio por amor á la ociosidad y á la molicie.

## LECCION XXV.

### Del Hurto.

*Sumario.*—Qué clase de niños se muestran propensos á hurtar?—Cuántas clases de hurto se observan en los niños.—Qué causas originan y fomentan en los niños el vicio del hurto.—Una observacion importante.—Principios generales en que debe apoyarse la correccion de este vicio.—Reglas prácticas que conviene tener presentes con el mismo fin.

Faltaríamos á la verdad de cuanto nos ha enseñado la experiencia, si afirmáramos que el vicio del hurto es exclusivo tan solo de aquellos niños pertenecientes á determinadas clases sociales.

Aprópiense lo ageno en circunstancias dadas, asi los hijos de los ricos como los hijos de los pobres; lo mismo aquellos que viven entre padres ilustrados, que los pertenecientes á familias ignorantes.

Reconociendo el hurto siempre una causa real ó ficticiamente justa para quien lo lleva á cabo, unas veces la

avaricia y otras la glotonería, muchas veces la envidia y no pocas la indigencia, son motivo bastante para que los niños de todas clases y condiciones practiquen aquel vicio.

Esto no obstante, según hemos podido observar es el hurto más natural en los niños de familias necesitadas que en las de aquellas que dan á sus hijos todo cuanto es preciso á calmar las naturales y justas exigencias de la niñez, si bien difícilmente la integridad es patrimonio de los que se ven dominados por la envidia, por la glotonería ó por la avaricia, como acabamos de indicar.

De todos modos, hay que distinguir en el hurto practicado por los niños un vicio de dos clases: una es el hurto que proviene de la necesidad, otra el hurto que reconoce por origen alguno de los vicios anteriormente nombrados.

El primero es fácil de corregir haciendo desaparecer la causa que mueve la voluntad de quien lo practica; el segundo se muestra más rebelde á la acción del educador, por que su corrección necesita la de otros vicios cuyos motivos son excesivamente varios.

El primero se presenta á cara descubierta, se da á conocer tal cual es, sin temor de que se le descubra por que el principio que le da vida es de suyo fuerte y vigoroso; el segundo es un vicio más artero, más complejo, ménos definible y ménos atrevido en la apariencia aun cuando en realidad así no sea.

El hurto necesario, es exclusivo de aquellos niños cuyos padres dejan de satisfacer las imprescindibles necesidades de sus hijos; y el hurto verdaderamente vicioso en si mismo y en las causas que le motivan, es propiedad de todos aquellos niños en cuyos tiernos corazones ha germinado el egoismo.

El uno es *vicio sincero*, y sinceramente se presenta; el otro es vicio artificioso, calculado, y muchas veces hipócritamente exhibido, dando lugar esto á que, así como el primero es practicado sin ambages, constituyendo un acto de *rapina* en cada práctica, el segundo se realice con cier-

la maestría , y gran constancia , y sobre todo con bastante cálculo que se manifiesta de una manera varia.

Efectivamente : así como el niño que padece hambre hurta descaradamente el alimento que necesita , el que por otros motivos desea apropiarse lo ajeno mira atentamente su codiciado objeto , y aprecia el grado de satisfacción que de poseerlo va á sentir. Acércase á los que llevan consigo alguna cosa que podria convenir á su apetito, les toca , les halaga , les dice que les ama mucho , que él tiene en casa esta ó la otra golosina , que si la llevara consigo sentiria un gran placer en distribuirla , que ya saben cuán poderosos son los motivos del cariño que les profesa , y en várias ocasiones no es extraño observar cómo el niño que desea arrebatarse solapadamente lo que no le pertenece se finge vecino , protector y hasta pariente de aquel á quien pretenden engañar á toda costa.

Cuando por estos y otros medios , á cual más artificiosos , el que pretende apropiarse lo ajeno no consigue sus anhelados fines , desiste *al parecer* de realizarlo ; pero , cambiando de *estilo* , mira alternativa y aceleradamente al maestro y al objeto que codicia , arrebatada su presa , poniendo á cubierto el delito , ya comiéndose vorazmente lo hurtado (si es comestible) , ya escondiéndolo en el sitio ó lugar que más oportuno le parece.

Y no se crea que el niño predispuesto al hurto practica el vicio tan solo respecto de aquellos objetos de alguna utilidad que poseen otros niños ó que se hallan casual y momentáneamente abandonados ; pues el deseo de poseer lo ajeno le obliga á buscar y rebuscar por el suelo y coger todo cuanto halla , sea ó no apreciable , sea ó no digno de poseerse. Un niño hurtador , en fin , no perdona medio alguno por hacerse dueño de todo cuanto no le pertenece.

¿ Y qué causas originan en la infancia la propension al hurto ?

Segun hemos podido observar , tres son las principales á saber : el vicio de la avaricia , la necesidad , y (vergon-

zoso es decirlo) la enseñanza de algunos padres desposeídos de toda dignidad moral.

Que la avaricia propiamente dicha y otra de sus formas, la glotonería, dan lugar á tomar lo ajeno es un preciso corolario de las leyes de la moralidad; pues el avaro y el goloso desean satisfacer su apetito, y quien se ve atormentado de continuo por un deseo rara vez deja de tratar de satisfacerlo, hecho que fácilmente se realiza en los niños cuya conciencia se encuentra todavía, generalmente hablando, envuelta con el velo de la ignorancia, y cuyo sentimiento religioso-moral no posee aun la fuerza necesaria á resistir las exigencias de los materiales apetitos.

Que la necesidad es también una causa inmediata del hurto, no hay para que probarlo. ¡ El hambre ! ¡ Cuántas infelices criaturas arrebatan el pan de sus compañeros para saciar la necesidad que las devora ! ¡ Cuántas otras malvenden sus juguetes ó burlan la vigilancia hasta de sus mismos padres y se apropian el dinero ajeno con la única intención de comprarse un panecillo ó una poca fruta y calmar con esto las necesidades de su estómago !

La enseñanza de algunos padres hemos dicho que era también otra de las causas que originan en la niñez el vicio que nos ocupa; y como esto podrá parecer no solamente extraño, sino también increíble, vémonos precisados á concretar hechos para probar nuestra asercion.

Va un padre por los campos en compañía de alguno ó algunos de sus hijos; pasa por junto á un árbol de cuyas ramas cuelgan frutos sabrosos, ó por junto á un jardín en donde se ostentan innumerables flores; los niños desean poseer uno de estos objetos sin pensar siquiera en que se halla prohibido tocar lo ajeno, y para calmar la impaciencia de los pequeños ó para acallar sus llores, hurta el padre en presencia y beneficio de sus hijos (que no por ser materia leve deja de ser hurto el cojer lo ajeno) dando con esto un ejemplo peligrosísimo.

Pierde un niño sus libros, su cartera ó su abrigo dentro

ó fuera de la escuela ; vuelve á casa con un objeto de menos ; y asi como hay muchas madres que se contentan con practicar las diligencias necesarias para encontrar lo que se ha extraviado á sus hijos , hay en cambio otras muchas que despues de haber castigado á estos , ó como condicion precisa para librarse del castigo , les dicen : «Mañana has de llevar gorra , libro ó cartera , y YO NO HE DE COMPRAR NADA DE ESTO..... CONQUE..... »

¿ Quereis que se ordene el hurto de una manera más imprudente ?

Pero no es esto solo : párvulos hemos visto que se han llevado de la escuela diez y doce gorras ajenas en otras tantas veces ; y las madres ( ¡ qué madres ! ) de aquellos inocentes las vendían , en algunas ocasiones para satisfacer viciosas golosinas.

He aqui los motivos , y podríamos exponerlos en mayor número , por los cuales hemos dicho que el vicio del hurto era enseñado á la niñez hasta por los mismos padres de familia.

Y ya que de motivos hablamos , no podemos menos de hacer aqui una observacion importantísima. Nos referimos á esa *pobreza resplandeciente* ó á esa *riqueza andrajosa* que va siendo patrimonio de innumerables familias , especialmente avecinadas en los grandes centros populares.

El lujo vicioso , que todo lo invade y que , como forma material de la vanidad y del orgullo , existe lo mismo entre los humildes trabajadores que entre los fastuosos potentados ; el lujo , repetimos , hace que se vista de seda cuando la renta doméstica no da más que para vestir de algodón , que se gasten botas cuando no se puede gastar más que alpargatas , que se tomen licores y refrescos no pudiendo condimentar los alimentos precisos , y que se exhiban , finalmente , las familias en los teatros y en los saraos , en los conciertos y en las tertulias cuando no se puede pagar el alquiler del piso en donde se habita.

Esta costumbre , que da á la sociedad un aspecto re-

lumbrante y rico bajo el cual se encubren muchas veces la más terrible pobreza y la miseria más andrajosa; esta costumbre, decimos, hace que las familias incluyan en su presupuesto de gastos, con preferencia á todos y sin miramiento ni prudencia, los desembolsos que calculan necesarios para vivir, no en casa sino en la calle, no en familia sino en sociedad, dando á esta palabra la acepción que modernamente se la quiere atribuir. Resultado de todo esto es, ese escandaloso, reprobable é infausto modo de obrar de muchos padres que prefieren vestir bien á sus hijos, y vestirse bien ellos mismos, á comprar el alimento necesario para la vida.

Como consecuencia de lo expuesto, sucede lo que necesariamente ha de suceder: que, si bien los niños gozan el día que estrenan un traje más que cuando se les presenta á la mesa un nuevo manjar, no sucede lo mismo cuando por sistema se les pretende sujetar á una continuada dieta. Y sufren hambre de continuo; y sufriendo hambre, ni piensan ni sienten noblemente; y creciendo su inteligencia y viviendo su sensibilidad saturadas por una atmósfera moral pobre de ricos afectos y de levantadas impresiones, llegan á poseer un carácter raquíptico cuya base es la necesidad, y cuyas aspiraciones son siempre un deseo no satisfecho: nunca ó casi nunca han sido la generosidad y el desprendimiento patrimonio de los niños que se han criado en medio de una riqueza mentida ó de una pobreza orgullosa.

Para ir corrigiendo poco á poco, ó para imposibilitar en los educandos esa propension que frecuentemente manifiestan á apropiarse lo que no les pertenece, se hace preciso en primer lugar evitar las causas que de cierto modo justifican aquella propension.

Es inútil, por regla general, cuanto se trabaja para sembrar en el corazón de la niñez el amor á la integridad, mientras no se combaten, si las posee, la avaricia y glotonería, ó mientras no se procura llenar por completo sus

justas necesidades, si estas la llevan naturalmente á la práctica del vicio.

Evítense por parte del maestro todos aquellos actos que pudieran servir de pernicioso ejemplo: poco valor tendrán vuestras palabras, si arrebatando á los discípulos los juguetes con que suelen ir cargados á la escuela, quereis despues corregir á aquellos por haber hurtado los de alguno de sus compañeros. Recoged, si, lo que pueda ser perjudicial; pero entregadlo despues, dictando ciertos castigos para lo sucesivo.

Una vez evitados los motivos que suelen dar lugar á la práctica del hurto (el egoismo, la necesidad, y el ejemplo) es preciso atacar directamente el vicio.

Partiendo del precepto religioso: «*No hurtarás,*» y haciendo que los niños aprecien por si mismos la bondad y justicia del principio universalísimo de derecho natural, «*lo que no quieras para tí no lo quieras para otro,*» se logra interesar en pró de la virtud opuesta al vicio que nos ocupa, así el sentimiento como la razon naciente de la infancia.

¿Veis que un niño se apropia lo que no le pertenece? Suspended la clase, y recordando el séptimo mandamiento de la Ley de Dios, tomad del hurtador lo que más puede apreciar como sus golosinas, juguetes ó vestidos. Resentido al verse despojado, ó prorumpirá en lloros ó dará marcadas muestras de sentimiento ó de disgusto (hay algunos aunque pocos niños indiferentes); y prevaliéndoos de estas circunstancias, direis; ¿no quieres que te quiten lo tuyo? pues tampoco debes quitar á los demás lo suyo; esto es, lo que no quieras para tí, no lo quieras para nadie.

Repetid estos sencillos razonamientos cuantas veces haya oportunidad: pronunciad con un santo temor el esplícito mandato de Dios, «*no hurtarás,*» y poco á poco lograis que los niños sientan horror hácia el hurto, por considerarlo justamente como hecho irreligioso y contrario á la razon.

Si por este medio sembrais los gérmenes de la integridad; si narrando hechos propios y verosímiles en que aquella virtud resplandezca lograis excitar hácia ella la simpatía y el amor de vuestros discípulos; y si premiais y enalteceis en su presencia los hechos laudables de este género practicados por los alumnos, así en la escuela como fuera de ella (1), basta solamente que trateis de sofocar los instintos viciosos por medio de castigos saludables.

Siempre que haya lugar para ello, debe hacerse devolver el objeto ú objetos robados aun cuando despues se excite la generosidad en beneficio del que hurtó; el más leve descuido en esta parte es de muy perniciosas consecuencias.

Cuando el niño que ha hurtado no practica el vicio por costumbre, debe corregirse compadeciéndole, y despreciando al mismo tiempo el valor del objeto robado.

La reincidencia en el hurto, merece más que la compasión; despreciando al niño que lo practica, ó separándole de entre sus compañeros, segun las circunstancias, hemos conseguido buenos efectos repetidas veces.

Otras basta la narracion de una sencilla anécdota con el fin de reprobear indirectamente, en virtud del contraste, el hecho reprobado por un niño.

Y finalmente debemos advertir que el castigo que se hace consistir en colocar ante la escuela el niño hurtador enseñando el objeto robado, es un castigo tan ejemplar y fuerte, cuando de él no se abusa haciendo gastar lo que vulgarmente se llama vergüenza, como inútil y hasta perjudicial cuando, ó se repite mucho, ó no se conmuta por

---

(1) Es preciso que los maestros sean prudentes en esto, no premiando más que la verdadera virtud. Bien obra aquel que entrega á su dueño un objeto encontrado a presencia de otras personas; pero queda la duda de si el hecho se practica voluntariamente ó por temor. Hemos visto niños que han hurtado con el fin de granjearse nuestra benevolencia, entregándonos lo que habían robado pocos momentos antes.

otro ménos sensible tan pronto como los niños manifiestan hallarse abochornados y corridos.

Sed intransigentes con el vicio, constantes en vuestro modo de obrar, y no pretendais nunca desterrar aquel y sembrar la virtud en pocos dias; pues las correcciones prontas suelen ser como las curaciones falsas.

## CONCLUSION.

Pudiéramos habernos extendido mucho más, ya exponiendo la indole de otros defectos que suelen presentarse en la infancia, ya apuntando los resultados de nuestra conducta profesional en la correccion de aquellos; pero, como lo dicho en este tomo no solo servirá de guia en la mayor parte de los casos concretos que en él se determinan, sino que tambien será, con algunas modificaciones, aplicable á otros varios, fórmulas distintas de unos mismos vicios, damos fin aquí á nuestro trabajo, creyendo que el buen criterio de los profesores podrá llenar el vacío que, por no hacernos demasiado extensos, dejamos aun en esta segunda parte de nuestra obra.

Sin embargo, ántes de dejar la pluma daremos á los educadores tres consejos interesantísimos:

1.º Sed un ejemplo vivo de religiosidad y de honradez.

2.º No querais desterrar el vicio en un solo dia, ni pretendais sembrar la virtud en un instante.

3.º Jamás debeis corregir sino los defectos que observéis.

4.º Para sembrar la virtud, no enseñeis nunca el vicio.

5.º Todo sentimiento ó vicio prematuro, debe ser tratado individual, y, á veces, indirectamente.

FIN.

que menos sensible tan pronto como los niños manifiestan  
batarese abochornadas y corridas sobre su cuerpo.  
Ser infansigentes con el vicio, constantes en vuestro  
modo de obrar, y no pretendáis nunca desvirtuar aquel  
sentido de virtud en pocos días; pues las correcciones  
pocas suelen ser como las curaciones de las enfermedades.

CONCLUSION.

Podríamos habernos extendido mucho más en el ex-  
poniendo la nobleza de otros defectos que a buen presentir  
se en la infancia, ya apuntando los resultados de nues-  
tra conducta profesional en la corrección de aquellos;  
pero como lo dicho en esta como no sea servir de guía  
en la mayor parte de los casos concretos que en él se de-  
terminan, sino que también sería, con algunas modificaciones  
de aplicación a otros varios, fórmulas distintas de unos  
mismos vicios, damos fin aquí a nuestro trabajo creyendo  
que el buen criterio de los profesores podrá llenar el vacío  
que por no habernos demorados en otros, dejamos aun en  
esta segunda parte de nuestra obra.

- Sin embargo, antes de dejar el pluma, daremos a los  
educadores tres consejos interesantes que por de hora-  
1.º Ser un ejemplo vivo de religiosidad y de honra-  
2.º No queráis desvirtuar el vicio en un solo día; ni  
pretendáis siempre la virtud en un instante; y si  
3.º Jamás debéis corregir sino los defectos que obser-  
4.º Para sembrar la virtud, no enseñéis nunca el vicio.  
5.º Todo sentimiento ó vicio prematuro, debe ser tra-  
tado individual, y á veces, indirectamente.

# ÍNDICE

de las materias contenidas en este tomo.

## PARTE SEGUNDA.

Pág.

PRÓLOGO.—A nuestros lectores. . . . . 5

LECCION PRIMERA.—ESTADO MORAL EN QUE SE ENCUENTRA LA INFANCIA.—*Sumario*.—Sensibilidad infantil.—Voluntad, su norma.—Conciencia, su estado.—Causas que influyen en las pecaminosas inclinaciones de la infancia.—Poder del ejemplo.—En la infancia no hay vicios ni virtudes verdaderas.—Sentimiento religioso en la infancia.—Propensiones más comunes que se observan en ella. . . . . 9

LECCION II.—PRINCIPIOS EN QUE DESCANSA LA EDUCACION MORAL-RELIGIOSA DE LA INFANCIA.—*Sumario*.—Ciencia religiosa y moral, y arte moral y religioso.—Las costumbres no son siempre buenos y eficaces medios de educar, cuando se aíslan del convencimiento.—Bases de la educacion religiosa y moral.—Sin el conocimiento de Dios, la religion sería imposible.—Sin la inmortalidad del alma, la moral sería un capricho. . . . . 19

LECCION III.—SISTEMAS USADOS EN LA EDUCACION DE LA INFANCIA; SUS VENTAJAS Y DESVENTAJAS.—*Sumario*.—Objeto de esta leccion.—Escuelas pedagógicas.—Escuela terrorista.—Resultados del sistema terrorista.—Escuela sentimentalista, y sus consecuencias.—Leves desventajas de este sistema.—Escuela mixta.—Ventajas y desventajas de este sistema.—Precauciones con que puede usarse.—Un ejemplo.—Resúmen. . . . . 26

LECCION IV.—SENTIMIENTO RELIGIOSO-MORAL: CONCIENCIA

- Y VOLUNTAD.—*Sumario*.—Qué es el sentimiento moral religioso.—Medios de infundirlo.—Qué defectos deben evitarse.—Qué es la conciencia.—Medios propios para aclararla, y procedimientos que lo hacen imposible.—Ejemplo.—Qué es la voluntad.—Cómo obra en los niños.—Cómo debe obrar.—Cómo se puede ir sujetando al fallo de la razón y del sentimiento.—Ejemplo. . . . 41
- LECCION V.—VERDADES FUNDAMENTALES DE RELIGION.—*Sumario*.—Ejercicios sobre la existencia de Dios.—Idem sobre su Omnipotencia.—Id. sobre su sabiduría.—Cómo probaremos que es espíritu.—Cómo probaremos que es eterno.—Cómo probaremos que es bueno.—Cómo probaremos que es justo.—Conclusion. . . . 60
- LECCION VI.—HÁBITOS MORALES: VIRTUD É HIPOCRESÍA.—*Sumario*.—Qué es costumbre.—Circunstancias que han de concurrir en las acciones para formar costumbres.—Dificultad en su cambio.—Su importancia en la niñez.—Sinceridad.—Hipocresía.—Cuidados que exige la virtud.—Conducta profesional que engendra la hipocresía. . . . 83
- LECCION VII.—SOBRE LOS DEBERES Y DERECHOS.—*Sumario*.—Qué es *deber*?—Qué es *derecho*?—Equilibrio moral de las sociedades.—Cómo sienten los niños el deber y el derecho.—Conducta que debe seguir el educador sobre el modo de grabar estas ideas.—Error de algunos pedagogos. . . . 98
- LECCION VIII.—MEDIOS DE HACER CONOCER Á LOS NIÑOS SU PROPIA NATURALEZA.—*Sumario*.—Consideraciones generales.—Ejercicios para probar la existencia del alma.—Idem para probar su espiritualidad.—Idem para probar su inmortalidad.—Conclusion. . . . 106
- LECCION IX.—AMOR Á DIOS.—*Sumario*.—De cuántos modos se puede amar á Dios.—Punto de partida para infiltrar el amor á Dios.—Medios de hacer ver la paternidad de Dios para con todos.—Ejemplo.—Algunas reflexiones provechosas sobre el nombre de Dios.—Fanatismo y despreocupacion.—Causas que motivan estos vicios. . . . 118
- LECCION X.—DEL AMOR PROPIO.—*Sumario*.—Qué es el

amor propio.—El amor propio puede ser virtud y vicio.—Cómo se presenta en la infancia.—Niños indiferentes, y embrutecidos.—Caracteres con que se distinguen.—Actos y propensiones que se observan en ellos.—Niños pundonorosos.—Conducta del educador para con unos y otros.—Vicios que se deben evitar. . . . . 132

LECCION XI.—AMOR AL PRÓJIMO.—*Sumario*.—Qué es el amor al prójimo.—De cuántas maneras puede ser este amor.—En que principios se halla basado el amor al prójimo.—Medios de hacer ver estos principios.—¿Ama el niño á sus semejantes?—¿De cuántas manera puede hacerlo?—¿Qué debe hacer el maestro para escitar entre sus discípulos un cariño mútuo?—Reglas de conducta que es preciso tener presentes para sembrar en el ánimo de los niños el amor que unos á otros se merecen.—Esplicanse aquellas reglas ó preceptos. . . . . 149

LECCION XII.—CUENTOS MORALES PARA EXCITAR EL AMOR AL PRÓJIMO.—*Sumario*.—Advertencias.—Los dos hermanos en la feria.—Camilo y su vecino.—Dorotea, Felipe y Elisa. . . . . 167

LECCION XIII.—REGLAS GENERALES DE EDUCACION MORAL-RELIGIOSA.—*Sumario*.—Mirada retrospectiva.—Insuficiencia de la educacion.—Optimistas.—Educacion á la ligera.—Perseverancia del educador.—Vínculos que deben unir entre sí á educadores y educandos.—Medios de ganar la confianza de los niños.—Importancia y necesidad del buen ejemplo.—Resúmen. . . . . 183

LECCION XIV.—DE LA AVARICIA Y DE LA PRODIGALIDAD.—*Sumario*.—Qué es la avaricia.—Cómo se presenta en los niños.—Caractéres con que se presenta.—Orígen probable de este vicio.—Qué es la prodigalidad.—En qué se conoce que los niños están predispuestos á ser pródigos.—Orígen probable de esta predisposicion.—Cómo ha de intentarse el combatir los instintos avaros?—Cómo puede probarse la extirpacion de los instintos hácia la prodigalidad. . . . . 199

LECCION XV.—CUENTOS CONTRA LA AVARICIA Y LA PRODIGALIDAD.—*Sumario*.—I. Felipe y Elisa.—II. El hijo del

- mesonero.—III. Hipólito y su vecino.—IV. La fiesta de S. José.—Conclusion. . . . . 216
- LECCION XVI.—DE LA DESOBEDIENCIA Y DEL SERVILISMO.—  
*Sumario.*—Qué es la desobediencia y qué es el servilismo.—Causas que suelen motivar la desobediencia y el servilismo.—A cuántas clases de obediencia pueden ser inducidos los niños.—Medios de fomentar la obediencia activa.—Medios de evitar el servilismo.—Conclusion. . . . . 231
- LECCION XVII.—CUENTOS MORALES SOBRE LA OBEDIENCIA.—  
*Sumario.*—El pajarito.—Margarita.—La escopeta.—Las abejas. . . . . 255
- LECCION XVIII.—DE LA MENTIRA.—*Sumario.*—La mentira y sus efectos.—Clases de mentira que se observan en los niños.—Origen de las mentiras jocosas y oficiosas.—Causas que dan lugar á la mentira perniciosa.—Medios que sirven para contener ó desarraigar la costumbre de mentir.—Motivos que suelen fomentar el vicio de la mentira. . . . . 267
- LECCION XIX.—CUENTOS MORALES SOBRE LA MENTIRA.—*Sumario.*—I. Eederico.—II. El certámen.—III. Enrique.—IV. La visita. . . . . 280
- LECCION XX.—DE LA VANIDAD Y DEL ORGULLO.—*Sumario.*  
 —Qué es la vanidad.—Cómo se presenta en los niños.—Hechos que manifiestan la existencia de la nombrada propension.—Causas que originan y fomentan el vicio de la vanidad.—Qué es el orgullo.—Qué hechos manifiestan la existencia de esta pecaminosa propension en los niños.—Medios directos de sofocar las inclinaciones hácia la vanidad y orgullo. . . . . 293
- LECCION XXI.—DE LA CRUELDAD.—*Sumario.*—Qué es la crueldad.—Qué hechos demuestran la existencia de la nombrada propension en los niños.—Causas que suelen dar vida y aliento al vicio de la inhumanidad.—Medios directos de desarraigar este vicio.—Una advertencia. . . . . 305
- LECCION XXII.—DE LA VENGANZA.—*Sumario.*—Cómo se presenta en los niños el vicio de la venganza.—Que causas mediatas ó inmediatas influyen sobre el men-

cionado vicio.—Qué causas le fomentan.—Conducta que debe seguirse para combatir los impulsos de venganza.—Una advertencia. . . . .	317
<b>LECCION XXIII.—DE LA ENVIDIA.—Sumario.</b> —Qué es la envidia.—Hechos que demuestran la existencia de la envidia de los niños.—Orígen de este vicio, y causas que suelen fomentarlo.—Medios de reprimir los efectos de la envidia.—Vicio que se debe evitar al tiempo de corregir las propensiones envidiosas. . . . .	327
<b>LECCION XXIV.—DE LA PEREZA.—Sumario.</b> —Qué es la pereza.—¿Dada la incansable actividad de los niños, es posible en ellos la pereza?—Causas que inducen á la pereza.—Manifestaciones que prueban en los niños la predisposicion á la pereza.—Motivos que pueden fomentar este vicio en la niñez.—Medios de hacer que los niños amen el trabajo.—Algunas reflexiones sobre el trabajo á que se pretende sujetar la niñez. . . . .	340
<b>LECCION XXV.—DEL HURTO.—Sumario.</b> —Qué clase de niños se muestran propensos á hurtar?—Cuántas clases de hurto se observan en los niños.—Qué causas originan y fomentan en los niños el vicio del hurto.—Una observacion importante.—Principios generales en que debe de apoyarse la correccion de este vicio.—Reglas prácticas que conviene tener presentes con el mismo fin. . . . .	353
<b>CONCLUSION.</b> . . . . .	361

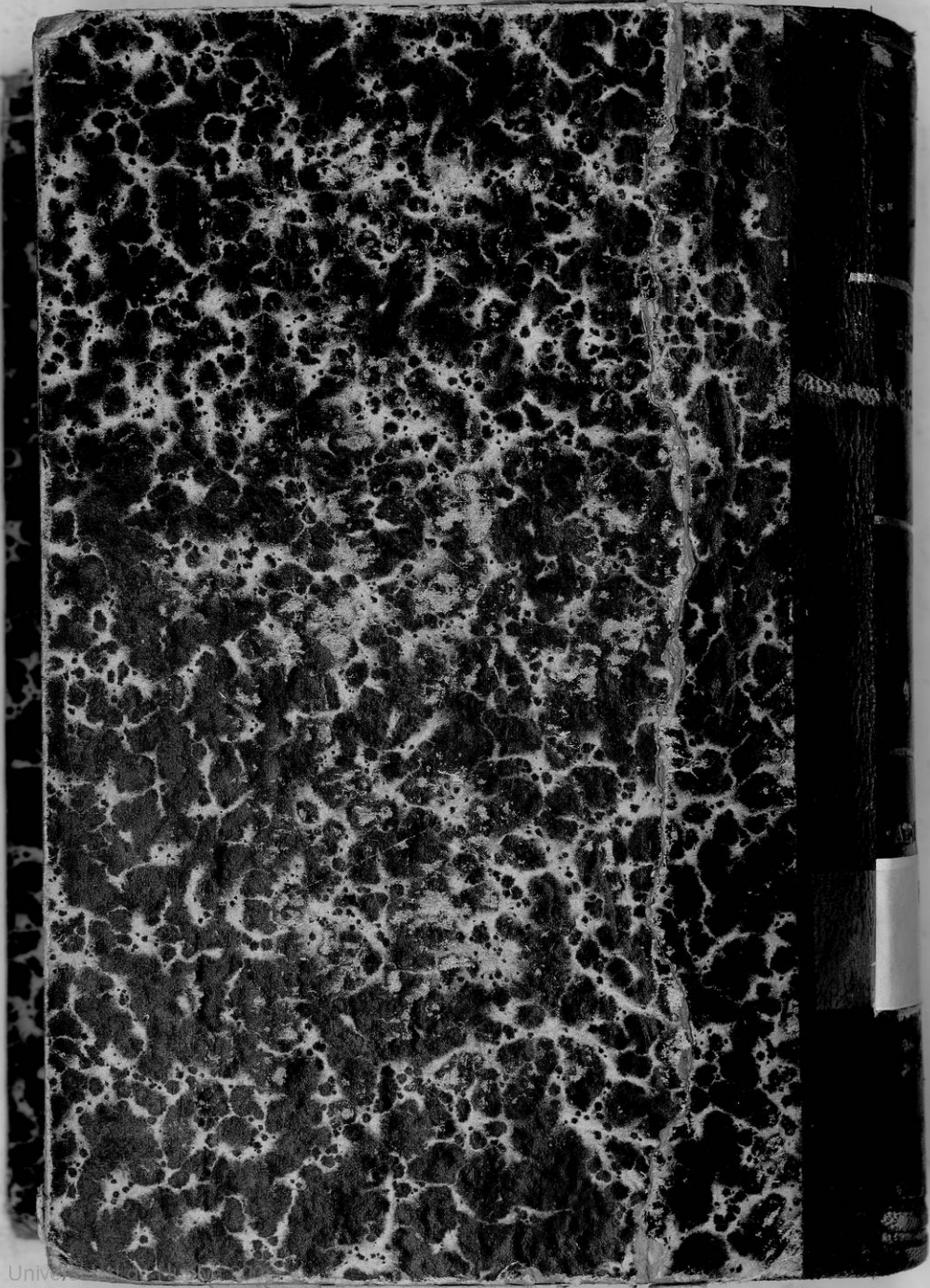
## ERRATAS PRINCIPALES.

Pág.	Líneas.	Dice.	Léase.
14	21	los efectos	á los efectos
57	3	leve	lleve
58	14	sabrá	sabía
65	penúltima	arguirian	argüirian
160	29	ANTES DEL BIEN.	DEL BIEN.
183	16	dispuesto	dispuesta
190	23	los una	los unan
id.	25	observa	observe
191	31	consist	consiste
231	18	en los niños	los niños
276	34	resalta	resalte.
277	20	discípulos	condiscípulos.
278	34	nombre	hombre
id.	36	ducando	educando
279	2	hacerles	hacerle









BIBLIOTECA

ECONOMICA

ARTE DE EDUCAR

**FA XIX**

**A 3**

**19**